

INPRECOR 46. Revista política bimestral.
Diciembre 1985. 200 ptas.

inprecor



Nº 46

- **MANDEL:** Los dilemas de Gorbachov.
- **J. PASTOR, J. GUTIERREZ:** La herencia del POUM.
- **P. ROUSSET:** Por qué suenan "Los gritos del silencio" en Camboya.
- **M. ROMERO:** Debate con *Mientras Tanto*.

Sumario

INPRECOR

Bimensuel publié sous la responsabilité
du Secrétariat unifié de la
IV^e Internationale, 25 numéros par an.
Prix au numéro : 10 F.

edición internacional

«El Secretariado Unificado de la IV Internacional publica quincenalmente la revista INPRECOR, en lengua francesa. La revista tiene 28 págs. y su precio es de 10 francos franceses.

El precio de la suscripción anual, 25 números, es de 225 ff. El pago puede realizarse por:

•cheque bancario dirigido a: P.E.C. y enviado por correo a la dirección: INPRECOR. 2, rue Richard Lenoir. 93108 MONTREUIL (Francia).

•transferencia bancaria la cuenta de "P.E.C." en la BNP, agencia Robespierre, 153, rue de Paris, 93108 Montreuil (Francia), cuenta n° 230179/90.

INPRECOR Diciembre 1985
N° 46
200 ptas.

Director
M. Romero

Maqueta: Pilar Arias
Fotocomposición: Esperanza

Edita:
Liga Comunista Revolucionaria
(IV Internacional)
Apartado de Correos 50.370
(Cibeles) Madrid

D.L.: 40029/79
Imprime: Gráficas Canigó

- 46 pág. 3.
- "Los dilemas de Gorbachov". *E. Mandel* pág. 4.
- **DOSSIER POUM:**
 - "Nuestra herencia teórica. *J. Pastor* pág. 12.
 - "Nin, Maurin, Andrade en la historia del marxismo español". *J. Gutiérrez* pág. 18.
 - Documentos pág. 24.
- **DEBATE CON "MIENTRAS TANTO"**
 - "Carta de la Redacción" pág. 28.
 - La reunión de suscriptores de 1984 pág. 36.
 - Para iniciar una correspondencia. *M. Romero* pág. 38.
- **INDOCHINA:**
 - Por qué suenan "los gritos del silencio", *P. Rousset* pág. 42

INPRECOR 44 - 45. Revista política bimestral.
Diciembre 1985. 400 ptas.

inprecOR n° 44-45

correspondencia de prensa internacional / intercontinental press

DOS CLAVES DE NUESTRO TIEMPO

REVOLUCION Y CONTRAREVOLUCION EN POLONIA



REVOLUCION CENTROAMERICANA



La subida a la cúpula del poder en la URSS de Mijail Gorbachov ha levantado expectativas, y también algunas ilusiones dentro de la izquierda. Pero hasta el momento los análisis del *estilo Gorbachov* tienen más que ver con los métodos en las relaciones públicas que con las realidades políticas. Ernest Mandel estudia en el artículo que publicamos las contradicciones actuales, políticas y económicas, de la burocracia y de la misma URSS, permitiéndonos así comprender mejor las causas del ascenso de Gorbachov y lo que puede esperarse de la nueva dirección política que encabeza.

El cincuentenario de la fundación del POUM ha levantado menos atención y polémica de lo que se merece. La razón puede estar en que el POUM no es un objeto apropiado para los homenajes desmemoriados y, en cambio, plantea inevitablemente discusiones políticas fundamentales que no entran en las historias oficiales, incluyendo particularmente las dedicadas a la honra y gloria del PCE. Mal síntoma es éste para las conmemoraciones que proliferarán en 1986 sobre la guerra civil. El dossier que le dedicamos, reflexionando desde distintos puntos de vista sobre la aportación poumista a la política revolucionaria, abre para nosotros la publicación de trabajos sobre 1936, tarea que queremos hacer ampliamente durante el año próximo.

Estamos convencidos de que la gran mayoría de los lectores de INPRECOR lo son también de *Mientras Tanto*. Es innecesario por tanto hacer elogio de una revista excepcional, en todos los sentidos de la palabra. La *Carta de la Redacción* publicada en el nº 22 abrió un debate, al que empieza a responder el artículo de Miguel Romero.

Finalizamos este número con la primera parte de una extensa y apasionante entrevista que la redacción de la edición internacional de INPRECOR ha mantenido con Pierre Rousset. Rousset es un dirigente de la IV Internacional, responsable de la escuela de formación, y ha dedicado a la revolución indochina gran parte de sus esfuerzos militantes desde hace muchos años. El interés de la entrevista está no solamente en lo que dice, sino también en el esfuerzo de comprensión, la capacidad autocrítica, la ausencia de toda pretensión de *profesor* y, en su lugar, la fuerza de un punto de vista de militante revolucionario...

Con este número termina, con un ligero retraso y también con importantes fallos de regularidad, el periodo de suscripción de 1985. Hemos introducido pequeños cambios en la presentación de la revista, que completaremos en 1986. Esperamos que este próximo año nos sigan acompañando suscriptores(as) y amigos(as).

Los dilemas de Gorbachov

Ernest Mandel

Hace ya algunos meses que Gorbachov se encuentra en la cumbre de la jerarquía soviética. Su llegada al poder se ha efectuado sin enfrentamientos aparentes. Ha sido consolidada por modificaciones rápidas en la composición de los órganos dirigentes del partido, del Estado y de las fuerzas armadas. El jefe más joven que la burocracia se ha dado desde la muerte de Stalin parece pues tener la posibilidad de realizar un programa de reformas al menos tan amplias como las que empezó a aplicar en otro tiempo Nikita Krushev.

Todo invita a pensar que tal es la intención de Mijail Gorbachov. Lo que se conoce del personaje —y sobre todo lo que es confirmado por el testimonio de Roy Medvedev, que fue su condiscipulo— tiende a confirmar esta hipótesis. En la propia Unión Soviética, la cuasi opinión pública que ha emergido estos últimos años en una parte de la intelectualidad, de los tecnócratas y de los miembros del aparato del partido se inclina hacia la misma conclusión. En estos medios ha aparecido, una ilusión, una esperanza de *deshielo*, como no se había conocido en la Unión Soviética desde la caída de Krushev. Tan cierto es esto que incluso el grupo *Carta 77* se apoya, en un texto reciente, en esta *voluntad de reforma* de Gorbachov para oponerse al inmovilismo de los dirigentes del PC checo.

Estas consideraciones subjetivas no son sino el reflejo de necesidades objetivas urgentes. Desde hace años se acumulan los índices del precio cada vez más duro que la Unión Soviética debe pagar por el dominio de la dictadura burocrática. La disminución constante de la tasa de crecimiento económico en el curso de los dos últimos decenios, la crisis agrícola que conlleva una dependencia desastrosa del país de las importaciones de cereales de los países occidentales, el retraso tecnológico grave en el terreno de la electrónica, la crisis del sistema de salud pública, no son más que algunas de las más graves consecuencias del inmovilismo burocrático para la sociedad y las masas soviéticas.

El fin del inmovilismo

Hace falta que esto cambie: quienes piensan con su propia cabeza en la Unión Soviética son unánimes al formular esta opinión. Su número es bastante más elevado de lo que deja suponer Alexandre Zinoviev con su mito del *homo sovieticus* definitiva-

mente conformista. La perspectiva de un cambio iniciado por abajo *falta* por el momento. Así pues, lo que polariza en estas condiciones las esperanzas de los intelectuales y de los tecnócratas es la esperanza de un cambio por arriba.

Sobre lo que piensan los obreros nadie sabe gran cosa, comenzando por el propio aparato del partido, que organiza de vez en cuando patéticas *encuestas sociológicas en las empresas* para recoger algunas briznas de información sobre ello. Las raras informaciones que se pueden recoger de fuentes directas reflejan más bien escepticismo, incluso una hostilidad abierta que se resumirá en la fórmula: Gorbachov-Andropov

—más disciplina— apretar más el cinturón a los trabajadores... El propio Gorbachov en un discurso recientemente pronunciado en Leningrado, admite el escepticismo general de las masas en lo que se refiere al alcance y eficacia de las reformas en curso.

La lucha contra el alcoholismo y la corrupción

La espera de reformas importantes no ha sido decepcionada rápidamente. El 17 de mayo, tras dos sesiones del Comité Central del PCUS enteramente consagradas a este problema, fueron promulgadas *medidas contra el alcoholismo y la embriaguez* que entraron en vigor a partir del 1 de junio. El alcoholismo es un azote terrible en la Unión Soviética, donde según un informe de la Academia de Ciencias, afecta a 40 millones de personas. Sus efectos sobre la economía (absentismo en las empresas) y sobre la salud pública son desastrosos. Es sin duda la causa principal de la caída de la esperanza media vida que se manifiesta desde hace varios años en la Unión Soviética, caso único entre los países industrializados o semi-industrializados (las otras causas de este fenómeno son la mala alimentación, el retraso en el empleo de medicamentos más modernos y la baja calidad cada vez más acusada del sistema de salud). Es pues de interés manifiesto para la burocracia intentar reaccionar. Las importantes rentas que saca el Estado de la venta del vodka no compensan evidentemente las pérdidas causadas por el azote del alcoholismo.

Las medidas tomadas son de naturaleza administrativa y represiva: prohibición de servir alcohol en los cafés, cantinas y restaurantes antes de las 14h. y después de las 20h.;

fuertes aumentos de precios; aumento en la producción de aguas minerales y de zumos; fuerte reducción futura de la producción de vodka; aumento de la represión sobre los destiladores privados; aumento pronunciado de las penas por embriaguez al volante y por el absentismo en las empresas debido a la embriaguez, etc. Pero, por el momento, los efectos son modestos. La población comparte generalmente el escepticismo del corresponsal en Moscú del periódico "Le Monde" que

escribe en el n° del 7 de junio de 1985: «A pesar de la intensísima campaña de prensa, la vida cotidiana de los soviéticos no ha cambiado verdaderamente todavía. El asunto será progresivo. Tras las medidas represivas vendría el efecto automático de las disminuciones anunciadas de la producción anual de alcohol. Pero por ahora, las costumbres siguen bien ancladas, como cuenta el periódico *Ogoniok*. Uno de sus redactores hizo la experiencia en un restaurante. Pidió té, el camarero le sonrió, apreciando la broma: *¿en botella o en garrafa?*»

Al mismo tiempo, desde su llegada al poder, Gorbachov ha relanzado la campaña de represión violenta de la corrupción y de los *crímenes económicos* comenzada bajo Andropov y que Chernenko había relajado un poco. Son depuraciones parciales en los ministerios de la Unión y en los de las repúblicas, entre los cuadros de las empresas, sobre todo las comerciales, los empresarios e intermediarios de los *mercados paralelos* (*mercado negro y mercado gris*).

A veces caen algunas cabezas. En Rostov (Don), el director de un almacén de alimentación fue condenado a muerte por *hurto a gran escala de la propiedad socialista*. Varias decenas de responsables económicos y políticos de la región fueron declarados culpables de corrupción y condenados a penas de hasta veinte años de campo de trabajo.

Entre los altos responsables destituidos, se puede citar al Ministro de energía eléctrica, al Ministro de materiales de construcción, al Ministro de enseñanza secundaria y superior, al Ministro de industria ligera, al de petroquímica, al de máquinas para la ganadería. Esta lista no es en absoluto exhaustiva. En la cúspide de la jerarquía, 22 de los 121 primeros secretarios generales del PCUS han sido dimitidos de sus funciones así como decenas de dirigentes locales y de ministros de las Repúblicas. En Moscú corre el rumor (ver el *Sunday Times* del 19 de junio de 1985 y el *Time* del 9 de septiembre de 1985) de que la mitad de los miembros del Comité Central será eliminada en el congreso del PCUS del próximo mes de febrero. En el Presidium (Comité Ejecutivo) del Comité Central se han producido cinco cambios: cuatro nuevos miembros, Ligatchev, Ryzhkov, Ichebrikov y Chevardnadze, todos amigos de Gorbachov y una eliminación: la de Romanov, el principal rival de

Gorbachov.

Sin embargo, lo que caracteriza todas estas reformas, es que se trata de una lucha contra los *excesos de la burocracia* mediante los métodos típicos de la burocracia: decretos, medidas administrativas, represión, castigos. El estado reprime, sus órganos reprimen, es decir, la policía reprime, para reforzar la disciplina: he aquí como se puede resumir hasta ahora la filosofía política y social de Mijail Gorbachov. Es la filosofía de la burocracia en estado puro.

Se traduce ante todo en su impotencia para comprender la naturaleza social del mal que se supone que combaten las reformas. La fuente del alcoholismo masivo es la desmoralización, la falta de perspectivas sociales y políticas, la ausencia de relaciones sociales en las que la personalidad pueda afirmarse, la tentación de ahogar en el vodka la ausencia de esperanza, el aburrimiento, la mediocridad de la vida cotidiana. Es una regla elemental del marxismo: cuarenta millones de *borrachos* no son solo cuarenta millones de casos psicológicos individuales. Son también cuarenta millones de pruebas de que hay un profundo malestar social. Sería inútil preguntar al señor Gorbachov, sus lugartenientes y sus ideólogos cuales son la naturaleza y las raíces de este malestar social.

La corrupción universal que campea en la Unión soviética (sin hablar de la Europa oriental, o de la República popular China, donde se extiende ahora a ojos vista) nos remite manifiestamente a la supervivencia, la consolidación y la extensión de la producción mercantil y a la influencia del dinero en el seno de la sociedad. Una vez más, el ABC del marxismo. La producción mercantil, incluso parcial, como existe en la Unión Soviética, revela el carácter parcialmente privado del trabajo, y con ello la supervivencia del interés privado, con la búsqueda sistemática de ventajas individuales que se deriva de él.

Claro está que nadie pide que todo esto sea abolido de la noche a la mañana. Incluso puede resultar indispensable extender momentáneamente la esfera de influencia de la economía mercantil y monetaria. Pero ningún marxista digno de ese nombre puede cerrar los ojos ante los efectos objetivamente nefastos, desorganizadores y desmoralizantes, de la influencia del dinero y de la extensión de la desigualdad social y del egoísmo en el proceso de construcción del socialismo. Como escribía Lenin ya en 1918: «No se puede discutir la *influencia desmoralizadora que los altos sueldos ejercen sobre el poder soviético(...)* a la vez que sobre la masa obrera». (*Las tareas inmediatas del poder soviético*). Y aún más claramente: «Ocultar a las masas que atraer a los *especialistas burgueses* (esto se aplica con mayor fuerza a los *especialistas llamados "comunistas"*) *ofreciéndoles sueldos muy elevados,*

es apartarse de los principios de la Comuna de París, significaría caer al nivel de los políticos burgueses y engañar a las masas». Todo esto lo oculta cuidadosamente la burocracia a las masas desde hace más de 55 años, es decir desde que Stalin descubrió que el igualitarismo no es un principio del comunismo sino una *desviación pequeñoburguesa*. Esta ocultación la realiza no por ignorancia o estupidez sino por interés social: trata así de justificar los enormes privilegios materiales que disfruta. Precisamente por ello, no puede desvelar la fuente de la corrupción y de los *crímenes económicos*.

No le queda sino recurrir al *brazo secular*. Pero la burocracia actuando así, no hace sino confirmar la naturaleza social y no individual del mal que se supone que combate. El propio Marx se expresó con gran claridad sobre este asunto: «*La pena no es sino un medio de defensa de la sociedad contra la violación de sus condiciones vitales, cualquiera que fuera por otra parte su contenido. Pero, ¿qué sociedad es ésta que no tiene mejor instrumento de defensa que el juez penal?(...)* Si los *crímenes* son *constatados en gran número y aparecen con una naturaleza y una frecuencia tales que son tan regulares como los fenómenos de la naturaleza (...)* ¿no es necesario, en lugar de glorificar al juez que elimina a una parte de los *criminales para simplemente hacer sitio a nuevos criminales, reflexionar seriamente sobre la necesidad de cambiar el sistema que produce tales crímenes?*» (artículo aparecido en el "New York Daily Tribune" del 18 de febrero de 1853). Cada palabra mantiene su valor hoy. Y cada palabra se aplica a la realidad social de la Unión soviética, que cuenta con una *población penitenciaria* de varios millones de individuos, como a la de los países capitalistas.

Recientemente, la prensa polaca ha publicado una información según la cual en un proceso contra dos jóvenes acusados de haber robado dos toallas en un hogar de jóvenes, el Fiscal pidió una pena de 10 años de prisión. Parece ser que las toallas son prácticamente imposibles de encontrar en los almacenes y que las *gentes de bien* estaban particularmente indignadas por tal crimen.

Lo anterior dice más sobre la realidad social de la Unión Soviética y de los países del Este(1) que cien volúmenes de un *marxismo-leninismo* irreconocible por su adaptación a las necesidades e intereses de la burocracia. Incluso si Mijail Gorbachov, al que manifiestamente no le faltan ni inteligencia ni conocimientos, comprende a medias esta realidad, debe callarse. No por *razón de Estado*, sino por interés de la burocracia(2).

El 11 de junio de 1985, ante una sesión plenaria del Comité Central que reunía a todos los altos dignatarios soviéticos, con la excepción de su

principal rival, Rómanov, Gorbachov pronunció una verdadera requisitoria sobre el estado de la economía soviética. Sus oyentes fueron llamados a comprender y aplicar *cambios radicales*. La reforma debe realizarse de modo urgente: *no nos quedará más tiempo*.

A quienes afirman que tal llamamiento contiene rasgos nuevos por lo menos en la forma, (ver *Le Monde* del 13 de junio de 1985), nos permitimos recordarles que se encuentran exactamente las mismas fórmulas en los informes de Malenkov... hace 32 años, tras la muerte de Stalin. Se les encuentra también en los discursos de Kosiguin, durante la 2ª mitad de los años 60.

La reforma económica

Las principales taras de la economía soviética denunciadas por Gorbachov son: el retraso tecnológico, la baja calidad de numerosos productos industriales (produciendo los dos fenómenos *la baja competitividad de los productos soviéticos incluyendo las máquinas, en el mercado mundial*) (3); el débil rendimiento de las inversiones excesivas en buena parte y durante mucho tiempo congeladas, la planificación desequilibrada y cada vez más desarticulada, el derroche creciente de energía y materias primas (ver recuadro).

La requisitoria de Gorbachov acabó en una decisión sensacional: el proyecto del próximo plan quinquenal 1986-1990 ha sido devuelto al Gosplan para que se hagan varias modificaciones. Gorbachov resumió sus críticas en un ataque en regla contra el ministerio de siderurgia: *«50.000 millones de rublos de inversiones han sido asignados a la siderurgia en 15 años. La mayor parte ha sido destinado a la financiación de la construcción de nuevas capacidades, por otra parte incompletas, mientras que el reequipamiento técnico de las empresas ha sido descuidado. Debido a la política equivocada del ministerio de la siderurgia y del ministro, el camarada Kasanets, este sector no ha podido realizar los objetivos del 10º ni del 11º quinquenio. La situación que se ha creado allí exige cambios radicales»*.(4)

Que hay una causa global de alarma está presente claramente en que, tras un breve relanzamiento bajo el látigo de las medidas disciplinarias de Andropov, la tasa de crecimiento de la producción industrial se ha puesto a bajar de nuevo este año. Según fuentes oficiales soviéticas, la producción industrial sólo aumentó un 3,1% durante el período enero-junio de 1985, contra el 4,5% durante el período enero-junio de 1984 y el 4,1% durante el período enero-junio de 1983. En el período enero-abril, la discordancia fue incluso más fuerte: 2,7% contra 4,9% y 4,4% respectivamente en los dos años precedentes.

Las denuncias son significativas

pero, a fin de cuentas rutinarias, salvo en lo que concierne el sentido de urgencia que los envuelve. Remiten a condiciones generales, de las que hemos subrayado a menudo, y desde hace tiempo, su carácter estructural.

La disminución del crecimiento económico en la Unión Soviética refleja el fracaso de la dictadura burocrática en la tarea de dar el paso del desarrollo extensivo al desarrollo intensivo de la economía. Conlleva una tensión creciente en la asignación de recursos suplementarios. Contrariamente a lo que era la regla durante el período 1953-1973, el Kremlin ya no puede desarrollar simultáneamente las inversiones productivas, los gastos militares y el nivel de vida de las masas. Se pueden encontrar estas constataciones textualmente en el informe de Gorbachov. La conclusión es clara: hay que relanzar el crecimiento con menos inversiones. Hay que "racionalizar" ante todo las propias inversiones.

El acento se pone en dos factores: modernización y disciplina. Gorbachov es el heraldo de la *revolución científico-técnica*, paráfrasis de la 3ª revolución tecnológica en el lenguaje de la *nomenclatura*. Automatizar, informatizar, robotizar: he ahí los temas centrales retomados a coro por la ideología oficial y que seguramente van a constituir el tema leívmotiv de los documentos *programáticos* (la fórmula es una vez más del propio Gorbachov) del 27º Congreso del PCUS, convocado para febrero de 1986.

En cuanto a la *disciplina*, debe consistir en una mayor economía de energía y materias primas, en un empleo más racional del equipamiento y de la mano de obra, en una reducción de los pedidos de medios de inversión suplementarios para realizar los objetivos del plan. Todo esto es tradicional, abstracto e irrealista, vistos los intereses materiales de la burocracia, más que nunca *dueña de la casa* en la economía.

La única propuesta concreta, es la reducción sustancial de los trabajos de construcción de nuevas fábricas en beneficio de una modernización de las fábricas y del material ya existentes. La *reconstrucción* en adelante debe absorber más del 50% de los gastos de inversiones, mientras que actualmente sólo llega alrededor del 30% de ellos.

La agricultura y los servicios, banco de pruebas de la extensión del mercado

¿Cómo realizar este proyecto, así como los proyectos anexos contenidos en el informe Gorbachov?. En él están, por supuesto, las alusiones tradicionales y rutinarias al *estímulo material* y a la *movilización de los trabajadores*. Pero todo el mundo sabe que no se trata más que de fraseología hueca, sobre todo vis-à-vis los pocos resultados dados por las

fórmulas análogas utilizadas para realizar las *reformas Liberman-Kosiguin* a mediados de los 60. El único recurso que queda es el de las modificaciones administrativas, es decir, la remodelación de la burocracia. A esto último, y sólo a esto, conducen las propuestas de Gorbachov.

Propone reforzar simultáneamente el poder de los órganos centrales de planificación y el poder de los directores de empresa y de grupos de empresa. Serán, pues, las instancias intermedias —ministerios, sobretudo las de las Repúblicas, órganos locales y regionales, órganos de rama, órganos de control— las que deberán ser reducidas, en número, en competencia y en peso. Una simplificación de los índices del Plan acompañará a esta racionalización burocrática.

Todo esto no es muy radical, ni muy convincente. Hay una desproporción manifiesta entre la gravedad del mal, la severidad de la requisitoria y el carácter indefinido y limitado de los remedios propuestos. Forzosamente recuerda el famoso *informe de Novosibirsk* de 1983 en el que Tatiana Zaslavskaja tras haber formulado un análisis crítico de los vicios estructurales de la economía soviética, acababa con propuestas de reformas extremadamente vagas y limitadas(5).

Esta referencia no es fortuita en absoluto. A pesar de la reprimenda pública hacia Zaslavskaja, no le hicieron dimitir de sus funciones. Sus ideas no cayeron en el descrédito. Han sido relanzadas en una entrevista que ha podido hacer aparecer en el Nº del 1º de junio de 1985 de "Izvestia". Y parece que inspiran, al menos en parte, la reforma económica de Gorbachov de la misma forma que habían inspirado la *reforma experimental* de Andropov(6). En cualquier caso, en el *informe de Novosibirsk* se puede observar el mismo tema del refuerzo paralelo de la planificación central y del poder de los directores de empresas, con la reducción del peso y del poder de las instancias burocráticas intermedias, tema que domina la *reforma Gorbachov*.

Pero en él se encuentra también otra propuesta de reforma, que todavía no ha sido retomada oficialmente por Gorbachov, pero que quizá aparezca en un primer plano, antes del Congreso del PCUS de febrero de 1986: la de una ampliación de la esfera *privada* de la economía mercantil en la agricultura y en los servicios. La entrevista de Zaslavskaja en "Izvestia" menciona explícitamente la posibilidad de poner en pie tal ampliación en la agricultura, a condición de que permanezca *en los límites de la ley*.

Hay que recordar aquí que Mijail Gorbachov ha sido durante 7 años el dueño de la agricultura soviética en el seno del secretariado del Comité Central del PCUS. Lo menos que puede decirse es que el balance de

esta gestión no es muy brillante. La agricultura soviética se encuentra en un estancamiento persistente. El déficit de cereales de pienso condujo a una imposibilidad de superar una producción de carne que oscila alrededor de 60 kgr por habitante, contra más de 100 kgr. en Francia y 92 en la RDA, país cada vez más citado como ejemplo por dirigentes soviéticos (incluido Gorbachov) en materia de planificación y de gestión económica. Este año la producción cerealista tiene una ligera alza. Se situará sin duda alrededor de los 190-195 millones de toneladas. Pero se está lejos del objetivo de 240-250 millones de toneladas, inicialmente fijadas para el plan quinquenal de 1981-85.

Numerosos indicios dejan suponer que Gorbachov desea estimular la producción en los terrenos privados de los trabajadores de los koljoz (campesinos de las granjas colectivas) y de los obreros de los sovjoz (granjas del Estado), producción que se estancó en los tiempos de Brejnev. Representan más o menos el 25% de la producción agrícola total, pero con un peso mayor en la ganadería y la producción de frutos y legumbres(7). Estimular la producción privada pero bajo el control del Estado y con salidas en el circuito estatal y cooperativo: esta es una de las soluciones propuestas por los reformadores, que se sitúa próximo al modelo de la RDA, a medio camino entre la estructura actual (heredada de las épocas de Kruschev y Brejnev) de la agricultura soviética y el modelo húngaro, por no decir polaco o yugoslavo.

El aspecto más audaz de esta reforma aparece en el terreno de los servicios en los que está aplicándose experimentalmente en la República Socialista Soviética (RSS) de Estonia. Según un artículo aparecido en "Izvestia" el 19 de agosto de 1985, el sector de los servicios de reparación es hoy en la Unión Soviética uno de los que dan menos satisfacciones a la población. Los servicios de reparación estatal y cooperativista *oficiales* tienen una cifra de negocios de 6 a 7 mil millones de rublos por año. El *trabajo negro* tiene una cifra de negocios equivalente. Las necesidades de reparación no satisfechas están estimadas en unos 5,5 o 6 mil millones de rublos por año, es decir, un tercio del total.

17 a 20 millones de trabajadores llevan a cabo este trabajo negro de reparador además de su *empleo oficial*, el cual evidentemente se resiente por ello, sobre todo porque se produce robos de material.(8)

En la RSS de Estonia, la Asociación de reparación de aparatos de radio y de televisión *Elektron* de Tallin dio en alquiler uno de sus talleres a una brigada de técnicos, por un alquiler de 650 rublos por técnico. Estos deben además pagar los gastos de materiales, electricidad, calefacción, etc. A cambio, pueden pedir a los clientes el

precio de reparación que les parezca mejor. Este será establecido pues por el juego de la ley de la oferta y la demanda. Los reparadores pueden conservar el 70% de sus ingresos. Deben entregar el 30% a la empresa estatal como una especie de impuesto sobre los beneficios.

El resultado parece haber sido sensacional. La duración de la espera para reparaciones que era de dos semanas (y Tallin es un lugar privilegiado en este asunto: en Moscú y Leningrado, la espera es bastante más larga) ha sido reducida a uno o dos días. El aparato entregado por la mañana es a menudo reparado y devuelto por la tarde. La calidad de los trabajos ha mejorado de forma notable. Las propinas han desaparecido, los precios se han estabilizado rápidamente. De hecho, la oferta y la demanda se han equilibrado hasta tal punto que la brigada sale ahora al campo a la búsqueda de nuevos clientes, dado que las necesidades de Tullin se han visto rápidamente saturadas.

El que este tipo de artículos sea publicado en la prensa parece indicar que Gorbachov y su equipo desean extender este tipo de experiencias, estando en el caso de los servicios más próximos del modelo húngaro. Pero como indica el ejemplo de la propia Hungría, aplicar este tipo de reformas en la gran industria no es muy fácil ni tiene garantías de éxito, tanto desde el punto de vista económico como social.

El caso-test de los ordenadores

El retraso soviético en el terreno de la difusión y de la utilización de los ordenadores resume de alguna manera los problemas científicos, técnicos, económicos, sociales y políticos con los que está enfrentada la *reforma Gorbachov*.

En el terreno de la investigación científica pura, apenas se puede hablar de un retraso pronunciado de la Unión Soviética en relación a los EEUU, Europa o el Japón: los matemáticos soviéticos están entre los mejores del mundo. Vladimir Gurevitch ha afirmado, el 20 de enero de 1985, en Radio Moscú, que la Unión Soviética estaba a punto de producir en Severodopnetsk el superordenador más avanzado del mundo. No sabemos si se trata de una fanfarronada pero, en sí, la información no es imposible.

Sin embargo, hay una enorme distancia entre, por una parte, el proyecto, la fabricación de los prototipos, los primeros ensayos y por otra la producción en serie, hasta la utilización generalizada. En esto último, el retraso de la Unión Soviética es innegable, chocante y cargado de consecuencias. El único tipo de ordenador al cual las empresas, las administraciones y las escuelas tienen en la práctica acceso, —¡y gracias!— es el llamado de la 3ª Generación. La producción llamada de 4ª Generación —generalizada en Occi-



dente— apenas ha comenzado. Únicamente el 35% de los grandes empresas soviéticas (que emplean más de 500 asalariados) están dotadas de un ordenador, mientras que ese porcentaje es de, cerca del 100% en los Estados Unidos y el Japón. Mientras que el plan quinquenal en curso había previsto una producción anual de *Software* de 2,5 a 3 mil millones de rublos, la producción real ha alcanzado en 1983 y 1984 apenas el 1% de esa cifra. Los ordenadores no son empleados como media más que 12 horas por día, contra un empleo previsto por el plan de 18 a 20 horas.

La introducción masiva de los ordenadores en las escuelas es una necesidad urgente para preparar a la joven generación soviética para el empleo generalizado de este nuevo instrumento de trabajo y de investigación. Vista la producción insuficiente en la Unión Soviética misma y las capacidades de exportación limitadas de la RDA, las autoridades soviéticas se han dirigido a firmas británicas y americanas con vistas a importar a gran escala ordenadores "personales" del tipo Apple-Makintosh o IBM PC-AT. Pero el retraso está ahí. Está estimado en 10 o 15 años en relación a los EEUU y de 5 a 10 años en relación al Japón y Gran Bretaña, en lo que concierne a la cantidad y calidad de los ordenadores ampliamente difundidos.

Más pronunciado aún está este retraso en lo que se refiere a su utilización. Al comienzo de los años 70, estaba ampliamente difundido en la Unión Soviética y la RDA la idea de que la economía planificada se prestaría mucho mejor que la economía capitalista al empleo de los ordenadores para planificar y gestionar la producción, las inversiones, la vida económica en su conjunto. Se elaboraron proyectos de un sistema central unificado de informatización de toda la economía nacional de la Unión Soviética. Hoy, filósofos, economistas, ejecutivos y "aparatchiks" soviéticos no tienen más remedio que cambiar de tono. La utilización generalizada y racional de los ordenadores en la gestión de las empresas y de la economía nacional se enfrenta a dificultades innumerables y parece que crecientes.

Algunas de estas dificultades son de naturaleza técnica, pero difíciles de eliminar a corto o medio plazo: insuficiencia de infraestructura (sobre todo deficiencia del sistema telefónico y de las telecomunicaciones en general), penuria de electrónicos y sobre todo de especialistas en "software" dificultades en justificar las ventajas del empleo de la informática en términos financieros o de productividad (la introducción de los ordenadores no conduce a la supresión de los departamentos mecánicos o incluso manuales de contabilidad o de correspondencia, etc.). El empleo generalizado del ordenador presupone la transparencia y la difusión sin trabas de las informa-

ciones, lo que está garantizado en el seno de las empresas capitalistas por la propiedad privada. Su difusión al conjunto de la economía nacional no es indispensable para el funcionamiento de una economía de mercado(9).

En el seno de la economía soviética, dado el interés material de los burócratas en obtener el máximo de recursos para objetivos del plan, incluso los más reducidos, no sólo la transparencia de las informaciones no está asegurada entre las empresas y

las instancias superiores, sino que está prácticamente excluida. Está limitada incluso en el seno de la empresa. El sistema de gestión burocrática funciona en buena parte sobre la base de falsas informaciones, reconocidas como tales por todos los interesados, es decir, sobre lo que el antiguo primer ministro comunista de Hungría, Andras Hegedus, llamó antaño *la irresponsabilidad generalizada*(10). ¿Cómo utilizar racionalmente un sistema unificado de ordenadores en estas condiciones?. El propio



NOTAS

(1). Esto no impide al general Jaruzelsky afirmar friamente al diario "L'Humanité" del 3 de junio de 1985: «Nuestro Estado asegura a los ciudadanos tantas prestaciones sociales y de tal naturaleza que no existe equivalente en los países capitalistas más grandes y ricos». No es sólo charlatanería propagandística sino también ser un caradura.

(2). En Moscú circula actualmente la siguiente anécdota: invitado a un banquete de altos funcionarios del régimen, Gorbachov habría solicitado conocer el coste total de los ágapes. Molestos, los responsables tardaron algo en hacer el cálculo, pero acabaron por presentar una cifra. Gorbachov la dividió por el número de invitados y propuso pedir 50 rublos por persona presente. 50 rublos es la cuarta parte del salario mensual medio de un obrero. ¡La cuarta parte del salario mensual medio de un obrero para una comida de burócrata! 50 rublos por mes es también toda la pensión de jubilación que reciben la mayoría de los 51 millones de jubilados de la Unión Soviética. Hermosa síntesis de la desigualdad social en ese país y de los privilegios de la burocracia. Apenas es necesario añadir que una buena parte de los víveres consumidos en el banquete son imposibles de encontrar para un obrero, incluso si se dispone del dinero para comprarlos. Como escribía Trotsky, cuando hay penuria, hace falta un policía para vigilar la cola ante los almacenes y el policía se sirve el primero.

(3). En su discurso ante el Comité Central, Gorbachov reclamó sin embargo un aumento considerable de la producción de estas "máquinas no competitivas". El crecimiento de la producción de máquinas debe situarse entre el 9 y el 12% por año durante el período 1986-1990, contra un crecimiento del 6% durante el período 1981-1984.

(4). Una traducción in extenso del informe Gorbachov ha aparecido en el diario "Frankfurter Rundschau" del 29 de junio y del 1 de julio de 1985.

(5). Sobre el informe de Tatiana Zaslavskaja, ver el artículo de Marina Bek en INPRECOR en francés n° 193 del 1 de abril de 1985.

(6). Este concernía a un número limitado de ramas y de empresas, en las que el poder de los directores para determinar los precios y el aprovisionamiento de los productos fue ampliado.

(7). Para los frutos y legumbres —menos las patatas— las huertas de los trabajadores de las ciudades juegan igualmente un papel no despreciable.

sistema de gestión burocrática parece ser un obstáculo(11).

Al lado de la dificultad socio-económica, hay la dificultad socio-política. El ordenador personal está dotado normalmente de una impresora, es decir de un aparato de impresión que puede funcionar como una pequeña offset o como una multicopista. De golpe, millones de ordenadores personales distribuidos en las escuelas, las universidades, las empresas, son otras tantas fuentes potenciales de "samizdat" de innumerables publicaciones que se escaparían a la censura. Qué pesadilla para la KGB, y que ocasión para lo que los órganos llaman la *agitación antisoviética* y que no es más que el ejercicio normal, natural, previsto y defendido por Marx y Lenin, del derecho de los trabajadores a expresar franca y públicamente sus opiniones sobre toda la realidad social en un Estado obrero.

Son estas dos dificultades las que han provocado dudas y debates múltiples en el seno del sistema soviético sobre la oportunidad de difundir ampliamente los ordenadores miniaturizados en la administración y la enseñanza. Siendo irresistible el progreso técnico en el mundo actual —notablemente bajo la presión de la competición entre los dos sistemas— el ordenador acabará por introducirse masivamente también en la URSS. Pero algunos burócratas intentarán todo tipo de compromisos para *limitar los estropicios*. Así, hay planteamientos de descentralizar los ordenadores pero centralizar las impresoras, es decir, generalizar ordenadores personales mutilados, cortados de sus medios de impresión.

El dilema es social

Así pues, el dilema de Gorbachov es de naturaleza esencialmente social. Se trata de una elección entre intereses sociales contradictorios que se enfrentan desde el comienzo de la reforma y que deben entrar en contradicción explosiva unos con otros, si algunos desarrollos se llevan hasta sus últimas consecuencias(12).

La *racionalización burocrática de la gestión burocrática* implica evidentemente un aumento de los derechos de los directores, que golpeará a la garantía del empleo, la principal conquista de la revolución de Octubre que subsiste para los trabajadores soviéticos. Todas las tentativas de esquivar esta dificultad, particularmente gracias a la autodisciplina y al "autodespido" de los colectivos asalariados, por medio del sistema de las brigadas y utilizando el espejismo de aumentos sustanciales de las primas (para una minoría), se han enfrentado hasta ahora con la solidaridad de clase y el igualitarismo instintivo de los obreros(11). Es poco probable que la simple presión política

haga saltar este cerrojo. Hará falta una presión económica muy fuerte, es decir, la introducción masiva del paro. Ahora bien, el paro masivo no podrá ser introducido en las actuales relaciones de fuerza sin provocar una resistencia obrera enorme, explosiva.

Pero si el cerrojo de la resistencia obrera no salta, permanecerá limitado el aumento de los derechos de los directores, reduciéndose esencialmente a una redistribución menos importante de las competencias en el seno de la burocracia. Los efectos positivos sobre la tasa de crecimiento económico, sobre la aceleración de la innovación tecnológica(14), serán pues, limitados en el tiempo, incluso si pueden ser reales, como lo fueron los de las primeras reformas de Liberman-Kosiguin. Tras algunos años, las mismas causas tendrán los mismos efectos. El mal es estructural y no coyuntural.

Todo indica que por sus orígenes, su naturaleza social, su forma de pensar, Gorbachov es incapaz de desasirse del aparato tentacular que, por mil medios de obstrucción, defiende el statu quo, es decir sus privilegios. La crisis de la economía y de la sociedad soviéticas, incluso limitada a la descripción que de ellas dan el *informe de Novosibirsk* y los informes de Gorbachov, que se quedan cortos con respecto a la realidad, exigen una cura radical. Esta cura se llama gestión democráticamente centralizada de la economía por los propios trabajadores, agrupados en sus consejos democráticamente elegidos, actuando con plena publicidad de sus debates y sus decisiones, motivación profunda de los productores por la reducción enérgica de la desigualdad social y la participación clara y transparente de todos y todas en el dividendo social; liberación, por ello, del enorme potencial creador de las masas trabajadoras. Este giro es irrealizable sin la abolición de la *nomenklatura*, la supresión del monopolio político de la burocracia en la URSS, la introducción del pluralismo político, la legalización de los partidos y formaciones políticas que respetan en los hechos la Constitución soviética. Todo esto exige una verdadera revolución política.

Gorbachov tiene a veces acentos que, al lado de la verborrea tradicional, reflejan una toma de conciencia de la gravedad del asunto. En la entrevista concedida al semanario "Times" del 9 de septiembre de 1985, afirma: «*la necesidad de un cambio drástico y la necesidad de una mejora radical de los resultados, no sólo son apoyados por el pueblo; se convierten en su reivindicación, el imperativo real de nuestra época*». Cambio drástico, mejora radical, estas palabras tienen un relieve preciso, pero no son las reformas burocráticas previstas por el propio Gorbachov las que podrán alcanzar esos objetivos.

Cuando Gorbachov recuerda las grandes realizaciones de la URSS gracias a las estructuras creadas por

la revolución de Octubre, no se equivoca. Si los propagandistas del imperialismo se burlan de la URSS, que cuenta hoy con un cuarto de los diplomados científicos y casi la mitad de los ingenieros del mundo entero; a la vez que manifiesta un retraso tecnológico acentuado respecto a los países imperialistas, su falsa alegría, su *Schadenfreude* es demasiado rápida y demasiado fácil. Estos sabios, ingenieros, la cualificación y la cultura de los trabajadores soviéticos, son hechos y hechos impresionantes.

Quien no comprenda esto no comprende la realidad mundial de hoy en su conjunto.

Es el inmovilismo y el dominio de la burocracia soviética lo que impide a este enorme potencial tener el rendimiento que podría tener para bien de los pueblos soviéticos, del socialismo internacional y el de toda la humanidad(15). Si las masas soviéticas eliminan este dominio, el mundo cambiará tan rápida y dramáticamente como durante los 10 días que conmovieron al mundo en 1917. □

NOTAS

(8). En su excelente obra "Trabajo y trabajadores en la Unión Soviética" (Editions la Decouverte, París 1984), Jacques Sapir recuerda que bajo Andropov, para combatir el absentismo que es en parte el producto del trabajo negro y que está acentuado por el alcoholismo, se hizo una tentativa de "caza de emboscados" que fracasó: «El envío de milicianos, al comienzo del año 1983 para controlar si las personas presentes en los cafés, los cines, los teatros, no eran trabajadores absentistas puede ser un índice. Pero la forma en que está campaña se malogró muestra también los límites de una acción coercitiva. No se puede poner un policía tras 128 millones de trabajadores» (pág. 28).

(9). La creciente preocupación de la burguesía y su Estado por los "crímenes informáticos" refleja bien esta contradicción. El acceso relativamente fácil de "personas exteriores a la empresa" a informaciones relativas a ésta, "falsea la competencia".

(10). El informe de Novosibirsk insistía igualmente, un decenio más tarde, en que el sistema de gestión económica (y hay que añadir "social y política") en vigor en la URSS genera "la pereza, la falta de honradez y un bajo nivel moral en el seno de la población en su conjunto". Habría podido añadir: el ejemplo viene de arriba, el pez empieza a pudrirse por su cabeza.

(11). Ver sobre esto consideraciones interesantes contenidas en una tesis doctoral de William K. McHenry, un especialista americano (muy hostil al comunismo) de la informática soviética.

(12). El informe de Novosibirsk había mencionado explícitamente los intereses contradictorios de diferentes capas sociales como una de las causas del retraso de una reforma económica radical en la URSS. El propio Gorbachov hizo en términos atenuados. Sobre todo el debate desencadenado en la URSS sobre la existencia de tales contradicciones, ver el artículo ya citado de Marina Bek, aparecido en INPRECOR n° 193 del 1 de abril de 1985.

(13). Un industrial francés invitado a la URSS cuenta sobre este asunto detalles interesantes en un reportaje aparecido en la revista "L'Expansion" del 24 de mayo de 1985.

(14). Gorbachov prometió aumentar los salarios de los ingenieros y de los técnicos y aumentar las primas para los "innovadores".

(15). El profesor Harley D. Balzer ha analizado recientemente las causas de esta contradicción en la revista americana "Issues in Science and Technology". Se refieren todas a la gestión y a la dictadura burocrática y no al sistema de propiedad colectiva de los medios de producción o a la planificación económica.

CUADRO 1

Un informe elaborado por la Academia de Ciencias de Polonia, y citado por el semanario "The Economist" del 6 de julio de 1985, calcula los gastos de energía (en equivalentes de Kgs de carbón) y de

productos siderúrgicos (en equivalentes de Kgs de acero) por cada 1000 dólares de producto nacional bruto (a la tasa de cambio oficial) de media para los años 1979-1980:

Pais	Energía	Producción Siderúrgica
URSS	1490	135
RDA	1356	88
Checoslovaquia	1290	132
Hungría	1058	88
Gran Bretaña	820	38
RFA	565	52
Francia	502*	42*
Suiza	371*	26*

(*) Estas cifras no son completamente comparables: la industria manufacturera juega un papel más reducido en la formación del PNB en estos países que en los demás países mencionados.



Dossier

POUM



HOMENATGE A
**ANDREU
NIN**
(1892-1937)



el vendrell, 1982 •

Nuestra herencia teórica

Jaime Pastor

Para comprender la importancia de la aportación teórica realizada por quienes militaron en el POUM, habría que empezar recordando las condiciones del marxismo en el Estado español hasta la guerra civil. Sólo en ese marco cabrá hacer una valoración ajustada de lo que pudo significar el marxismo crítico, independiente y revolucionario de luchadores como Andrés Nin, Joaquín Maurín, Juan Andrade, los hermanos Arenillas, Fersen y muchos otros menos conocidos hoy.

Marxismo versus anarquismo

Es sabido que en la batalla entre las dos corrientes que dieron lugar a la Primera Internacional y a su posterior división, fueron los anarquistas quienes la ganaron en el seno del movimiento obrero del Estado español. Sobre las causas de esa victoria se ha escrito y discutido mucho: existen razones objetivas como las relacionadas con el carácter más atrasado de la formación social española, con el mayor peso del campesinado y su influencia en la clase obrera que se va estableciendo en Catalunya; o los efectos de la frustración posterior al fracaso de la revolución de 1868 y de la Primera República en el desarrollo de un fuerte sentimiento popular antiestatalista, además de otros factores más complejos.

Pero no son éstas causas suficientes por sí solas para entender ese triunfo anarquista, ya que en otros países, como la misma Rusia, también existían en cierto modo. Por eso es inevitable reconocer también el efecto negativo que tuvieron las debilidades de quienes aparecieron como portadores del marxismo en la península, tal como indica, por ejemplo, Fernández Buey(1): su acentuación unilateral de la versión estatalista de esa doctrina; su desprecio de la cuestión agraria, o la escasa preocupación que muestran por analizar e influir en el proceso de formación de la clase obrera y de su conciencia en los principales centros industriales.

Lo que resulta de todo este conjunto de causas, objetivas y subjetivas, es que **el marxismo ibérico de la Primera y la Segunda Internacionales es especialmente pobre en comparación**

con la mayoría de los países europeos. Sólo se han podido salvar de la mediocridad obras como el famoso **Informe a la Comisión de Reformas Sociales** de Jaime Vera y algunos artículos y obras menores.

La corriente que representa ese marxismo, encabezada por Pablo Iglesias, manifestaba claramente esas limitaciones, agravadas por el hecho de concentrarse en Madrid, entonces una capital puramente burocrática frente a la verdadera capital industrial que era Barcelona. Eso es lo que reprocharán al llamado *pablismo* los futuros dirigentes del POUM. Joaquín Maurín dirá, por ejemplo, que Pablo Iglesias «no comprendió jamás que el problema de España no consistía en transformar la aristocracia obrera de Madrid en directora del proletariado, sino en conquistar totalmente las zonas industriales, elevando al proletariado más fuerte a la condición de dirigente de la clase trabajadora en general»(2). Quizás de este juicio condenatorio sólo se salvó la penetración que el PSOE tuvo en el proletariado vizcaíno.

Pero lo peor de la imagen que adquirió el marxismo oficial hasta finales del primer tercio de este siglo fue que, pese a su limitada implantación obrera, practicó un obrerismo muy conservador frente a cualquier esfuerzo intelectual de actualización marxista.

Una de las mejores críticas de lo que significó ese marxismo tan prematuramente reformista se encuentra precisamente en una obra no reeditada de Juan Andrade, **La burocracia reformista en el movimiento obrero**, publicada en 1935, y en la que hace una denuncia bastante pormenorizada del funcionamiento oligárquico del PSOE y de la UGT. En esa obra el autor señala cómo «por su carácter obrerista, que no obrero, el pablismo era profundamente antiintelectual; pero entendámonos: no enemigos del arribismo intelectual solamente, sino de todo lo que representase inquietud por los problemas teóricos y de lucha de clases». Y concluía, coincidiendo con Maurín, diciendo que «por esta propensión natural de concentrar sus actividades en la capital y de hacer de la burocracia madrileña el centro directivo, se abandonó al proletariado catalán en manos del anarquismo.

También por la misma razón, hasta muy recientemente, el proletariado agrícola ha estado más influenciado por la Confederación que por el ugetismo».

Afortunadamente, frente a esa versión pablista aparecerá otra apoyada en una revolución triunfante, la **revolución rusa**. Su profundo impacto internacional llegará aquí y contribuirá al **surgimiento de una nueva generación de marxistas revolucionarios**. Estos se identifican con los bolcheviques, procedentes tanto de la socialdemocracia como del anarcosindicalismo. Las trayectorias políticas de Andrés Nin, Joaquín Maurín o Juan Andrade son en sí mismas reveladoras de una nueva etapa en la que se trata de superar la dicotomía entre las dos viejas corrientes del movimiento obrero, mediante la formación de un nuevo partido capaz de atraer a los sectores revolucionarios presentes en el PSOE o en la CNT.

Marxismo versus stalinismo

Pero por desgracia el período de tiempo que tuvieron para hacer realidad ese objetivo fue corto. Muy pronto empezará a producirse el ascenso del stalinismo en la URSS y con él la *bolchevización* y burocratización del nuevo PC, viéndose empujados los principales pioneros del nuevo marxismo revolucionario a abandonar o se expulsados de las filas de un partido que ayudaron a construir de modo decisivo. Bastaría demostrar esto último recordando el papel de Juan Andrade en la fundación del PC y en la dirección y edición de sus publicaciones de los años 20, el de Maurín en la creación de la Federación Catalana, o el de Nin como dirigente de la Internacional Sindical Roja y amigo de Lenin, Trotsky, Gramsci, entre otros.

Una vez fuera del PC, todos ellos continuarán su esfuerzo por ir definiendo un marxismo vivo, fiel a las enseñanzas de la Revolución Rusa y no a la caricatura que va transmitiendo el nuevo marxismo oficial. Su labor no fue desde luego inútil.

En los primeros años de la Segunda República su trabajo será inmenso. Este juicio no es ya parcial, puesto que por fortuna es una opinión extendida hoy entre los estudiosos de la historia de ese período.

Respecto a las revistas de la época, comentarios de personas políticamente tan dispares como Fernández Buey, Paul Preston o Santos Juliá lo confirman. El primero de ellos emite el siguiente comentario:

«Lo más vivo del mismo (del marxismo) durante esos años estuvo en las revistas teórico-políticas vinculadas a las organizaciones marxistas entonces existentes, señaladas en **Comunismo y Leviatan**. Es éste un marxismo muy vinculado a los problemas y aspiraciones de los trabajadores en un Estado que se autodefine



eufemísticamente como República de trabajadores, que se enfrenta con una grave crisis económica, con la resistencia de los privilegiados a ceder parcelas de su poder, con el surgimiento del fascismo y con el empuje de la propia clase obrera; un marxismo que redescubre y pone en primer plano la motivación emancipatoria de la obra de Marx, que conoce y compara recientes experiencias europeas y que ensaya el análisis concreto de la situación concreta».(3)

Comunismo era la revista de la Izquierda Comunista, en la que escribían Nin, Andrade (que era el director y empleaba varios seudónimos), Fersen y Esteban Bilbao, entre otros. **Leviatan** era la revista que

dirigía Luis Araquistain, de la izquierda del PSOE, y en la que colaboraban asiduamente los antes citados y Joaquín Maurín. La apreciación positiva de la importancia de estas revistas debería extenderse también a **La Nueva Era**, publicación primero del Bloc Obrer i Camperol y luego del POUM.

¿Qué características o qué contribuciones habría que destacar más de todo lo que escribieron y defendieron públicamente los dirigentes del POUM?

La primera, en mi opinión, sería la capacidad mostrada para dar un **enfoque internacionalista** a los problemas de la revolución española, superando así el provincialismo pablista. Fueron

conscientes de la nueva época inaugurada por la revolución rusa, de que se había roto el eslabón débil de la cadena imperialista y, por consiguiente, de que la internacionalización de la economía y de la lucha de clases exigía construir una Internacional dispuesta a analizar e intervenir en los acontecimientos que se produjeran en cualquier parte del mundo.

Por esa razón, su participación en la Tercera Internacional y en la Internacional Sindical Roja irá acompañada del análisis del auge del fascismo en Italia, luego en Austria y Alemania, así como del distanciamiento crítico respecto al proceso de burocratización en la Unión Soviética, sin olvidar en absoluto el proceso revolucionario que se desarrolla en China y otros lugares del llamado *tercer mundo*.

Es, sin embargo, su actitud ante la URSS la que tiene mayor mérito: en un período en que el mito del primer Estado obrero se hallaba fuertemente arraigado, su evolución y posterior ruptura con la Tercera Internacional no fueron resultado de ninguna frivolidad intelectual. Para todos ellos, principalmente para militantes como Nin y Andrade, fue una verdadera tragedia tener que romper con la nueva dirección de la URSS: de nada sirvió su firme disposición a defender ese nuevo Estado frente al imperialismo para evitar las calumnias que luego caerán sobre ellos.

En la mayoría de estas cuestiones quien más destacó como analista fue Andrés Nin. En obras como **Las dictaduras de nuestro tiempo** (en la que polemizó con Cambó y estudió con mucha precisión el fascismo italiano y la evolución incipiente en la URSS), **Las organizaciones obreras internacionales** (en la que hará un repaso histórico de las Internacionales y del sindicalismo en general) o **Los movimientos de emancipación nacional** (en la que hace una verdadera antología del pensamiento marxista sobre esta cuestión), esa labor queda sobradamente demostrada (4).

Esta última obra de Nin entronca con otro rasgo importante de quienes formarán el POUM, y es **la búsqueda de las causas históricas de la opresión nacional en el Estado español**. Este interés no era fácil entonces teniendo en cuenta que el pablismo había sido y seguía siendo profundamente españolista y que los principales movimientos nacionales de entonces, el de Catalunya y el de Euskadi, estaban dirigidos por fuerzas pequeñoburguesas y burguesas.

Es aquí donde hay páginas enormemente interesantes de lo que opinó Maurín en obras como **La revolución española, Revolución y contrarrevolución en España**(5) y en sus numerosos artículos, conferencias y discursos, incluido el que realizó en el Ateneo de Madrid en junio de 1931. Su relación con el catalanismo y su preocupación por arrebatar la base popular a la Esquerra Republicana fueron sin duda un buen acicate para

ello.

Maurín trató de comprender el por qué del fracaso de la unificación española, contando ya con aportaciones sobre este tema hechas por el propio Marx y por Nin. Su firme convicción, a la luz de la historia, de que esa unificación había sido impuesta reaccionariamente le llevó a sentencias tan tajantes como la de que *«España es hoy un conjunto de pueblos prisioneros de un Estado gendarme»*, incluso bajo la Segunda República. De esa tesis dedujo la necesidad de apoyar abiertamente el movimiento nacional en Catalunya y la de combatir, como dice Antoni Monreal, *«desde el catalanismo radical contra la pequeña burguesía radical»*(6). De ahí a la defensa de la separación de Catalunya había un paso que él no dudó en dar y que le valió duras críticas por parte de Nin y de Trotsky.

Según Maurín, había que *«separar para unificar luego. La verdadera unidad ibérica, con Portugal y Gibraltar, sólo podrá realizarse por medio del triunfo de la clase trabajadora. Muerto el Estado semifeudal opresor, las nacionalidades ibéricas formarán una Unión de Repúblicas Socialistas»*(7).

Ese separatismo táctico fue objeto de fuertes polémicas, pero al menos obligó a tener en cuenta la importancia que estaban adquiriendo los movimientos nacionales en el proceso revolucionario español. Quizás en esto es donde más claramente queda demostrado que los futuros dirigentes del POUM no se limitaron a practicar la analogía histórica con la revolución rusa sino que, aprendiendo de ella, intentaron comprender las particularidades del proceso en el que intervenían. Las enseñanzas de Octubre del 34 condujeron a un acercamiento entre Nin, Maurín y sus respectivas organizaciones, expresado en el apartado sobre la cuestión nacional de las tesis de fundación del POUM: en ellas se insistía tanto en la defensa del derecho a la autodeterminación, incluida la independencia, como en la necesaria unidad del proletariado de todo el Estado.

Una breve reflexión sobre ese debate puede ser hecha ahora, y habría que decir que si bien las críticas de Izquierda Comunista eran acertadas en algunos aspectos, esta organización mostró cierta rigidez a la hora de determinar la existencia de nacionalidades y, sobre todo, en la táctica a adoptar respecto a los movimientos nacionales, particularmente en Euskadi (como se refleja en la propia evolución de los escritos de los hermanos Arenillas) o en la posibilidad o no de propugnar desde el marxismo una opción independentista.

En cuanto a Maurín, su sana intención de comprender y buscar formas de relación entre movimiento nacional y movimiento obrero iba a acompañada de una tendencia a generalizar la existencia de nacionalidades en el Estado español, asimilando a

éstas incluso la cuestión colonial marroquí, y a fomentar así los nacionalismos en detrimento del protagonismo en la lucha del movimiento obrero.

De todas formas, convendría recordar también que el propio Trotsky no descartó completamente un cambio de táctica en esta cuestión en función del desarrollo de los acontecimientos. Así, por ejemplo, a raíz del conflicto del año 34 entre la Generalitat y el gobierno central, llegó a proponer a la Izquierda Comunista que hiciera «*agitación (a través de su propia organización y de la Alianza Obrera) a favor de la proclamación de una república catalana independiente, y deben exigir, para garantizarla, el armamento inmediato de todo el pueblo (...) El proletariado debe demostrar a las masas catalanas que tiene un sincero interés en la defensa de la independencia catalana» (El conflicto catalán y las tareas del proletariado, verano 1934; publicado en la edición en castellano de Inprecor sobre octubre del 34).*

Revolución y guerra

Partiendo de ese internacionalismo militante, hacia fuera y hacia dentro, otra labor destacable en todos ellos fue la de **tratar de definir la naturaleza de la revolución española.**

A pesar de que la Izquierda Comunista fuera acusada por el propio Maurín de calcar los esquemas de la revolución rusa, no fue eso lo que pretendieron hacer los miembros de esta corriente. Es cierto que el ejemplo bolchevique tendía a ser exportado como *modelo*, pero en la medida que se iba profundizando en la historia y en las lecciones de los primeros años de la Segunda República, eran las especificidades españolas las que iban siendo puestas en primer plano. Así, en **Comunismo** podemos ver análisis lúcidos sobre la cuestión agraria, sobre la cuestión nacional, como ya indicábamos antes, o sobre el papel cada vez más importante que juegan los sindicatos. Su aplicación de las tesis de la revolución permanente impedirá, por ejemplo, que desprecien las tareas democráticas de una revolución burguesa frustrada (a diferencia de lo que sucederá al PC oficial en su giro ultraizquierdista); y su fidelidad a las tesis del Frente Unico Obrero de los Primeros Congresos de la Internacional Comunista le permitirá mantener una línea de continuidad a lo largo de todo el período republicano, frente a los zigzags de unos y otros.

En el caso de Maurín y el BOC, es cierto que tanto su reticencia a tomar partido en los debates de la Tercera Internacional (salvo en lo que se refiere al tipo de centralismo democrático que se podía aplicar dentro de ella y que ha llevado a algunos a considerarle precursor del *policentrismo*) como su especial preocupación por la cuestión nacional estimularon un

esfuerzo mayor por estudiar la historia y la sociedad española, tal como se refleja en sus dos obras antes citadas. De todo ello intentó definir una estrategia revolucionaria que pretendía ser distinta tanto de las posiciones socialdemócratas y stalinistas como de las trotskistas. La fórmula que encuentro fue la de *revolución democrático-socialista* que, finalmente, será aceptada en las tesis del POUM por el sector procedente de Izquierda Comunista.

En realidad, después de Octubre del 34, tanto Maurín como Nin coincidían en que las tareas pendientes de la revolución eran democráticas y socialistas y, por lo tanto, el dilema a plantearse el de fascismo o socialismo.

Las tesis del nuevo partido, el POUM, junto a los análisis y propuestas que al calor de los acontecimientos y la guerra civil harán los dirigentes de este partido confirman el grado de madurez alcanzado por dos corrientes que fusionan dos experiencias distintas: una, la de quienes estuvieron más vinculados al trotskismo y al intento de influir en sectores de izquierda de la socialdemocracia, y otra más ligada al sindicalismo revolucionario y al catalanismo.

El comienzo del levantamiento franquista, de la revolución y de la guerra civil se producirán sin embargo menos de un año después de la creación del nuevo partido. En un contexto internacional de ascenso del nazismo y del stalinismo la puesta en práctica de una estrategia revolucionaria no será tarea fácil: primero, con el Frente Popular, y luego con la relación que se establece entre guerra y revolución, los dirigentes del POUM intentarán evitar que las lecciones de la Alianza Obrera y las conquistas de julio del 36 sean abandonadas en aras de la hegemonía de las fuerzas republicanas pequeñoburguesas.

Es en torno a estas cuestiones donde sigue habiendo un desconocimiento grande de las posiciones del POUM: frente a las calumnias stalinistas, hay que dejar bien claro que los dirigentes de ese partido ni despreciaron la necesidad de derrotar a Gil Robles, primero, y a Franco, después, ni fueron entusiastas defensores de los excesos anarquistas en las colectivizaciones. Lo único que hicieron fue plantear que **en un período de revolución y contrarrevolución** sólo la unidad obrera y la extensión de la revolución en la retaguardia eran garantía suficiente para acabar con el fascismo.

Sus polémicas con el ala derecha del PSOE y con los stalinistas serán extremadamente duras precisamente porque en función de objetivos inicialmente electorales y luego puramente militares irán rompiendo la unidad obrera y suprimiendo las conquistas revolucionarias de julio del 36. Y con los anarquistas también lo serán por su ignorancia del problema del poder político, que les llevó del desprecio de la necesidad de organizar racional-

NOTAS

- (1). "Marxismo en España", *Sistema*, n. 66, mayo 85, Madrid.
- (2). *Los hombres de la dictadura*, Barcelona, Anagrama, 1977.
- (3). Del art. antes citado.
- (4). *Las tres obras han sido reeditadas por Fontamara*, Barcelona.
- (5). Editadas respectivamente por Anagrama en 1977 y Ruedo Ibérico en 1966.
- (6). *El pensamiento político de Joaquín Maurín*, Barcelona, Ediciones Península, 1984.
- (7). *La revolución española*.
- (8). Sobre este tema ver resol. y artículos de Oltra Picó en *La revolución española en la práctica*, con introducción y selección de Víctor Alba, Ediciones Júcar, Madrid 1977.
- (9). *El marxismo y los problemas de la revolución española y Marxistas revolucionarios y anarquistas en la revolución española*, de Juan Andrade, Barcelona, Ediciones Nueva Era, 1979.
- (10). Ese documento aparece publicado en el libro antes citado de Víctor Alba.

mente el proceso de colectivización a la participación de sus dirigentes en un gobierno que se enfrentó con sectores de la propia CNT.

Cuestiones poco estudiadas han sido precisamente la política militar del POUM o su actitud ante las colectivizaciones. Hay sin embargo documentos interesantes sobre estos temas, especialmente sobre la organización económica de la zona republicana, e incluso después de la guerra Juan Andrade escribió reflexiones muy útiles que habrá que reivindicar(8).

No hay que olvidar, no obstante, que en este período hay dos etapas fundamentales: una, la que va de julio del 36 a mayo del 37, y otra, la que llega hasta el final de la guerra. Es en la primera cuando la audiencia y el crecimiento del POUM son grandes, sobre todo dentro de las filas del anarcosindicalismo. Y es entonces también cuando, como decía Andrade, existió una oportunidad histórica de reconciliar marxismo y bakuninismo a través de un frente revolucionario que sustituyera la ausencia de un partido marxista fuerte y convirtiera en pensamiento y estrategia revolucionarios el instinto combativo extraordinario de numerosos militantes de la CNT y la FAI(9).

Pero los obstáculos para que este proceso se produjera fueron más fuertes que las esperanzas depositadas por Andrade, y a partir de mayo del 37, las peores acusaciones cogerán el relevo del debate político y la solidaridad dentro del campo republicano.

La mujer y la revolución

Sabido es que Maurín fue detenido en zona fascista a comienzos de la guerra civil, y esto fue sin duda un grave inconveniente para el joven partido. Los dirigentes del POUM supieron afrontarlo y la calidad de sus análisis y aportaciones se demuestra a través de las páginas de *La Nueva Era* y *La Batalla*. En ellas incluso se abordaban cuestiones también poco conocidas hoy como las relacionadas con la escuela, la sanidad, la justicia, la situación de la juventud o la de la mujer.

Sobre esto último un documento publicado por el Secretariado Femenino del POUM en 1937, titulado *La mujer ante la revolución*, merece que nos detengamos un poco. En él se destacaba el papel que estaban jugando las mujeres en la revolución, señalando que ésta «ha indicado el camino para la obtención de la igualdad de derechos de la mujer en lo económico, lo social y lo político. Pero se han de vencer muchos prejuicios profundamente arraigados (en negrita en el original), y aún no estamos nosotras mismas de acuerdo sobre lo que la nueva sociedad nos pueda dar y lo que hemos de exigir. Todavía no creemos del todo en nuestra igualdad de capacidad, en nuestra igualdad de derechos. La opresión que data de siglos la llevamos aún en la masa de la sangre y ni siquiera la mejor legislación nos liberará de ella del día a la mañana. La igualdad de derechos

con motivo del triunfo del Frente
Madrid, 17 de febrero de 1936)





tampoco nos la puede regalar (id.) el socialismo. Sólo nos puede dar toda clase de posibilidades para conquistarla con nuestra obra tomando parte en la responsabilidad de la vida social y en su formación»(10).

En este párrafo queda condensada una argumentación embrionaria de la necesidad de un papel autónomo de las mujeres en un momento histórico en el que, como se refleja en otras partes del propio documento, todavía aparece subordinado a su integración en el movimiento obrero y en el partido revolucionario.

También en esa declaración aparece una firme defensa del derecho del aborto con razones más claras que las que daba el decreto aprobado por la Generalitat. Las mujeres del POUM sostenían que «la mujer que no quiera tener hijos por razones de salud, de economía y otros motivos fundamentales, tendrá a su disposición medios para evitar el embarazo. Y lo mismo la madre que no desee traer más hijos al mundo. Desde ahora en adelante, pues, podrá la mujer determinar libre-

mente sobre su cuerpo». En resumen, ese derecho se justifica no por el interés de la raza, tal como pretendía la Generalitat, sino porque la mujer ha de poder decidir sobre su propio cuerpo.

Hay, en fin, otra contribución menos brillante, más discreta, por parte de quienes estuvieron en la IC y el BOC y luego en el POUM: **fueron ellos quienes, desde principios de los años veinte, más se preocuparon por realizar la traducción y difusión de obras y artículos de los clásicos marxistas y de los teóricos revolucionarios de su época.**

Los escritos de Marx, sobre la revolución española, por ejemplo; obras de Lenin, Trotsky, Bujarin, Zinoviev, Bebel, Rosa Luxemburgo, Alejandra Kollontai, Victor Serge, Alfred Rosmer, Lunatcharsky y otros muchos fueron conocidos por los militantes de izquierda de la época a través de las editoriales y revistas de esta corriente. Se trata de una labor comparable quizás con la que hicieron los anarquistas en su propia tarea divulgado-

ra, pero no desde luego con el escaso trabajo realizado por quienes representaban al PC oficial.

Y por último, habría que indicar que todo este conjunto de aportaciones no se realizaba en un recinto cerrado. Todo lo contrario. La presencia de los dirigentes y militantes de la IC, del BOC y luego del POUM era grande, y sin relación directa con su reducido peso numérico: sus actividades en los sindicatos, en los Ateneos, en las Casas del Pueblo, su colaboración con diversas editoriales y publicaciones hacían que sus posiciones fueran ampliamente conocidas dentro del movimiento obrero de entonces.

Recuperar la memoria

¿Qué podríamos concluir de este breve repaso a la herencia teórica del POUM?

En primer lugar, que no sólo no es pobre sino que, teniendo en cuenta las condiciones y limitaciones de la época, según indicábamos al principio, es rica, creativa y no simplemente divulgadora, y merece la pena que sea estudiada por las generaciones de militantes marxistas que surgieron en los años 60 y 70 y que en su mayor parte todavía hoy desconocen ese legado.

Pero, en segundo lugar, conviene insistir en que esa lectura necesaria no puede obedecer sólo a motivos de curiosidad histórica. El año próximo va a ser el cincuenta aniversario de la guerra civil y tendrá que servir, espere-mos, para recapitular en común cuáles fueron los problemas, los puntos de vista y las estrategias que propugnaron entonces las diferentes corrientes del movimiento obrero. El peso terrible de la derrota frente al franquismo contribuyó a confundir a muchos sobre las razones y la fuerza reales de quienes dentro del campo republicano defendieron una vía revolucionaria consecuente. Pero ahora deberemos hacer todo lo posible para restablecer la verdad histórica sobre quienes llevaron la peor parte en toda la contienda.

Hay, en fin, una justificación aún mayor para ese llamamiento a conocer y estudiar la aportación teórica del POUM. Me refiero a la utilidad que puede tener para enriquecer nuestros debates actuales. Desde la reivindicación de un internacionalismo revolucionario frente a cualquier Estado-guía hasta la lucha por la construcción de una organización revolucionaria fuerte y unida, pasando por la sensibilidad especial a tener ante la cuestión nacional o la desconfianza profunda frente a las alianzas con fuerzas burguesas y a las instituciones parlamentarias, los principios comunistas que guiaron a los fundadores de aquel partido y que les llevaron a pasar la prueba de fuego de la revolución y la guerra, han de ser puntos de referencia constantes para quienes queremos recoger su herencia desde la izquierda revolucionaria de hoy. □

Nin, Maurín y Andrade en la historia del marxismo español

J. Gutiérrez Alvarez

La aparición en 1977 del estudio biográfico de Francesc Bonamusa sobre el último Andreu Nin(1), fue significativamente la ocasión señalada para que algunos de nuestros más reputados historiadores de izquierdas arremetieran contra lo que Antonio Elorza llama *una cierta mitificación* del dirigente del POUM, y que ilustra con la intención explícita de Pelai Pagés de considerar como *muy importante para el movimiento obrero español e internacional*, la recuperación de su legado. Para Josep Fontana se trata, por primera vez, de una biografía que pone a Nin en sus justos términos, o sea en los de: «*un buen divulgador del leninismo (yo no diría del marxismo), político desconectado de la realidad hasta 1936, hombre de gobierno en tareas poco interesantes en una breve etapa de la guerra civil y víctima, finalmente, de una tragedia tan brutal como innecesaria*»(2). Más ponderado, Josep Termes saludaba también el trabajo de Bonamusa como un ejemplo de rigor frente a una amplia sub-literatura hagiográfica sobre Nin, escrita, en el mejor de los casos por historiadores jóvenes, y en el peor, por periodistas y políticos instrusistas, abocados a una historia ideológica, orientada hacia personajes y grupos marginales en tanto más de izquierda, mejor. Termes abogaba por una nueva historia, orientada hacia la clase obrera y no hacia sus dirigentes y/o pretendidos representantes(3).

Está claro que bajo el manto de un ajuste de cuentas con una historia adulterada —sobre la cual se pueden encontrar ejemplos mucho más flagrantes en otros campos que en el del POUM(4)—, lo que se está haciendo es apología de unas tesis que, como las de Bonamusa, acarician la pretensión de representar la verdadera historia frente a los que, por un lado, se atienen a las versiones stalinistas —como es notorio el caso de Tuñón de Lara—, y a los que, por otro, asumen la reivindicación política de Nin y lo encumbran como un *clásico* marxista y como una de las conciencias más lúcidas de su tiempo(5). No hay pues historia *objetiva*, Bonamusa pretende; como expresaba muy bien un diario barcelonés, demostrar, con «*una documentación apabullante que Nin carecía de la entidad política y teórica que se le quería atribuir. Había sido sobrevalorado, bien por su muerte absurda (Bonamusa la presente como algo objetivamente inexorable, como en un drama de Eurípides), bien por la miseria del comunismo oficial, o bien*

por la persistencia de la literatura». Esta *desmitificación* de Nin se apoya en una idea que se ha convertido ya en un estereotipo: Nin y los grupos comunistas trataron trasladar el esquema de la revolución de Octubre y del bolchevismo a una realidad que se presenta como diferente, marcada por lo específico, como si sus condiciones de antagonismo social y de desarrollo económico no fueran más desarrollados que en Rusia, y como si la guerra civil se pudiera separar de unas condiciones internacionales difíciles de exagerar.

¿Se ha sobrevalorado a Nin?

La debilidad de Nin radica para Bonamusa en su carácter de político en unos grupos marginales, y en su producción como teórico que nunca sobrepasó el estadio de la divulgación. Salvando esta premisa, Bonamusa no tiene ningún inconveniente en reconocer unos atributos digamos secundarios: una rica y variada trayectoria militante, una firme honestidad personal, su labor como periodista y divulgador notable, sus magistrales traducciones del ruso al catalán y al castellano, su extensa cultura, y por supuesto, la aberración de su asesinato. Con ello coincide paradójicamente con los actuales expoumistas insertos en el PSC-PSOE —área en la que también se mueve Bonamusa—, cuya voluntad de rendir homenaje a la memoria de Nin suele estar acompañada de una buena dosis de lima de su filo revolucionario.

Hay por tanto una incorrespondencia entre el Nin que traduce a Tolstoi y el que se empeña en hacer una revolución objetivamente improcedente. Para realizar este contraste, Bonamusa despacha en menos de diez páginas toda la formación política y teórica de Nin, para ceñirse en su última etapa marcada por la *utopía*. Sin embargo, un estudio más global de otras etapas de la vida de Nin nos permiten comprender más claramente una biografía política carente de paralelos en la historia del movimiento obrero español.

Nin comenzó su andadura militante al calor de la Semana Trágica: el primer ensayo revolucionario de la clase obrera catalana. Estudia magisterio, participa en el movimiento estudiantil y en los centros culturales obreros de principios de los años diez. Su primer cuadro político es el republicanismo catalanista federal, y su

primera escuela sobre la cuestión nacional la tiene en Rovira i Virgili. Entre 1913 y 1915 fue uno de los animadores de la agrupación socialista barcelonesa, dentro de la cual protagonizó uno de los escasos debates de altura que sobre la cuestión nacional ha conocido el PSOE(6). El joven intelectual nacionalista se mostró, a la postre del debate, mucho más internacionalista que Fabra Ribas, su oponente, cuando, ante la Gran Guerra, Nin se pronunció por el neutralismo activo y por una Europa que respetara el derecho de autodeterminación de las pequeñas nacionalidades, mientras que Fabra olvidó su *internacionalismo* antinacionalista para apoyar a los Aliados. Entre 1915 y 1917 viajó por Europa y África del Norte, hasta que la huelga general de agosto de 1917 —segundo ensayo esta vez a escala estatal— le devolvió definitivamente a la militancia que hasta 1921 iba a transcurrir en la CNT. Nin conoció muy directamente aquellos duros años del sindicalismo barcelonés —escapó fortuitamente de un atentado—, y ascendió por méritos propios a los puestos de decisión del sindicato, en cuyo Congreso tomó parte en 1917 como un ardiente partidario de la revolución rusa y la III Internacional. Esta le parece una realidad capaz de asimilar a todas las tendencias que quieren hacer la revolución... En esta primera etapa ya nos encontramos con Andreu Nin que aún una notable capacidad militante con un importante bagaje intelectual.

Acusado de encontrarse entre los responsables de la muerte de Dato, Nin tiene que quedarse en Moscú donde conseguirá formarse como un cuadro dirigente en el *corazón* intelectual del primer movimiento comunista internacional. Aparte de ser miembro del PCUS, diputado del soviet de Moscú, seguidor de cerca de los inicios del PCE, Nin formará parte del Buró Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja, y será la mano derecha de Lozovsky. Como *profesional* de la revolución, Nin escribe en la prensa comunista internacional, participa en Congresos internacionales y nacionales, y efectúa misiones clandestinas por Europa, la más significativa de las cuales fue la que le llevó en 1924 a Italia, donde conoció a Gramsci y en donde pudo estudiar el ascenso del fascismo *in situ*. Fruto de su experiencia soviética y de su profundización sobre la naturaleza del fascismo fue su obra teórica más brillante: *Las dictaduras de nuestro tiempo*(7). La solidez de sus convicciones se ponen en evidencia cuando ha de optar, bien por un puesto burocrático de prestigio al lado de Stalin, bien por una Oposición cada vez más calumniada y perseguida. Entonces se convertirá en un *notable extranjero* en la Oposición unificada, cuya *Plataforma* traduce y prologa(8). Esto le convierte además del cuadro más cualificado del comunismo español, en el primer marxista que trata en nuestros lares lo que

algunos llamarán —40 años después— el *fenómeno* staliniano, aporte que —como su análisis del fascismo— carece de relevancia para Bonamusa a la hora de establecer una valoración de su legado. Quizás hubieran preferido a un marxista erudito, pero no antistalinista.

Con todo este bagaje, Nin es llanamente homologado con los demás grupos comunistas caracterizados por «*la dramática ignorancia que muestran respecto a los problemas económicos y sociales de su tiempo y por las ilusiones delirantes que se hacen respecto a su papel histórico*»(9). Un ejemplo rotundo de este irrealismo (hasta 1936) de Nin lo encuentra Fontana en el hecho de que, en 1932, cuando «*en plena discusión de la reforma agraria, que era uno de los problemas políticos, económicos y sociales de más trascendencia entre todos los que va a hacer frente la II República, Andreu Nin escribe y publica un folleto sobre cuestiones políticas en el Extremo Oriente, Manchuria y el imperialismo...*»(10). Este *colmo* tiene para Fontana la virtud de algo definitivo, una tentación en la que también caen las contribuciones positivistas como la de Bonamusa. No hay duda de que Nin se encontró en unas circunstancias nada fáciles al tratar de dar respuestas teóricas válidas desde una realidad organizativa infima, distorsionada por la evolución esperpéntica del PCE. Empero, el ejemplo de Fontana merece unos comentarios. Omite el hecho de que Nin formaba parte de un colectivo más amplio, dentro del cual se dieron estudios sobre la cuestión agraria, como se puede ver repasando la reedición de *Comunismo*. Es más, Nin como Maurín, inserta la cuestión —junto con la nacional y con la de limpiar los *establos de Augias* del anterior régimen— dentro de una concepción de tareas democráticas que, como se había demostrado en 1909, 1917 y 1931, no iban a ser asumidas por ninguna burguesía *democrática* sino por la clase obrera como base de su alianza con el campesinado. El hecho de que tuviera además una preocupación internacionalista no debe de sorprender, a menos que se trate de concebir el hecho español como integralmente específico y el internacionalismo como una práctica para los discursos...

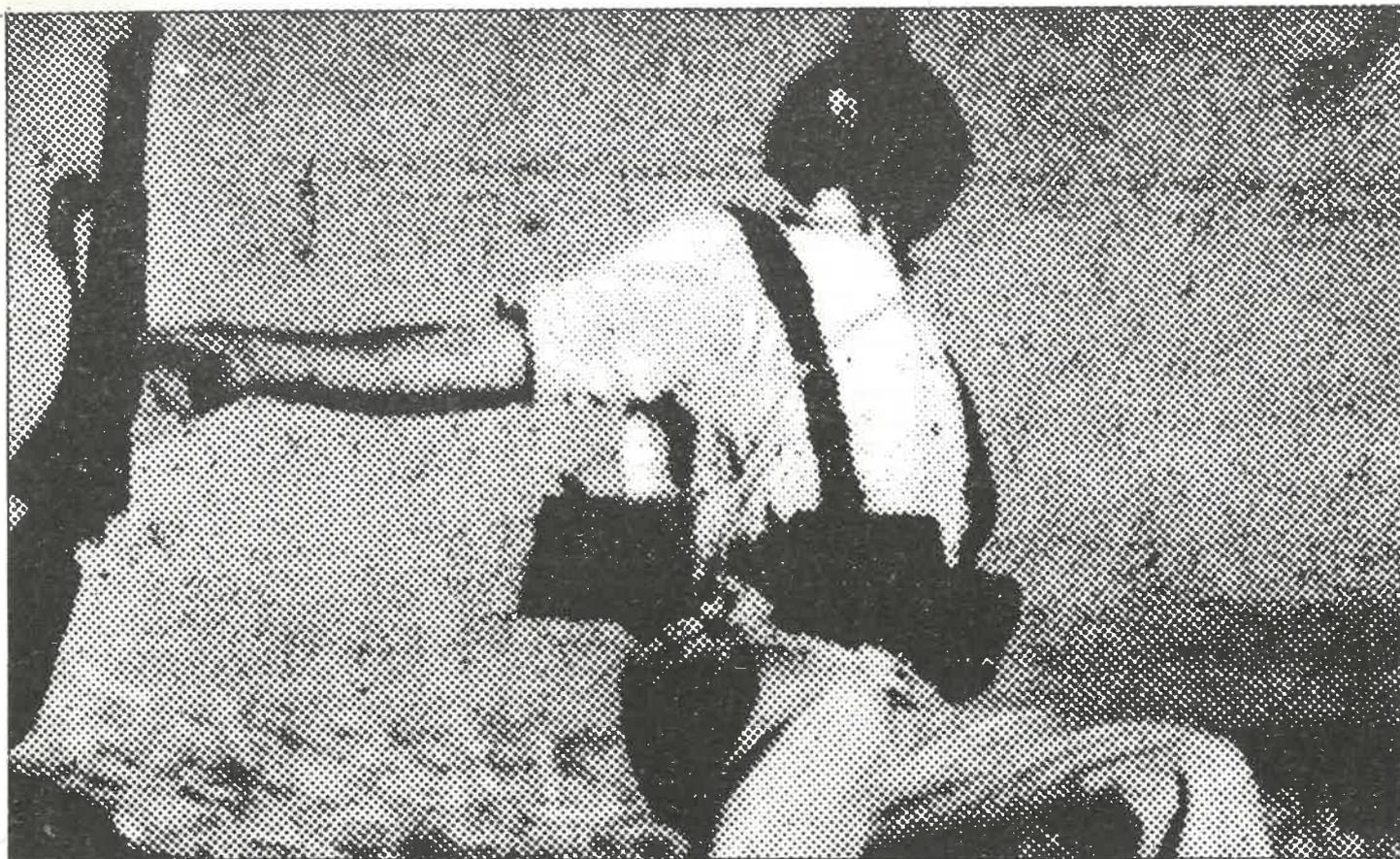
Es fácil multiplicar los ejemplos(11) de cómo la historia *événementielle* de Bonamusa enfoca su historia a través de un tubo en que sólo se ven los hechos concretos, que se niega a valorar salvo cuando estima que hay elementos que confirman su apriorismo *desmitificador*(12). Bonamusa mide el marxismo de Nin desde una puntuación académica, y no encuentra en él ninguna originalidad. Habría que discutir si ésta es la única medida posible, tal como parece desprenderse de autores como Perry Anderson que se sorprenden de la incorrespondencia existente entre la riqueza de un

proletariado capaz de protagonizar grandes acontecimientos y la pobreza de sus direcciones intelectuales(13). No se puede pretender, mecánicamente, que de un marxismo formalmente rico intelectualmente surjan acciones satisfactorias en momentos claves de la lucha de clases; ahí está el caso del austro-marxismo y si nos apuramos, de todo ese marxismo occidental, incapaz de mirar de frente una revolución o a hechos tan determinantes como el stalinismo. Ciertamente, Nin no es Gramsci, pero entre él y otros modelos —José Díaz, Araquistain, de los Ríos, etc—, hay una distancia parecida a la que nos separa de las estrellas(14).

No es aventurado afirmar que en el marxismo de Nin y en el de la escuela que representa —la que se encuentra, por decirlo así, entre el período clásico de la III Internacional y el proyecto de una cuarta—, se distingue, en **primer lugar**, por reactualizar el esfuerzo del primer PSOE en la traducción y divulgación del marxismo, pero con la diferencia que Nin se encuentra mucho más próximo a las fuentes, al tiempo que amplía éstas y a las de la II, III y prolegómenos de la IV Internacional; en **segundo lugar**, por no detenerse en el ya de por sí importante esfuerzo didáctico-divulgativo, sino que trata de desarrollarlo en un extenso abanico de problemas de índole nacional, asumiendo debates internacionales tan pertinentes para la realidad española como los relacionados al fascismo o al stalinismo; en **tercer lugar** por vincular todo este esfuerzo y desarrollo a una tarea ciclópea, la de construir un partido revolucionario, el partido de la revolución española, en contradicción no sólo con la vieja socialdemocracia sino también con el tan arraigado anarcosindicalismo y un partido comunista afectado por el cáncer staliniano cuando la conciencia general imperante todavía no ha digerido el significado del régimen surgido de la revolución de Octubre.

Vidas paralelas

Menos reconocido que Nin como teórico, Joaquín Maurín goza por el contrario de un mayor respeto que éste en un amplio espacio que va desde el de los historiadores profesionales (para Fontana es *el menos descabellado* de los dirigentes comunistas de los años treinta... aunque al final también pierda *la aguja de navegar*) hasta la militancia del POUM, dentro de la cual, salvo raras excepciones, se le considera como un político práctico más completo que Nin (*más intelectual*), o sea menos preocupado por el rigor teórico que por dar respuestas concretas a la construcción de un partido. Esta concepción se basa en el hecho, indiscutible, de que el *maurínismo* fue, de lejos, la principal componente militante del POUM. Es más, si nos adentramos en su política de construcción



del partido, en actitudes tan decisorias como la construcción de la Alianza Obrera, se puede llegar a afirmar, como hace Isidre Molas, que Maurín constituye el exponente más claro de la existencia de un análisis marxista original de la realidad española. La voluntad de elaborar sus tesis desde la realidad le conduce a buscar las raíces históricas de la revolución española, lo que le distingue de otras elaboraciones contemporáneas, a veces más informadas, pero nunca más sugestivas(15). Un estudio serio de su obra nos demuestra que no siempre fue juzgado con rigor por Trotsky la OCE-ICE, y que su caracterización como *bujarinista*(16) está lejos de ser atinada, sobre todo cuando se la considera de una manera despectiva.

Existe entre Nin y Maurín algo así como dos vidas paralelas que llegan a coincidir en algunos momentos claves, en tanto que bifurcan en otros, aunque, globalmente, hay elementos para decir que hay mucho de complementario en sus trayectorias. Al igual que Nin, Maurín (cuatro años más joven, nació en 1896) procede de una familia pequeño burguesa pobre, estudia magisterio —una profesión que ha dado innumerables cuadros al socialismo—, participa en 1917, conoce el movimiento estudiantil y republicano —experiencia importante a la hora de comprender la importancia de las tareas democráticas pendientes—, desemboca como sindicalista revolucionario en la CNT, donde en 1920 ocupa la Secretaría de la Federación Provincial de Sindicatos de Lérida y anima el semanario *Lucha*

Social—, asiste al Congreso de la CNT en 1919, participa en Moscú en la fundación de la ISR, su principal fuente de formación durante los años que siguen... Pero al contrario que Nin, Maurín puede regresar a España y emprender una ardua tarea para construir, desde el interior de la CNT, el partido de la revolución, ausencia clave para Maurín en el fracaso de agosto de 1917. Esta separación comporta dos maneras de evolución distintas.

Como militante comunista hay que distinguir dos etapas fundamentales en la biografía de Maurín, una en la que trabaja en el interior del Komintern, y otra en la que, tras romper con el stalinismo, trata de construir el **tercer partido obrero marxista** diferente y opuesto a la socialdemocracia y al stalinismo. La primera etapa coincide con un gran esfuerzo por competir en el seno de la CNT con la tendencia anarcosindicalista hegemónica por la influencia de una base militante que, por decirlo con palabras de Trotsky, había conseguido como los bolcheviques en Rusia reunir a lo mejor de la clase obrera. Este esfuerzo comienza con la Conferencia de grupos sindicalistas revolucionarios en 1922 que adopta como órgano de prensa *La Batalla*. Con una argumentación proporcionada por la ISR, Maurín lleva una constante lucha ideológica contra la mayoría de la CNT, criticando su dictadura en el interior del sindicato, proponiendo una línea de frente único inspirada en el IIº III Congreso de la IC, al tiempo que denuncia el *aventurerismo* de la llama-

da *gimnasia revolucionaria* del sector *faísta*, al que no obstante prefiere por su radicalidad a la línea más sindicalista planteada por los *trentistas*. La empresa de Maurín fracasa a la larga, aunque en su trayecto logra el predominio de los sindicatos menores de Lérida, Gerona y Tarragona, localidades que luego serán *feudos* del BOC y del POUM(17).

Hasta 1924 no construye la Federación Comunista Catalano-Balear debido a la persecución que es sometido el PCE y a las exigencias de la lucha interna de la CNT. Miembro del CE del PCE, los conflictos de Maurín con la dirección surgida a raíz de la *bolchevización* serán constante, aunque, hasta 1930, sus diferencias no sobrepasan el marco estatal. Entre 1925 y 1927 permanece en la Cárcel Modelo de Barcelona, y al salir tiene que acudir a la Comisión Internacional de Control de la IC para responder a una serie de acusaciones elevadas por la *troika* Bullejos-Trilla-Adame, pero su honradez militante queda salvaguardada. Hasta 1930 permaneció en París, donde trabajó en las Ediciones Europa-América. En España complementa su libro **Los hombres de la dictadura**(18), y comienza una ofensiva política contra la dirección del PCE criticando todos los elementos que componen la desgraciada política del *tercer período*. Cuando funda el BOC, Maurín se encuentra ya al margen de la disciplina del PCE, aunque su expulsión oficial no tuvo lugar hasta julio de 1931. Maurín teoriza entonces una vía distinta a la del stalinismo y el

NOTAS

- (1). **Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937)**. Ed. Anagrama, b. Prol. de Josep Termès.
- (2). **Taula de Canvi** n° 5, p. 162.
- (3). No deja de ser paradójico que esta orientación está igualmente ausente en la obra de Bonamusa. De hecho los primeros trabajos que se han hecho en este sentido aquí son los de Ronald Fraser.
- (4). Los ejemplos se podrían multiplicar en todos los campos políticos, pero dentro de la izquierda es ostensible el "culto a la personalidad" que se ha hecho a Durruti, Besteiro y de una manera escandalosa a José Díaz y Dolores Ibarruri, mientras que en el caso del POUM se puede hablar de "legítima defensa".
- (5). Cf. Pelai Pagés, **A.N. su evolución política** (a); Victor Alba, **Nin, Maurín: dos revolucionarios**(a); el ensayo biográfico de Wilebaldo Solano editado como folleto por el POUM; la recopilación de Oriol Pi de Cabanyes, **Que va a dir AN?**, Ed. Nova Terra, a.
- (6). Pelai Pagés ha recopilado los escritos de AN sobre la cuestión nacional desde su etapa republicana hasta la comunista (Ed. La Magrana, b). Ya anteriormente había hecho una menor para Fontamara, donde se encuentra también **Los movimientos de emancipación nacional**.
- (7). Ed. Fontamara. Las aportaciones de AN en este punto han sido resaltadas en un título clásico: **Fascismo y gran capital**, de Daniel Guerin, Ed. Ayuso, a.
- (8). Publicada como **La situación real en Rusia**. La introducción de AN, así como su crítica al libro de Pestaña, Jorge Rusia y otros escritos, está incluida en la recopilación **La revolución rusa** (Ed. Fontamara, a).
- (9). Taula de Canvi, idem. Es a nuestro juicio sintomática la intencionalidad de Fontana de "amalgamar" a todos los grupos comunistas de la época, ¿para qué estarán las matizaciones?
- (10). Idem.
- (11). Citemos uno: Bonamusa hace un exhaustivo análisis administrativo sobre las publicaciones de la OCE-ICE, y claro, demuestra su carácter ultraminoritario. En absoluto aborda el alcance de la influencia de **Comunismo** —por ejemplo en Araquistain o Maurín, que en cifras "objetivas" son dos números—, ni toma en consideración algo tan ampliamente aceptado como su elevado nivel teórico.
- (12). Por ejemplo cuando escribe: «Nin es más moderado en el análisis de la realidad política que la mayoría (sic) de los dirigentes del PCE e incluso que Maurín, aunque a

trotskyismo —a los que bastante burdamente trata de dogmáticos—, y se orienta hacia unas posiciones que internacionalmente pueden ser catalogadas como *bujarinistas*, similares a las que en Alemania defiende el grupo de Brandler, en Italia, la fracción de Tasca, y en USA, el sector Lovestone-Wolfe. El BOC es la organización de masas de lo que se llamará Federación Comunista Ibérica, con la que trata de *corregir los inconvenientes que tiene la adopción mecánica del sistema de organización bolchevique y sería el lugar de concentración de las masas obreras que se aproximan al comunismo*. Para Maurín existe las condiciones para crear, desde el BOC, el *tercer partido*, pero cuando comprende que el dilema entre fascismo o socialismo se está poniendo a la orden del día, traza una línea de frente único que se concreta en la fructífera aunque malograda experiencia de la Alianza Obrera —de la que justamente ha de ser considerado como su principal creador y teórico— dentro de la cual concibe la unificación de los marxistas.

Durante este tiempo Maurín ha madurado notablemente sus posiciones políticas, y muestra de ello será su libro **Hacia la segunda revolución (el fracaso de la República española y la insurrección de Octubre)**, y que en 1966 será publicado por Ruedo Ibérico como **Revolución y contrarrevolución en España** (con un notable apéndice sobre el comunismo en España), que sintetiza vigorosamente las concepciones de Maurín sobre el carácter democrático (que resume en cuatro puntos: 1. Reparto general de tierras; 2. Estructura federal ibérica; 3. Separación de la Iglesia y el Estado; 4. Destrucción del Estado monárquico, y en particular del Ejército...) y socialista (no existe en España una burguesía democrática el *partido industrial* ha establecido un pacto con la vieja oligarquía y teme sobre todo a la clase obrera, por lo tanto, corresponde a la clase obrera hegemonizar el proceso revolucionario, encaminando hacia el socialismo entendido como la democracia obrera) de la revolución que hay que hacer; sobre la naturaleza capitalista del fascismo; sobre la táctica y la estrategia revolucionaria que pasa a través de la Alianza Obrera, de un bloque social encabezado por la clase obrera que neutralice la base social de la contrarrevolución... No hay duda de que hay una convergencia muy poderosa entre la ICE y el BOC, y que por parte de éste se ha dado una rectificación importante que se trasluce, entre otras cosas, por plantear con actual la necesidad revolucionaria, por establecer la primacía y la independencia de la clase obrera en el bloque popular, por la conciencia de la necesidad de la insurrección armada y la instauración de una dictadura proletaria capaz de integrar la voluntad revolucionaria de cenetistas y socialistas. También hay un rechazo sin embages del stalinismo, aunque

este aspecto se encuentra mucho menos desarrollado que en Trotsky y la ICE. La idea de que Trotsky sobreestima la importancia del stalinismo se manifestará ulteriormente como errónea, ya que sin la *coherencia* y la fuerza del stalinismo no se puede comprender el naufragio de la CNT entre el gubernamentalismo y el colectivismo, la adaptación a la derecha del sector *caballerista*, la recomposición de las franjas liberales y socialdemócratas...

Maurín desaparece durante la vorágine de la guerra civil y sobrevive casi milagrosamente como prisionero de Franco (los stalinistas no dudarán en emplear el hecho como una *prueba del quintacolumnismo* del POUM), para establecerse desde 1947 en Nueva York. El Maurín de entonces es una sombra del que fue. Al igual que en el mito de Anteo, muestra su debilidad al separarse de la tierra. Ya durante su larga odisea Maurín duda de la corrección de sus posiciones, en particular de la unificación. Y aunque su forzada ausencia le lleva a no querer hacer una crítica pública de la orientación de su partido, lo hace privadamente entorno a dos consideraciones básicas: a) había que haber antepuesto la guerra a la revolución; b) había que haberse acercado al ala *caballerista* para cerrar el paso al PCE, convertido en el principal responsable de la derrota... no por su política sino por sus métodos y su actuación al servicio de Moscú... factor con el que explica la no intervención de las *democracias* occidentales. Naturalmente, estas concepciones le acercan al grupo de Rovira y le distancian del POUM organizado en París(19), dentro del cual, y en especial los de origen bloquista, le seguirán guardando un fervoroso respeto.

La larga militancia de un jacobino

Aunque es evidente que, por este orden, Maurín y Nin fueron los únicos líderes indiscutidos del POUM, no se puede olvidar que en este partido concurren algunos de los forjadores del primer comunismo español —Juan Andrade, Luis Portela, Pedro Bonet, Julián Gorkín, David Rey (Daniel Rebull), José Loredó Aparicio, etc—, así como un buen número de cuadros más jóvenes pero que mostraron ampliamente sus actitudes militantes: M^a Teresa García, José Luis y José M^a Arenillas, Manuel Grossi, Jordi Arquer, Josep Rovira, "Quique" Rodríguez, Ignacio Iglesias, Molins i Fabrega, sin olvidar los que murieron o desaparecieron en medio de la guerra.

Entre todos ellos fue Juan Andrade el más destacado. Lo primero que llama la atención en él es su larga y coherente trayectoria militante: Andrade empieza su andadura política con los *Jóvenes bárbaros* (juventudes radicales), pero en 1918 ya está al frente de las juventudes socialistas madrileñas, partidarias de Zimmervald y de la

NOTAS

(17). Tanto Nin como Maurín escribieron ampliamente sobre la naturaleza del anarquismo, en concreto, ambos participaron en el debate de *L'Opinió con Peiró* y otros anarquistas: ver, Albert Ballcells, *El arraigo del anarquismo en Catalunya*, Ed. Júcar, a. Maurín escribió un trabajo *El sindicalismo a la luz de la revolución rusa* (ver Monreal, pp. 56 y ss. Nin por su parte trata la cuestión en *Las organizaciones obreras internacionales*, aparecida en Fontamara donde estuvieron a punto de editarse sus escritos sobre la ISR. Tanto en el tema del anarcosindicalismo como de la socialdemocracia española, también el análisis marxista pasa por Nin, Maurín y Andrade.

(18). En Ed. Anagrama, edición de Bonamusa y pro. de Luis Portela. Idem. con *La revolución española*, otra obra capital de Maurín.

(19). Ver Víctor Alba, ob. cit. Un trabajo —muy poco fiable— sobre el sector socialdemócrata del POUM es el de Carmen Rosal, *L'aportació del POUM al projecte socialista*, en *L'Opinió Socialista*, 2/3.

(20). Este complot quería demostrar que el PCE de los jóvenes preparaba una "insurrección". Sin embargo, Dolores Ibarruri —presentada en las historias afines al PCE como una de las fundadoras del partido, dentro del cual fue una desconocida hasta 1932— presenta el hecho como cierto, y así lo reproducen, entre otros, Tuñón de Lara.

(21). Las increíbles torpezas de Jesús Pérez recopilador e introductor de la selección de *Comunismo* (Ed. Fontamara), se manifiesta ante el hecho de que ni siquiera conoce los diferentes seudónimos de Andrade, al que no incluye siquiera en el índice analítico.

(22). El autor de estas líneas no pudo por menos que recordar este artículo cuando, en la presentación del libro de Andrade *Recuerdos personales* (Ed. del Serbal, b) en Barcelona, se reunieron medio centenar de ex-militantes del POUM y de Acción Comunista que había naufragado en una crisis de tercera categoría y habían abandonado la militancia. Quizás no comprendían que la propia vida de Andrade era la negación misma de sus débiles recursos humanos.

(23). Ver en particular: Víctor Fuentes, *La marcha al pueblo en las letras españolas. 1917-1936*, Ed. de la Torre, b; Christopher H. Cobb, *La cultura y el pueblo, España, 1930-1939*, Ed. Laia, b; *Los nolisitas sociales españoles (1928-1936)*, antol. de José Esteban y Gonzalo Santoja, autor también de la reedición de *La novela proletaria*, en Ed. Ayuso los dos casos.

(24). Andrade fue el editor del primer libro de Sender: *La situación religiosa en México*. Este libro apareció con un prólogo de Valle-Inclán, cuya paternidad nunca ha sido entredicha por ningún erudito, y que sin embargo fue obra de Andrade, muy amigo de Don Ramón María. Andrade fue también el inductor de la publicación de *El Imán*, la novela revelación de Sender, y la mejor de su obra para muchos.

revolución rusa. En 1920 se encuentra entre los animadores del recién construido PCE como director de *El Comunista*. En 1921 es encarcelado por invención de la policía de un complot del joven partido(20), y lo volverá a ser en 1923 y en 1924. En 1927 es apartado de todos sus cargos del partido por su actitud crítica, que evoluciona desde posiciones izquierdistas *consejistas* hacia las de la Oposición de Izquierda. Cofundador de la OCE, funda y anima la revista *Comunismo*(21). En 1935 es también uno de los fundadores del POUM, a cuyos CC y CE pertenecerá. Procesado en 1938, logra huir de Barcelona en víspera de la entrada de las tropas de Franco. Durante la ocupación alemana de Francia, Andrade vive ilegalmente, y conoce diversos campos de concentración hasta que es liberado el 24 de febrero de 1944 por un *maquis* anarquista en el que se encuentra Wilebaldo Solano. Durante los años que vive en Francia, Juan Andrade es uno de los militantes poumistas más constantes a pesar de las continuas discrepancias que mantiene. Para el sector *bloquista*, Andrade es algo así como el *jacobino* —así lo definió Gerald H. Meecker— de la Izquierda Comunista, el intransigente que no tiene mucho miramiento a la hora de *comprender* posiciones como las del último Maurín. Su espíritu militante le lleva a participar en el fallido intento de reconstrucción del POUM. Finalmente se mantuvo próximo a la LCR y escribió su último artículo para *Combate* dedicado a Pedro Bonet. En este trabajo Andrade contrasta con cierta amargura las diferencias existentes entre la gente como Bonet que no se habían rendido a las adversidades más tremendas y los *desencantados* de la última ola a los que trata despectivamente(22). Juan Andrade ha sido el cofundador del PCE de más larga trayectoria militante, y uno de los pocos que no se rindieron a la clase dominante, a la socialdemocracia o al stalinismo.

Dentro de esta trayectoria hay dos capítulos que merecen a nuestro juicio una atención especial, el primero se refiere a las actividades propagandísticas de Andrade y el segundo a su compleja relación con Trotsky y el trotskismo.

No hay que ser ningún agudo académico para saber que no existen tratamientos privilegiados para los revolucionarios. No hay más que ver que para todos los que se interesen sobre las actividades culturales en el espacio de tiempo que va desde los años finales de Primo de Rivera y la guerra civil, la escena se encuentra ocupada por la estrella Ortega y Gasset, y en menor grado por la espléndida *generación del 27*. Sin embargo, un estudio hecho más hacia abajo(23), nos permitirá conocer los datos de lo que no sería exagerado llamar una *revolución cultural*. La pasión por la lectura; en disfrute de un cine crítico vivo; la conexión activa

con artistas e intelectuales dejó de ser el privilegio de las clases altas y medias para alcanzar al conjunto del proletariado. Durante estos años se publicaron centenares de títulos de los clásicos socialistas, millares de novelas vanguardistas, antimilitaristas, revolucionarias, proletarias, y los mejores artistas se sintieron vinculados a un pueblo en marcha. Detrás de esta revolución pocos pueden competir con el *stajanovismo* de Juan Andrade, animador de revistas como *Post-Guerra* y *Comunismo*, responsable de editoriales como *Cenit*, *Hoy*, *Iberoamericana*, *Oriente*, *Comunismo*, etc., articulista vibrante y lúcido bajo diferentes seudónimos, traductor de diversos clásicos marxistas, descubridos de nuevos talentos como Ramón J. Sender(24), y finalmente, autor de diferentes folletos y libros como *La burocracia reformista en el movimiento obrero* que todavía sigue siendo referencia metodológica obligada para todos los que estudian la UGT y el PSOE de Pablo Iglesias y Largo Caballero. No se trata por lo tanto de una obra teórica brillante ni de primera línea, no hay aportaciones originales, pero si hay un rigor poco usual entre nuestra izquierda, y sobre todo, una labor que, podíamos definir con Gramsci, significa «*difundir críticamente verdades ya descubiertas, "socializarlas", por así decirlo, y convertirlas, por tanto, en base de acciones vitales, en elementos de coordinación y de orden intelectual y moral*».

No les faltaba razón a los sectores *bloquistas* del POUM cuando trataban a Andrade como un *trotskyista* que había tenido la desgracia de haberse peleado con Trotsky. Andrade fue un bolchevique clásico tanto en sus virtudes como en sus defectos, un militante duro y severo, riguroso e implacable crítico de los acomodamientos y las medias tintas, capaz de discernir entre la política stalinista y la naturaleza de la revolución rusa, de la URSS y de la base comunista del PCE. Hay un desgarramiento permanente en Andrade desde que en 1936 Trotsky le devuelve drásticamente su libro sobre *La burocracia reformista*, tratándole de *traidor* por haber suscrito el pacto del Frente Popular. Andrade vio siempre en Trotsky una actitud soberbia hacia sus amigos-adversarios. A alguien incapaz de reconocer una historia y una grandeza de éstos como la reconoció Lenin en gente como Plejanov, Martov, Kropotkin... Este desgarramiento se hace especialmente duro cuando un *parvenu* del trotskismo adopta la posición de Trotsky sobre el POUM y sobre él, sobre él, que ha cubierto más de sesenta años de militancia sin claudicaciones. Esta actitud de Trotsky, prolongada también en otros casos no menos drásticos y dolorosos como Henri Sneevliet o su propio hijo León, hay que situarla en unas condiciones de tensión inhumanas, pero también en una inclinación muy cultivada por la socialdemocracia rusa en

el exilio y que tuvo una concreción práctica desastrosa en las inventivas que se dedicaron mutuamente él y Lenin, con los resultados ulteriores que todos conocemos. Incluso admitiendo la *corrección* política de la crítica de Trotsky al POUM —lo que es mucho admitir, y que se suele hacer primando la doctrina sobre el análisis concreto—, hay un abismo entre la actuación de Nin y Andrade y la de Zinóviev y Kámenev en Octubre de 1917, y sin embargo, ambos siguieron al frente del partido. Es absolutamente inadmisibles tratar así los posibles errores de alguien que ha dedicado su vida a la revolución, y sustituir con la descalificación las propuestas de un debate serio y abierto. Luego fue Andrade uno de los que más se interesó por encontrarle a Trotsky un lugar para vivir en el Vendrell, el que trató de hallarle un tribuna en **La Batalla**. El que siguió firme cuando tantos y tantos otros renegaron.

Esta es una lección que conviene no olvidar.

Ninguno de los tres necesitan de biografías acrílicas. sobre todo si

proviene de gente como *Victor Alba*. Tienen, como lo tienen aunque sea a otro nivel la mayor parte de los cuadros dirigentes del POUM histórico, los suficientes elementos militantes y teóricos para ocupar un lugar privilegiado en la historia (por escribir) de nuestro marxismo. Ciertamente, para escribir esa historia habrá que evitar los hombres de mármol, los apriorismos, y habrá que estudiar de una forma mucho más rigurosa la historia hacia abajo. Pero que nadie trate de emplear estas razones contra gente como Nin y Maurín cuya valoración ha tenido que rehacerse contra la corriente predominante en el campo republicano, dentro del cual cabe afirmar que fueron los más consecuentes defensores de una revolución democrática que, por la incapacidad de una burguesía reaccionaria y por el esplendoroso empuje *desde abajo* de la clase obrera, estaba obligada a transcrecer en revolución socialista para triunfar. Su derrota, doble derrota, fue también la de la clase trabajadora de España y del mundo. Y la derrota no puede confundirse con el error. □

NOTAS

partir de su análisis marca objetivos difícilmente alcanzables. Su teorismo y su ilusión le desbordan...». Este acercamiento me recuerda al de aquel escritor polaco que conoció muy estrechamente a Lenin entre 1912 y 1914 y que no salía de su asombro cuando volvió a oír hablar de él en 1917. Para él Lenin era una buena persona carente del menor realismo político.

(13). «...¿Por qué España nunca dió un Labriola o un Gramsci, pese a la extraordinaria combatividad de un proletariado y un campesinado, aún mayor que la de Italia y a una herencia cultural del siglo XIX, que, si bien ciertamente menor que la de Italia, estaba lejos de ser despreciable?. Sería menester dedicar una investigación a fondo a este complejo problema...», **Consideraciones sobre el marxismo occidental**. Ed. Siglo XXI, p. 40.

(14). No deja de ser ilustrativo que a pesar de todo un gran aparato mitificador, de innumerables hagiografías, ninguno de ellos ha podido instalarse en la "sobrestimación" como Nin.

(15). Pr. **El pensamiento político de Joaquín Maurín**, de Antonio Monreal, Ed. Península, b. Para una mayor información sobre Maurín, ver el libro citado de Victor Alba, y sobre todo, **Cómo se salvó Joaquín Maurín. Recuerdos y testimonios**, edición de Jeanne Maurín, Ed. Júcar, a.

(16). La denominación es bastante aceptable hasta 1933-34, ulgeriormente hay un verdadero giro en Maurín. Aunque el propio Maurín se reclama más de Bujarín que de Trotsky —del que dice tomar muy poco—, convendría estudiar más la época de la unificación, cuando el propio Maurín se dice "trotskysta" (heterodoxo por supuesto), pero en el que la teoría de la revolución permanente y las concepciones de Trotsky sobre el fascismo tienen un gran peso. Este extremo no es estudiado por Monreal. Para un mejor conocimiento del "bujarinismo" ver las obras de A.G. Lowy y Stephen E. Cohen aparecidas en Grijalbo y Siglo XXI, respectivamente.

a: indica precio alrededor de 500 pts.

b: de 500 a 1.000 pts.

c: más de 1.000 pts.

(a): agotado.



Documentos sobre los proyectos de unificación marxista en Catalunya antes de la guerra civil

En la historia oficial del PSUC, éste se presenta como *el partido* que consiguió unificar el campo marxista en Catalunya, como el partido *único* capaz de representar social y políticamente a una clase obrera desviada por los anarquistas. En efecto, el PSUC se fundó sobre la base de la unificación de cuatro grupos representativos de cuatro opciones importantes dentro del movimiento obrero: la Unión Socialista de Catalunya, que se oponía al centralismo del PSOE, la Federación Catalana —caballerista— de este partido, el Partido Catalán Proletario de signo nacionalista y el Partido Comunista de Catalunya, que determinó la afiliación del PSUC como *sección catalana* de la Internacional Comunista. Esta opción se anteponía a la ya lograda por el BOC y la ICE con el POUM, caracterizado como una organización izquierdista, en el mejor de los casos.

La historia, en sus orígenes y en su desarrollo ulterior, nos aclara algunos puntos débiles de la versión oficial. En el primer caso nos encontramos que lo que se consideraba como una posición izquierdista execrable —la del POUM— no era más que la prolongación natural de unas posiciones que no estaban en cuestión: actualidad de la revolución socialista, de la insurrección armada, de la dictadura proletaria concebida como la democracia obrera... El litigio se da en otros terrenos, mucho más secundario, en particular en el rechazo del PCC a la presencia de los *trotskyistas*. El giro de 1936 avalado por el del VII Congreso del Komintern, va a ser de 180 grados. También ilustra sobre la *honestidad* de unos dirigentes que apenas unos meses después de discutir la posible unificación con unas formaciones que se reconocían como *hermanas*, es decir *marxistas*, traten a su versión unificada de *quinta columna* del fascismo: Después de la guerra y a pesar del creciente desarrollo del PSUC en la clandestinidad, todas las fuerzas o espacios políticos que convergieron en su formación, se reconstruyeron independientemente. El lugar de la Unión Socialista lo ocupó el Movimiento Socialista de Catalunya, también se rehizo la Federación del PSOE, el espacio del catalanismo de izquierda fue ampliamente cubierto por nuevas corrientes que aunque sin representación parlamentaria, han conseguido una amplia audiencia social y se han hecho *muy preocupantes* para el PSUC y finalmente, el propio lugar de la sección comunista oficial ha sido reabierto con la escisión prosoviética... No hace mucho tiempo, Gutiérrez Díaz gustaba de enfatizar que no había nada a su izquierda en Catalunya. También había camaradas que consideraban el PSUC como un *muro insalvable*. Nada de esto se puede mantener hoy seriamente.

En toda esta historia, el POUM fue la única formación consecuente con las razones que dieron nacimiento al primer marxismo en Catalunya, al comunismo de los tiempos de Lenin, a las concepciones sobre la autodeterminación, y a los principios que bajo el lema de UHP conmovieron el Estado español en 1934.

J.G.A

ACTA DE LA REUNION DEL 6 DE ABRIL DE 1935

Asisten: Bloque Obrero y Campesino.

Asisten: Bloque Obrero y Campesino. Izquierda Comunista, Partit Comunista de Catalunya, Unió Socialista de Catalunya y Partit Catalá Proletari.

La reunión se abre con una hora de retraso, en espera de la llegada de la delegación de la Federación Catalana del PSOE, que no se presenta.

El BOC lamenta que no asista el delegado de la USC, que redactó el acta de la primera reunión, por lo que ésta no puede ser aprobada. No obstante, pide que los delegados se manifiesten a propósito de los puntos que se concretaron en dicha reunión y que él lleva redactados. (Ver anexo).

El PCC manifiesta que está de acuerdo con aquellos puntos, pero propone que en lugar de decir marxismo revolucionario, se diga marxismo leninista. Manifiesta también, como cuestión previa, que el Partit Comunista de Catalunya es partidario de formar un Comité de Unificación de todos los partidos convocados a estas reuniones con la excepción de la Izquierda Comunista.

El BOC expresa su conformidad con los puntos establecidos en la primera reunión.

La USC manifiesta que en este momento no puede pronunciarse ya que están efectuando gestiones con el Partido Socialista Obrero Español y, según los resultados de tales gestiones, se expresarán de acuerdo con él. Hace reservas en lo que respecta al 2º punto, primer apartado, y no puede pronunciarse sobre el relativo a la Alianza Obrera, puesto que pertenece al Partido que resulte de la fusión.

Izquierda Comunista está de acuerdo con todos los puntos.

El PCP, aceptando completamente los puntos, concede más importancia a la fusión. En beneficio de ésta, es partidario de encontrar los puntos y las consignas que la hagan posible, ya que se trata de Partidos marxistas y es necesario llegar a un acuerdo. Habiendo decidido en principio ir a la fusión, si no puede ser absoluta tendría que ser parcial; para que las tareas actuales tengan el máximo de eficacia, se colocarán en actitud de expectativa.

El BOC rechaza el cambio de nombre propuesto por el Partit Comunista de Catalunya.

La IC cree que no hay diferencias en lo que se propone y que, por razones de eficacia, hay que mantener la palabra revolucionario en lugar de la de leninista.

El PCP, aunque es partidario de la palabra leninista, está de acuerdo en

mantener la fórmula marxismo revolucionario por las mismas razones que ha expresado la Izquierda Comunista.

Se pasa a discutir la proposición del Partit Comunista de Catalunya sobre la exclusión de la Izquierda Comunista.

El BOC se extraña de que el Partit Comunista de Catalunya plantee ahora una cuestión que no planteó en la primera reunión. La proposición es inaceptable puesto que se va a la unificación de todos los Partidos marxistas y no se trata de valorar las fuerzas de cada uno de ellos, ya que en ese caso el BOC no se quedaría atrás. Además, la Izquierda Comunista tiene una personalidad y forma parte de la Alianza Obrera en Catalunya, Asturias y Madrid.

PCC: La Alianza Obrera es diferente del Partido, y la Izquierda Comunista es un grupo de oposición y no un partido. El hecho de que no planteara esta cuestión en la primera reunión fue debido a que entonces se efectuó un cambio de impresiones general. Por este motivo, dejó la cosa para más adelante.

IC: dice que representa una corriente que tiene importancia. Por lo demás, no solamente se ha hablado de fusionar a los Partidos, sino también a los grupos marxistas. Por la eficacia de la unión, es necesario que todos se fusionen.

PCP: Cuando se planteó el problema de la fusión, nuestro criterio fue que intervinieran todos los Partidos marxistas de Catalunya y, por lo tanto, la Izquierda Comunista. Lo que hay que hacer es preguntar a este partido, como a todos los demás, si está dispuesto a ir a la fusión aceptando la disolución de las organizaciones actuales. La Izquierda Comunista tiene que intervenir en las tareas que se están llevando a cabo.

BOC: Después de la discusión de hoy no se puede continuar más adelante. Para que el Partit Comunista de Catalunya diga si acepta el criterio de la mayoría procede suspender la reunión y continuarla dentro de un plazo de ocho días. Esperamos que entonces el PCC podrá darnos una respuesta sobre este punto. Por lo demás, el Bloque Obrero y Campesino es partidario de ir a la fusión con los que la deseen.

Se decide suspender la reunión. Se señala una fecha para continuarla y se invita de nuevo al Partido Socialista Obrero Español (Federación Catalana).

LOS PUNTOS BASICOS DE LA DISCUSION PARA LA FUSION

1. Los reunidos reconocen la necesidad de la unificación de las fuerzas marxistas existentes.
2. Esta unificación se hará sobre la base del marxismo revolucionario, que presupone:

a) Ruptura de toda relación orgánica con los partidos de la pequeña burguesía.

b) Toma del poder por medio de la insurrección armada.

c) Establecimiento transitorio de la dictadura del proletariado.

3. Conveniencia de que las organizaciones que elaboran la unificación formen parte de la Alianza Obrera.

ACTA DE LA REUNION DEL 13 DE ABRIL DE 1935

Asisten: Partit Comunista de Catalunya, Izquierda Comunista, Bloque Obrero y Campesino, Unió Socialista de Catalunya, Partido Socialista Obrero Español (Federación Catalana) y Partit Catalá Proletari.

Se lee el acta de la reunión anterior, que queda aprobada.

El PSOE declara que no asistió a la reunión anterior por no haber recibido la convocatoria. Declara que los puntos objeto de discusión vienen a ser los que marcan la orientación actual del Partido y corresponden a la línea que se sigue oficialmente. Ahora bien, se trata de hacer un Partido marxista y éste ya existe hoy: el Partido Socialista Obrero Español. Por lo tanto, la unificación tendría que hacerse con éste. Pero si no se considera conveniente esto, lo que conveniría es que las tendencias comunistas se unieran por una parte y las socialistas por otra. En lo que se refiere a la proposición del Partit Comunista de Catalunya sobre la exclusión de la Izquierda Comunista, estamos en desacuerdo puesto que todos los partidos son iguales. No se puede poner vetos a nadie.

USC: está de acuerdo con lo que ha declarado el PSOE.

PCC: sostiene el mismo criterio que expuso en la última reunión. Cree que es imposible realizar la unidad de la forma que se plantea en estas reuniones. Habría que hacer lo necesario para que intervinieran las masas obreras; de lo contrario, no se puede ir a la creación de un Partido Marxista único en España. Hay que realizar la unidad ideológica antes que la política. Esta necesidad ha nacido como consecuencia de los hechos de Octubre, donde, principalmente en Asturias, se siguieron las orientaciones por ellos marcadas. Para nosotros es necesario realizar la unidad bajo los principios leninistas.

BOC: En nuestro Partido se ha discutido ampliamente sobre las conversaciones mantenidas en estas reuniones y se ha aprobado nuestra línea de conducta. Habíamos previsto lo que está sucediendo hoy. Es inaceptable entrar en el Partido Socialista Obrero Español, que en muchos aspectos tiene posiciones equivocadas. Por lo demás, la experiencia ha demostrado que un Partido tiene que estar organizado en células y no en



secciones. Hay en el PSOE una fuerte corriente de izquierda, pero el último manifiesto de su Comisión Ejecutiva no va en ese sentido. Por el momento, se puede hacer más por la unificación desde fuera que desde dentro del PSOE. Cree que quizás no está lejano el día en que se pueda ir a la unificación de todas las organizaciones marxistas de la península. La proposición de excluir a la Izquierda Comunista es una muestra del sectarismo del Partit Comunista de Catalunya, que en realidad no quiere la unificación.

PSOE: Tiene la seguridad de que su Partido aceptaría la fusión de todos. Hay que ir al PSOE, que es una garantía, además de ser la organización más potente de España.

BOC: Hablamos por el momento de la fusión a realizar en Catalunya y sobre la base de los problemas especiales planteados aquí. Por lo tanto, está desplazada la proposición, del PSOE.

IC: En Catalunya se han creado condiciones muy favorables para la unificación. En caso de realizarse, las repercusiones serían inmediatas en

toda España. Desgraciadamente, esto no podrá realizarse a causa de la posición del PSOE y del PCC. La proposición de este último consistente en ir a la formación de un Comité de unificación es inaceptable teniendo en cuenta las funciones que le asigna. Ya existe la Alianza Obrera. No quiere discutir sobre la proposición de exclusión de la IC hecha por el PCC. No tiene ningún valor el decir que somos contrarios a la URSS.

PCP: Reconoce que la situación de hoy es distinta de cuando ellos plantearon el problema de la fusión. Pocos días después de Octubre, el ambiente general empujaba hacia la unificación. Pese a que nosotros éramos algo escépticos, teníamos posibilidades de realizarla. Reconoce que las posiciones que sustentan el PCC, el PSOE y la USC hacen imposible la fusión. Pero el Partit Catalá Proletari sigue siendo partidario de la unificación y está dispuesto a realizarla con los que la deseen sinceramente. Propone que los partidos presentes analicen el resultado de estas conversaciones y que se reúnan por separado los tres partidos que aceptan los puntos para la unificación a fin de continuar las discusiones. Es partidario de publicar las actas de las reuniones, ya que su difusión puede influir para que se cambie de criterio por parte de aquellos partidos y la unificación sea aún posible pronto.

BOC: No es partidario de desarrollar una actividad que cree problemas dentro de los Partidos y estima necesario mantener la cordialidad que hoy existe. Los tres Partidos que coinciden deberían continuar los trabajos con vistas a la fusión.

IC: Hay que continuar las reuniones de las tres organizaciones.

PCC: No teme la discusión; es partidario de ella y también de publicar las actas de estas reuniones.

USC: No puede aceptar la afirmación no va a realizarse por culpa de su actitud. Lo que sucede es que ciertas organizaciones tienen lazos con Internacionales y otras no los tienen. La fusión puede realizarse con el PSOE y todo quedaría resuelto.

BOC: La Unió Socialista de Catalunya no puede plantear la cuestión de la Internacional, ya que es una organización que no tiene ninguna conexión internacional. Propone que las organizaciones que no se encuentran en la Alianza Obrera ingresen en ésta. Al menos, estas entrevistas habrían servido para algo.

USC: Pregunta si esta invitación se hace con carácter oficial a fin de saber a qué atenerse.

BOC: Dice que su proposición tiene un carácter particular.

Los demás partidos se adhieren a la proposición del BOC referente al ingreso de la USC en la Alianza Obrera.

Se levanta la sesión y se dan por concluidas las conversaciones en favor de la fusión.

DEBATE CON

mientras tanto



“Carta de la Redacción”

La contradicción entre crisis mundial del capitalismo y recomposición de la hegemonía ideológico-cultural burguesa, a la cual se hacía referencia en la *Carta a la redacción* del n.º 1 de *mientras tanto*, es ahora menos llamativa y seguramente también menos aguda que hace cinco años. Sobre todo si el marco principal de consideración sigue siendo —como lo era entonces— el núcleo central del capitalismo imperialista (USA, Japón, CEE). Pues la relativa, aunque desigual, recuperación de las constantes económicas en estos países enlaza sin demasiadas dificultades con la aceleración del proceso de recomposición de la hegemonía ideológico-cultural burguesa. Ciertamente es que, en un sentido amplio, la crisis mundial del capitalismo sigue enquistándose; pero ese enquistamiento ha tomado otro rumbo. Su rasgo más patente a finales de 1984 es el de una tensa pausa en el centro del Imperio mientras van siendo exportados hacia la periferia los efectos más perniciosos de la recesión de los años setenta.

Efectivamente, por una parte hay síntomas de reanimación económica en los Estados Unidos de Norteamérica, donde una mayoría de la población ha vivido durante 1984 con un sentimiento nacional de alivio que explica —entre otras cosas sombrías— la abrumadora victoria de Reagan en las últimas elecciones; la puesta a punto de la base tecnológica para una nueva era productiva ha acallado no pocas de las declaraciones inhibitorias y de los sentimientos depresivos de las clases dominantes de hace diez años; la reducción momentánea de las tasas de inflación y el mantenimiento bajo control —aún con vaivenes inesperados— de la crisis monetaria, al unirse a los factores anteriores, han abierto camino, entre los interesados expertos gubernamentales europeos, a la idea de que la locomotora conducida por la Administración norteamericana pronto arrastrará también a los vagones de la CEE. Simultáneamente, la insolidaridad individualista, cuyo crecimiento se observara hace cinco años, ha ido tomando formas varias de desencanto generalizado en la mayor parte de los países europeos, situación comprensible si se tiene en cuenta que dicho individualismo y las concesiones al corporativismo son hoy parte del bagaje cultural incluso de partidos socialistas que al mismo tiempo propugnan la solidaridad de las clases trabajadoras con los defensores de la política económica más antiobrero que se ha conocido desde el término de la segunda guerra mundial; con algunas excepciones —entre las

cuales sin duda la más notable es la española— se ha amortiguado parcialmente el particularismo actuante en los viejos estados de Europa, una y otra vez superado ahora por el nacionalismo de las naciones grandes y sobre todo por la eclosión del nuevo y ofensivo patriotismo norteamericano que pone sordina a la crisis del estado burgués en el viejo continente.

Por otra parte, se mantienen algunos de los rasgos más sombríos de la situación anterior y aparecen fenómenos nuevos que atraen a la memoria precedentes de mal augurio.

El desempleo ha seguido aumentando y se generaliza —sin mayores preocupaciones morales— la idea de una tasa *natural* alta de paro, aunque parcialmente paliada en sus efectos inmediatos por la extensión del trabajo negro y la multiplicación de los empleos a tiempo parcial; paralelamente se han hecho mayores y más profundos los desfases y diferencias de todo tipo entre países capitalistas que tratan de solventar la crisis endosando sus nefastas consecuencias económicas, sociales y políticas a los demás, y los países independientes, muchos de los cuales se hallan al borde del agotamiento. Durante estos cinco años, por último, no ha dejado de crecer el riesgo de conflicto bélico entre los dos principales bloques militares.

En tal contexto el nuevo impulso dado a la industria militar y a la carrera de armamentos por la Administración norteamericana desde 1978-1979 pasa a ser el fenómeno más relevante de la nueva situación, en la medida en que implica a las economías de todo el mundo. Este aumento generalizado del gasto militar se ve a veces superficialmente como una consecuencia del empeoramiento de las relaciones entre las grandes potencias en una nueva fase de guerra fría. Pero es también, y sobre todo, elemento esencial de las políticas económicas dominantes, las cuales se están generalizando, con independencia del signo político de los gobiernos, en los países capitalistas. Aunque los argumentos empleados para la legitimación ideológica del constante crecimiento de la producción de armas varían ligeramente según el matiz político de los gobiernos, es ya evidente que por encima de los motivos que suelen aducir los portavoces de los mismos (necesidad de modernización de los ejércitos en función de conflictos latentes, exigencias de las defensas nacionales, etc.), hay una constante: la búsqueda de un lugar bajo el sol en el mercado mundial. Esto es especialmente patente en el caso español. Pero hay además otros

NOTAS

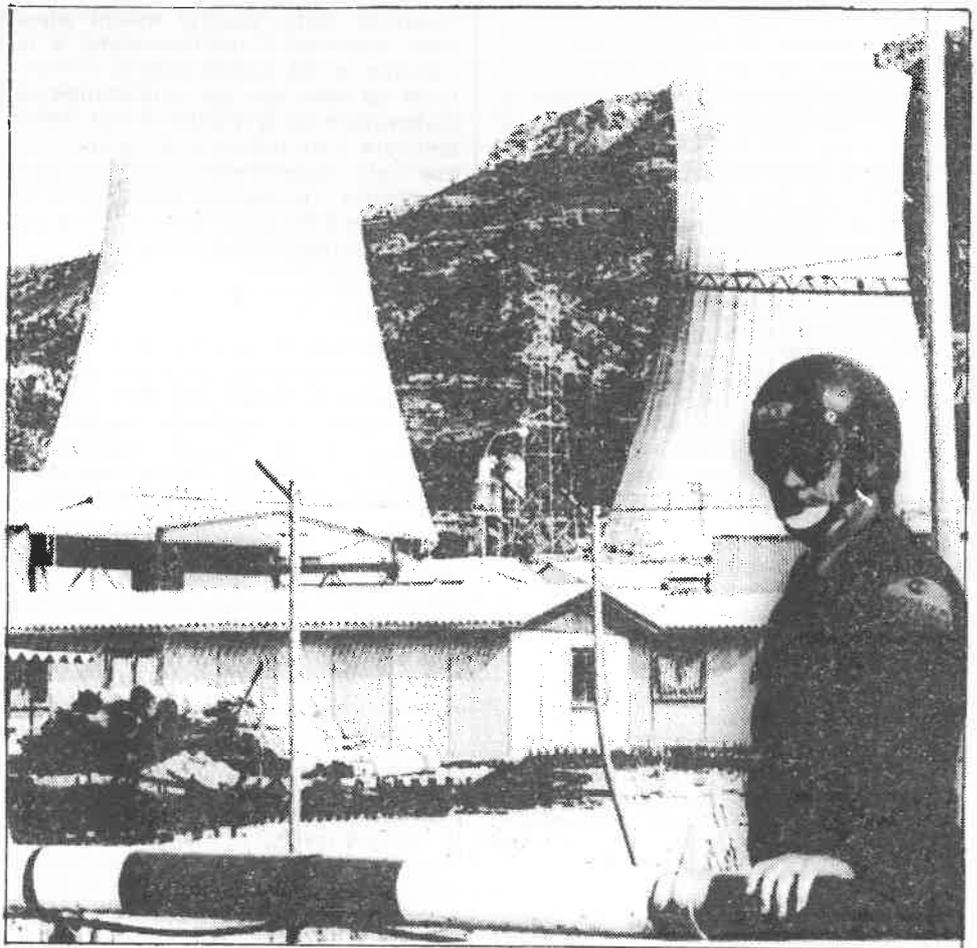
En el número 22 de la revista *Mientras Tanto* se publicó una *Carta de la Redacción*, que fue ampliada en el n.º 23 con una nota sobre *La reunión de suscriptores de 1984*. Ambos textos, que reproducimos a continuación, planteaban temas polémicos importantes que merecen una seria reflexión por parte de la izquierda revolucionaria. El artículo de Miguel Romero, que es miembro del Comité Ejecutivo de la LCR, es una contribución a ese debate, escrito con la voluntad de que continúe. Esperamos que así sea y poder publicar en INPRECOR nuevas aportaciones útiles para aclarar y aproximar las ideas y las prácticas de los revolucionarios.

aspectos que contribuyen a la militarización creciente de las sociedades, entre ellos la utilización del gasto militar por parte de los Estados Unidos de Norteamérica como una forma de control sobre los países del tercer mundo y la relativa autonomización de la estructura militar en una fase histórica dominada por la tecnología nuclear.

El análisis comparativo del gasto militar norteamericano en el transcurso de las cuatro últimas décadas pone de manifiesto que un porcentaje como el que en la actualidad se dedica a la construcción de armas sólo tiene precedentes en tiempo de guerra. Algo muy parecido puede decirse

acerca del presupuesto militar de la Unión Soviética. Y teniendo en cuenta que esos dos ejemplos se refieren a un Imperio planetario y a una gran potencia imperial de ámbito regional se comprende que globalmente este proceso —enterrador de las expectativas de la anterior fase de distensión internacional— tome la forma de *economías de guerra* en el plano mundial. Con la precisión de que el término *mundial* tiene ahora, por primera vez en la historia, un sentido casi pleno. Aunque con formas institucionales complejas (mucho menos obvias que en otras situaciones pre-bélicas) estas *economías de guerra* dan lugar a una considerable militarización de las sociedades. Tal fenómeno no se debe tanto a la implantación de medidas represivas en el interior de los estados o al crecimiento de la mano de obra primaria dedicada a la producción de armamentos cuanto a la constante progresión del número de técnicos y científicos directa o indirectamente implicados en programas de investigación y desarrollo con fines militares en todos los países de la Alianza Atlántica y del Pacto de Varsovia, así como a la dimensión que está tomando el continuo penetrar de la lógica militar en los gobiernos civiles.

La otra cara de este proceso conducente a las *economías de guerra* es la aceleración del endeudamiento de un gran número de países incluidos bajo las denominaciones de *tercer mundo* o *en vías de desarrollo*. Pues la forma que finalmente ha tomado la utilización oligopólica y gran-burguesa de la crisis capitalista durante estos cinco años (mediante la reconversión tecnológica y el amordazamiento de la fuerza de trabajo directamente implicada en ella en los países centrales del Imperio) tiene su cruz en la otra parte del mundo: la tragedia cada vez más patente de grandes masas de la población mundial que viven hoy entre la guerra —experimentando armas modernísimas que se fabrican casi siempre en los países miembros de los dos principales bloques militares— y el hambre. Dos de los síntomas más pertinentes de la dimensión de la crisis en el momento actual son las cifras de endudamiento externo de muchos países de Latinoamérica (al borde de la bancarrota) y el drama



cotidiano de un número de refugiados por razones políticas, económicas y ecológicas que va en aumento. En tales condiciones la relativa calma existente en los países imperialistas no puede ocultar el crudo carácter de las perspectivas en el ámbito mundial. Razón por la cual incluso los economistas más dispuestos a acentuar los aspectos positivos de la recuperación relativa en el centro del Imperio tienen que proceder —al estimar las interrelaciones existentes en el mercado mundial y los desequilibrios aludidos —con mucha cautela a la hora de sacar conclusiones sobre la expansión de las consecuencias beneficiosas a la CEE, o al hacer prognosis sobre la finalización del ciclo recesivo.

En todo caso el *precedente de mal augurio* al que nos referíamos hace cinco años tiene que explicitarse ahora —en función de los hechos mencionados— prolongándolo en dos planos: a) el del autoritarismo de nuevo cuño, denominado por algunos fascistización silenciosa, que late en las políticas económicas neoliberales implantadas en USA y en Europa, dos de cuyos instrumentos son el recorte progresivo de los derechos de los trabajadores y el esfuerzo propagandístico para convencer a estos últimos de la bondad de un modo de vida basado en el optimizar la conducta actuando individualmente en la guerra de todos contra todos; b) el del genocidio clamoroso en el resto del mundo, cuya justificación teórica es observable hoy en los informes globales que ven el

todo con la óptica de los intereses del Imperio planetario en los más recónditos lugares, y cuyas manifestaciones más sobresalientes pueden resumirse de manera plástica diciendo que en esa parte expoliada del mundo se acumulan del modo más visible todos los males (económicos, ecológicos, demográficos, etc.) que un día no muy lejano fueron diagnosticados genéricamente para el crecimiento industrial anárquico e indiscriminado.

Así pues, el amortiguamiento relativo de la crisis en el centro del Imperio, el endosamiento a otros de sus efectos más nefastos —la mundialización, en suma— y el clima creado por las constantes amenazas belicistas están ya convirtiendo en *judíos* a la mayor parte de la humanidad (incluidos en ella el proletariado transnacional, que contribuyó en los años sesenta a los *milagros económicos* europeos y los nuevos parias que, más recientemente, huyen del hambre y de la sed hacia países donde al menos conviven paro y despilfarro). Un pensamiento que tenga presentes a la vez los dos grandes problemas actuales —el aumento del riesgo de guerra librada con armas nucleares y la catástrofe que, para quien se sienta parte de la especie humana, está representando ya el hambre de la mayoría de la población mundial— tiene obligatoriamente que poner el acento en las nocivas consecuencias de la transferencia del mal económico y social hacia los países del tercer mundo. Esto supone, también para

mientras tanto, prestar mayor atención, analítica y políticamente, a la tragedia de los países pobres, enfrentarse de lleno con las dificultades de elaboración de un punto de vista antibelicista y antimilitarista europeo en ese marco suprainperialista en el que la miseria y el hambre empujan derechamente a los explotados a tomar las armas contra los dominadores.

2

El proceso de recomposición de la hegemonía ideológico-cultural burguesa observado hace cinco años —cuando todavía la izquierda tradicional europea, y en mayor medida la hispánica, vivía las últimas manifestaciones eufóricas— se ha consolidado. Los principales factores explicativos de la contradicción existente hace un lustro entre crisis mundial del capitalismo y recomposición del dominio ideológico burgués se han visto confirmados. Así el mal momento de la cultura socialista (entendida en un sentido amplio) se ha ido profundizando hasta el punto de que las dos tradiciones principales del movimiento obrero contemporáneo —la socialdemócrata y la terzo-internacionalista— son hoy caricaturas de lo que fueron: la primera se ha convertido en un apéndice, en todo lo sustancial, de los intereses gran-burgueses (lo que no quita para que, en un marco como el descrito en el punto 1, el parasitismo implicado en el endosamiento de los peores males a los otros siga teniendo efectos electoralmente beneficiosos para los partidos socialistas europeos); la segunda, con la excepción italiana, oscila sin norte entre el descrédito del socialismo real y el reconocimiento del fracaso de lo que un día se llamó eurocomunismo. Tampoco la tradición anarquista ha conseguido por ahora recuperarse ni siquiera en los lugares en que históricamente tuvo implantación.

Por el momento, pues, *la ofensiva llena de confianza y no solamente represiva* de las clases dominantes ha tenido éxito.

La política de sobreexplotación se impone sin otras resistencias que las protestas puntuales de colectivos obreros directamente afectados por las reconversiones; el programa de fragmentación y atomización de la clase obrera en nuevos dispositivos industriales apenas ha encontrado réplica organizada; los sindicatos siguen sufriendo la pérdida de afiliados; observan el crecimiento del desempleo con impotencia y viven con cierta perplejidad tanto la modificación de las relaciones laborales como los fenómenos nuevos a los que está dando lugar la informatización generalizada y el comienzo de la robotización; la despolitización general ha crecido por abajo sólo ocultada a veces por la repolitización de intelectuales que, desengañados de la contracultura, han encontrado un

sabor familiar a la tecnología del poder (adorno regeneracionista de políticas neoliberales para las que siempre viene bien un pasado de confusión entre liberalismo y libertarismo); la ideología del final de las ideologías tiende a permeear buena parte de las intervenciones políticas, aunque —eso sí— con un blando cinismo muy alejado ya de las formulaciones épicas de los años cincuenta; la apología directa e indirecta del dominio, de la soberanía limitada encubierta, de la explotación y de la desigualdad social ha ganado también a núcleos intelectuales que se mantuvieron firmes en la década anterior. Pero así y todo, lo más notable en este plano quizás es la extensión del *americanismo* a los hábitos cotidianos y la inexistencia de proyecto alternativo en la clase obrera organizada. Pues la constante ampliación del convencimiento de que en un mundo así sólo se puede optimizar la conducta propia actuando no colectiva sino individualmente, esto es, mediante las varias formas de corporativismo y las distintas variantes del *sálvese quien pueda*, hacen de lo que parecía antes punto de partida de la resistencia obrera un dato que hay que volver a construir.

El desplazamiento de la opinión pública votante hacia la derecha ha experimentado algunos altibajos según las zonas geográficas, pero en general la tendencia se ha visto confirmada en todos aquellos países que están a la cabeza de la reconversión imperialista. Incluso la contratendencia que pareció manifestarse en el resultado de las elecciones en varios países mediterráneos (Francia, Grecia, España) no puede ocultar el paralelo escoramiento hacia posiciones más conservadoras de los partidos autodenominados socialistas triunfantes en ellas. Las anticipaciones sombrías acerca del estado de ánimo del electorado norteamericano han resultado igualmente acertadas. Pero el fenómeno es de más amplitud. Basta con pensar no sólo en los motivos generalmente aducidos para la reelección de Reagan en USA, sino también en la renovada atracción por el modo de vida americano en toda Europa (precisamente en un momento en el cual se imponen en aquel país las actitudes más integristas), o en los brotes de xenofobia que están apareciendo en algunos estados europeos, o en la extensión que ha alcanzado el anticomunismo, o en el tono inquisitorial con que se manifiesta la jerarquía de la Iglesia católica, etc. Esta misma tendencia es igualmente observable en el plano de las ideas filosóficas y morales, así como en buena parte de las manifestaciones culturales de la actualidad. El descrédito de los racionalismos y de la razón, la desvirtuación exagerada de la autocritica de la ciencia contemporánea, la aceptación beata de la tecnología social fragmentaria y la reafirmación de conductas basadas en

formas más o menos simples o sofisticadas del principio *todo vale* compiten con la añoranza de la totalidad y de la globalidad perdidas y la crítica de las morales universitarias con el renacer de las ideologías religiosas, de tal manera que la idea misma de renovación de la perspectiva de revolución social ha quedado reducida a la marginalidad (síntoma de ello es la desaparición de casi todas las publicaciones europeas de izquierda comunista de la década anterior).

Desde este punto de vista probablemente el fenómeno más negativo de los que se han producido durante los últimos cinco años en Europa sea la aceptación, por parte de los órganos dirigentes de los partidos *socialistas* en el gobierno en los países mediterráneos, de la propaganda imperialista según la cual el capitalismo es el mejor de los sistemas existentes, en una situación en la que, además —se dice—, no hay otra alternativa. Pues ese cinismo fatalista, que ignora u oculta los crímenes pasados y presentes del sistema capitalista, contribuye como ninguna otra de las ideologías contemporáneas a deprimir y desmoralizar a los sectores sociales actualmente resistentes.

3

La idea de restaurar la vieja alianza ochocentista del movimiento obrero con la ciencia, en la forma en que se expuso en la *Carta de la redacción* que abrió la primera entrega de *mientras tanto* hace cinco años, nos sigue pareciendo hoy la única perspectiva alternativa razonable que puede oponerse a la instrumentación gran-burguesa de la crisis y a la recomposición de la hegemonía ideológico-cultural que la

acompaña. No se nos oculta, sin embargo, que las dificultades para ello han ido en aumento. De un lado se ha agravado —con la excepción de Italia— el hundimiento de los partidos comunistas que soportaron el peso principal de la resistencia antifascista desde los años veinte; han desaparecido la mayor parte de los partidos, grupos y organizaciones de orientación comunista que surgieron en los sesenta; los sindicatos o colectivos obreros vinculados entonces a tales opciones políticas han seguido la misma suerte perdiendo afiliación y militancia. De otro lado, ni los movimientos ecologistas han logrado hasta ahora dotarse de capacidad política revolucionaria ni los movimientos feministas han conseguido enlazar por el momento con las otras fuerzas de la libertad. Más bien al contrario: los grupos feministas han perdido fuerza e implantación durante estos cinco años (sacudidos también ellos por la oleada conservadora o por la tentación posibilista) y los movimientos ecologistas, con contadas excepciones, parecen haber iniciado una retirada; limitándose generalmente a la crítica puntual y fragmentaria o a la denuncia de problemas locales.

En ese marco las veleidades irracionalistas, después de tomar cuerpo en una crítica unilateral de la ciencia y de la tecnología, parecen estar desembocando en formas varias de escepticismo político, cuando no acompañan —como adorno subterráneo, sólo algunas veces inconsciente— al neoliberalismo, o niegan simplemente la posibilidad misma de todo proyecto de transformación en un sentido global. Paralelamente, como se ha apuntado, la autocritica de la ciencia toma el camino de una recuperación del vita-

lismo al tiempo que cede terreno la sensata precaución respecto de las implicaciones de la investigación científica actual en sectores punta (la exigencia de moratorias parece ser ya cosa del pasado tanto entre científicos comprometidos como en los movimientos). De ahí que las manifestaciones ingenuas o cínicas acerca del futuro de la tecnología, funcional a la utilización de esta crisis por los poderosos, así como sobre su bondad moral y social, se vayan imponiendo en la vida pública sin otra réplica apreciable que la de rancios humanismos añorantes, generalmente tan preocupados de la despersonalización de la ciencia como de la pérdida de privilegios propios o de parcelas de poder en la Academia.

Obviamente la gran novedad en este plano, durante estos cinco años, es el carácter masivo con que ha resurgido en todas partes el movimiento en favor de la desnuclearización y contra el riesgo de guerra librada con armas nucleares. La extensión geográfica del fenómeno, el importante número de personas que desde 1979 han llegado a movilizarse en Europa y América, y, sobre todo, el haber puesto el acento en los problemas centrales de nuestro tiempo ha hecho que el movimiento antibelicista fuera integrando a todos los otros movimientos sociales hasta constituir de hecho el principal foco de resistencia a la barbarie en la mayor parte de los países de Europa occidental. Se trata, por lo demás, del movimiento social contemporáneo en el que con menos dificultades teóricas se funde la autocritica de la ciencia y las esperanzas emancipatorias del movimiento obrero clásico. El movimiento europeo en favor de la paz y contra las armas nucleares está con-



tribuyendo a aproximar tres de las tradiciones que han conservado el sentido ecuménico o internacionalista: la cultura antibelicista del movimiento obrero contemporáneo, la tradición pacifista de varias religiones y el más reciente punto de vista racionalista, autocrítico de la ciencia, en la época de Einstein.

Efectivamente, en el seno del movimiento antibelicista —y por debajo de la pluralidad organizativa que le caracteriza tanto en Europa como en los Estados Unidos de Norteamérica o en Japón— estas tradiciones han empezado a renovarse internamente a través del diálogo y del debate que la actividad práctica frente a la lógica belicista de la era nuclear ha abierto durante los últimos años. Sin duda, existen obstáculos y muchas reticencias a la prolongación y profundización de este diálogo entre tradiciones tan diferentes. En tal sentido es interesante hacer notar que cada una de ellas ha de hacer frente a la propia institucionalización como poder en el pasado y en presente. La tradición antibelicista del movimiento obrero tiene que dar cuenta críticamente de actuaciones despóticas a las que durante mucho tiempo ha llamado *socialismo* y ha de enfrentarse, además, a la concepción instrumental de las guerras que ha sido parte de ella misma; la tradición pacifista religiosa, y particularmente la cristiana, se ve en la necesidad de revisar su concepto de resignación, modificar el punto de vista ortodoxo acerca de las guerras justas e injustas y distanciarse de los poderes religiosos actuales que bendicen el *rearme moral* del Imperio planetario secundándole en sus procesiones como compañía mundial del gran poder; por su parte, la tradición racionalista autocrítica tiene que vencer impaciencias que la han impulsado a veces hacia soluciones autoritarias, así como cierta desconfianza respecto de la política y no pocas oscilaciones entre la utópica confianza en la racionalidad del poder de los fuertes y la afirmación de los derechos de los ciudadanos a la rebelión, oscilaciones que atormentaron ya a Einstein y a Russell en su momento y que suelen reaparecer entre los científicos como consecuencia del lugar social que hoy ocupan.

4

Por lo que hace a la situación española no hay duda de que el éxito del PSOE en las elecciones generales de octubre de 1982 es el acontecimiento más notable del lustro en la medida en que parecía poner fin a una larguísima etapa histórica de dominio de la derecha social, abriendo así ciertas expectativas en los sectores más expoliados de la población. Sin embargo, el balance de dos años de gobierno del PSOE ha defraudado muchas de estas expectativas. Pues tal gobierno ha impulsado una política económica

que sigue en sus rasgos generales la iniciada por UCD y que ha llevado a sus últimas consecuencias lo que aquella formación política no pudo llegar a hacer por falta de implantación social; ha articulado una política internacional de sometimiento vergonzoso a los intereses económicos y militares de los Estados Unidos de Norteamérica y de la Alianza Atlántica; ha puesto en práctica una política laboral de intimidación constante a los sectores obreros que mantienen cierta independencia respecto del gobierno, y que en los últimos tiempos se materializa sobre todo en el acoso a CCOO; ha puesto en marcha una política educativa que en general conserva las prerrogativas tradicionales a la enseñanza privada cediendo en los aspectos económicos de la cuestión para acentuar los ideológicos (con las dificultades que eso comporta en una fase de ofensiva conservadora que, además, se siente legitimada por la aceptación gubernamental de las orientaciones neoliberales); ha seguido una política autonómica oscilante entre los intentos de reordenación burocrática de una situación que los anteriores gobiernos de la derecha dejaron en herencia (la artificialidad de comunidades autónomas impulsadas más por contraposición a los nacionalismos vasco y catalán que por la existencia de conciencias regionales apreciables) y el reconocimiento de la duplicación del gasto administrativo; ha optado, finalmente, por una política cultural que se presentó como pieza central de un proyecto regeneracionista y que en seguida se ha convertido en mero espectáculo, control tecnocrático de iniciativas populares, captación interesada de favores intelectuales y utilización de fondos públicos con criterios clientelistas.

Una política de ese tipo —la cual, en palabras del presidente del gobierno y secretario general del PSOE, empieza por conceder al adversario que *el capitalismo es el mejor sistema que tenemos*— no puede considerarse socialdemócrata ni de izquierdas en ningún sentido; es sencillamente una orientación pseudorealista y tecnocrática que admite como mal menor, pero en cualquier caso necesario, aspectos esenciales de lo que la derecha social presenta como programa; una política, en suma, que deja moralmente desarmados a los militantes que esperaban con honestidad un cambio estructural. La insistencia de los dirigentes del PSOE, durante los meses anteriores a las elecciones de 1982, en el sentido de que la consecución de una mayoría amplia aumentaría las posibilidades de adoptar medidas correctoras frente a los entonces llamados *poderes fácticos*, ha dado lugar dos años después a todo lo contrario: la instrumentalización de la amplia mayoría electoral conseguida para adoptar medidas reconversoras que la derecha no se atrevió a tomar o no pudo

adoptar en las legislaturas anteriores.

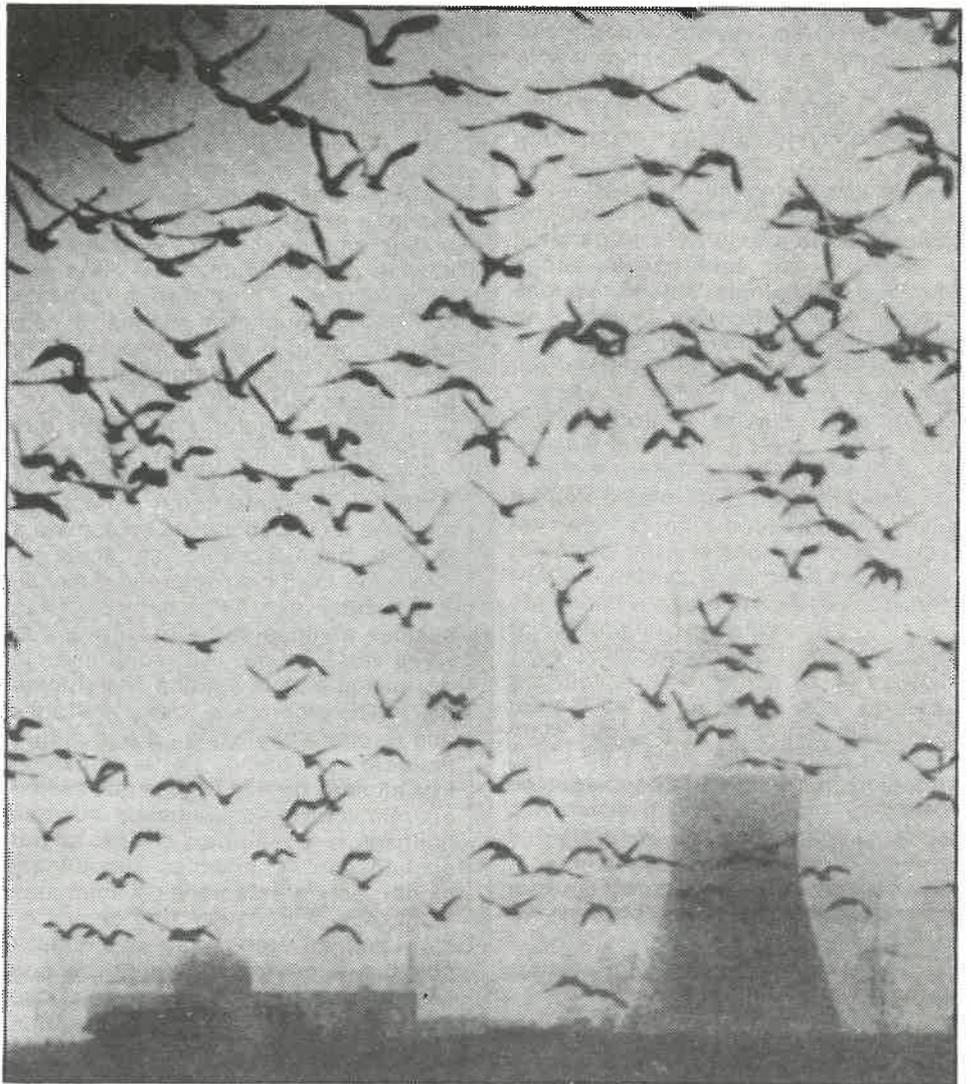
Es ya evidente que esa orientación política ha ido deteriorando bastante la base social que el PSOE tenía hace dos años. Todas las encuestas realizadas durante los últimos meses coinciden en eso con mayor o menor moderación. Y a la vista del desarrollo y de las conclusiones principales del XXX Congreso de ese partido no es difícil prever que el deterioro seguirá en aumento. La euforia de los promotores de imagen y de los responsables de organización del PSOE no puede ocultar la brecha que separa ya a una mayoría de la población partidaria de la retirada de España de la Alianza Atlántica por un lado y a los dirigentes atlantistas del partido gubernamental por otro. La cínica zafiedad con que estos últimos están tratando tanto al conjunto de la población española contraria a las alianzas militares, como a las voces críticas del propio partido, no es sólo síntoma de la prepotencia que da un poder (por lo demás relativo); es también muestra palpable de la incomodidad psicológica de quien tiene que mentir, ocultar o desinformar para seguir mandando.

Por suerte tampoco parece que la actual formación política de la derecha convencional vaya a convertirse en mayoría en las próximas elecciones, consuelo que por lo general retrotrae las especulaciones actuales sobre el espectro parlamentario a la situación anterior a 1982. Ahora bien, el proyecto de rearticulación política de la hegemonía de las burguesías hispánicas parcialmente auspiciado por CDC y concretado por el momento en el Partido Reformista choca todavía con muchos y distintos obstáculos en varios puntos del Estado, por lo que no es previsible que de aquí a 1986 un proyecto de esas características logre ocupar el espacio que hoy ocupa Alianza Popular. Pero *sócialmente* la situación es más grave de lo que estas conjeturas sobre el próximo futuro electoral pueden dar a entender. Pues en primer lugar se está creando ya un distanciamiento entre la mayoría de la población y la casi totalidad de los grupos con representación parlamentaria en temas tan básicos para la política internacional española como el de la OTAN y en segundo lugar, el desprecio por parte de unos y la instrumentalización por parte de otros de dicha mayoría crea fundadas desconfianzas en la llamada democracia representativa, desconfianzas que en las condiciones descritas de desbandada de la izquierda pueden favorecer al neofascismo y la extensión de las críticas neoliberales de lo público.

Al otro lado del abanico político parlamentario —muy reducido desde 1982— siguen apareciendo síntomas de desagregación. La más reciente prueba del hundimiento psicológico de buena parte de lo que queda a la izquierda del PSOE en España es el hecho de que en una coyuntura así —potencialmente favorable para la recuperación de la izquierda

comunista— casi todo el debate actual en el PCE esté centrado en propuestas tendentes a convertir a este partido en un apéndice del PSOE o en las reticencias que suscita el todavía vago proyecto de incluir a unos pocos intelectuales independientes en las propias listas electorales (una iniciativa a la italiana que resulta insuficiente en las circunstancias españolas), por no hablar de la variante personalista con que ahora se reintroduce en el PCE la tan vieja como utópica búsqueda de una alianza con la *burguesía dinámica*. Propuestas y vagos proyectos como esos, más allá de lo que representan de renovación vergonzante del *eurocomunismo*, poca cosa pueden decir ya a trabajadores que experimentan la transformación de la propia clase, bien sea por pasar a engrosar el ejército de los desempleados, bien por los efectos de la formación de nuevos asalariados adaptados a los procesos de informatización y robotización en curso. Es más: la timidez de las reconsideraciones en el PCE y, sobre todo, la eclosión de los personalismos veterocomunistas limita e incluso llega a anular en ocasiones entre los trabajadores conscientes la credibilidad moral de la resistencia sindical que en los últimos tiempos estaba suscitando la actuación de CCOO.

Visto el panorama europeo actual no parece que haya para la izquierda española más que dos ejemplos alternativos: Italia y la RFA. Pero la alternativa a la italiana la desprestigiaron entre 1975 y 1977 los mismos dirigentes del PCE que hoy se combaten entre sí con tanta afición al psicoanálisis. Es comprensible, por tanto, que las esperanzas se hayan ido desplazando hacia la otra opción. Y, en efecto, a pesar de las reconocidas diferencias entre la situación española y la alemana, a pesar de las dificultades tanto programáticas como organizativas por las que están pasando los movimientos ecologistas, feministas y pacifistas (en este último caso en menor medida, aunque también observables desde 1983) en toda Europa, la atracción por la opción alternativa que representan Los Verdes en la RFA no ha dejado de crecer. Aún siendo difusa, esta atracción es ya en España bastante amplia; sobre todo entre los núcleos más activos de los movimientos sociales. Ello se debe no sólo a los factores generales que operan en otras partes de la Europa occidental, sino también a rasgos particulares de la situación española, algunos de los cuales, ya han sido aludidos. En el



transfondo de tal orientación están:

1. La desilusión de una parte de la izquierda vacilante (o que votó útil en las elecciones de 1982) respecto de la política de gobierno del PSOE en asuntos tales como el de la OTAN, la problemática ecológica, la política económica, los derechos de los ciudadanos y la política cultural; si se tiene en cuenta que la mayoría de la población no conocía en este país experiencias de gobiernos autotitulados de izquierda, es natural que los efectos de la desilusión sean aquí mayores ahora (al menos en intensidad) que en otros países europeos.

2. La todavía oscilante implantación del sistema de partidos políticos en España, que va unida a ciertas manifestaciones degenerativas de la democracia parlamentaria; las dos cosas juntas producen un malestar muy generalizado por la tecnocratización de la política como fenómeno global, fenómeno que aquí se vive con especial crispación por el todavía reciente recuerdo en los sectores de izquierda de lo que fueron partidos militantes, no meros partidos de opinión o de aluvión. Todo eso da mayor credibilidad a una opción alternativa político-moral, a una opción que empieza afirmando la exigencia de hacer política de una forma radicalmente distinta de la de los partidos tradicionales.

3. El hundimiento catastrófico de las formaciones políticas que en los años sesenta y setenta actuaron como izquierda real en el país, particularmente el PCE y otros grupos comunistas; hundimiento que al haberse producido en un lapso de tiempo muy corto y al unirse a la percepción, cada vez más extendida, de que el debate actual en ese ámbito es cosa del pasado o consecuencia de giros personalistas incomprensibles, contribuye a aumentar aún más el convencimiento de que la renovación de la perspectiva emancipatoria tiene que buscarse en otro lado.

Se puede objetar con razón que entre esos factores hay elementos contradictorios y que tales motivos subyacentes están todavía bastante alejados de la conciencia ecologista a la que habitualmente se alude al hablar de la opción alternativa *verde*. Y, sin duda, eso es verdad. En estas mismas páginas se ha escrito que *lo verde está verde*. No sólo eso: la desilusión ante la política de gobierno del PSOE propicia a veces actitudes que revelan insensibilidad o incultura política, así como cierta atracción inconfesada por las formas que suelen adoptar (con éxito) aquellos mismos políticos a los que se critica; en tal sentido son observables simultáneamente manifestaciones ambiguas contrarias a cualquier tipo de actuación política (tendencia que enlaza con un rasgo tradicional de la vida española) y puntos de vista que pretenden reducir la opción alternativa a su aspecto parlamentario especulando con los porcentajes de

votos sueltos a que se refieren habitualmente las encuestas. Pero por encima de la todavía escasa conciencia ecológica y por debajo de las prisas electoralistas o de las reticencias ante la política en general hay convicciones, exigencias y voluntades comunes, y aún coincidentes, que sería erróneo subestimar. Así, por ejemplo, la percepción de que la mayor amenaza a la que hay que hacer frente procede del belicismo de la Administración norteamericana actual, la crítica global a la OTAN y más en general a los pactos militares, la aspiración a la neutralidad, la solidaridad activa con los pueblos del tercer mundo que luchan por su liberación, la oposición a las políticas económicas abierta o implícitamente neoliberales, la tendencia a ver ya los problemas medioambientales como efectos de la lógica del beneficio capitalista, la protesta contra la progresiva militarización de la vida civil, la orientación antimanipulatoria en el ámbito de la publicidad y de la información, la opinión favorable a la utilización de recursos y tecnologías alternativos, un punto de vista culturalmente federalista, la exigencia de una reforma moral e intelectual, etc. Cosas así no hacen, desde luego, un programa alternativo, pero son elementos embrionarios de un movimiento genérico —e internamente complicado— entre cuyos rasgos básicos destacan una y otra vez el carácter resistencial, antimanipulatorio, antibelicista y (más vagamente) anticapitalista; todo ello permeado más por la aspiración a la credibilidad moral que por la preocupación inmediata respecto del viejo y siempre nuevo problema del poder político.

Tanto una lista así —por lo demás discutible y a la que podrían añadirse otras coincidencias genéricas— como la evidencia de una multiplicidad de grupos y organizaciones procedentes de tradiciones diversas que tienden a acentuar unos u otros rasgos según los ámbitos locales, nacionales o estatales, conducen directamente a pensar: 1º que la organización en que tome forma la opción alternativa que está esbozándose no podrá repetir el tipo-partido en que durante décadas se ha materializado el principal de los movimientos anticapitalistas existentes hasta el momento, pues el respeto a la pluralidad organizativa por la base y la aspiración a comunidades reducidas considerablemente integradas y laxamente unidas entre sí es parte central de ideario de un movimiento así; 2º que el nombre que acaba adoptando tal opción sólo podrá ser *verde* por abreviación de las preocupaciones centrales del movimiento o por consideraciones pragmáticas inmediatas, pues —por lo que hace a España, pero seguramente también más en general— la componente ecologista es una más de las varias que entran en la opción alternativa.

Este último punto tiene implicacio-

nes de interés para el futuro del movimiento sobre todo en una situación como la española en la que se ha dado ya el paso de presentar a las próximas elecciones generales un Partido Verde y un Partido Progresista que disputarán en parte adhesiones y votos en el marco de las preocupaciones anteriores. Aún valorando el argumento de que entrar en la liza electoral cuanto antes puede tener en determinadas condiciones —y las españolas son, desde luego, favorables— un efecto multiplicador interesante para el conjunto del movimiento, muchas personas vinculadas a los grupos y organizaciones alternativos

piensan ya que esta historia empieza mal. No faltan razones para pensar así. Es por lo menos paradójico que una parte del movimiento ecologista, en el que siempre ha habido considerables reticencias respecto de los problemas políticos más generales se presente de golpe como partido político, anteponiendo premuras electorales a una discusión más amplia, todavía por hacer. Y es también por lo menos paradójico que el otro partido dominado por la preocupación ecologista, se presente ahora bajo la advocación del rótulo probablemente más desprestigiado (después del *partido*) ya no sólo entre los ecologis-

tas puros sino también entre comunistas y socialistas con conciencia ecológica, el del *progresismo*.

Pero las discusiones sobre palabras importan poco. Lo que importa es tener en cuenta que tan pronto como se reflexiona acerca de las implicaciones de un punto de vista ecologista consecuente, así como acerca de las implicaciones del antibelicismo y del neutralismo en nuestra época, se impone pensar también en alternativas que incluyen otros planos, principalmente económico-sociales. Existe un acuerdo hoy muy generalizado en los grupos y organizaciones alternativos sobre que hay que reivindicar la utopía frente al realismo político manipulador. Moralmente eso es acertado. Pero el abuso de la utopía como alternativa no puede ocultar o hacer olvidar las contradicciones internas irresueltas que se plantean en la vida práctica de los movimientos. Por ejemplo: ¿qué tipo de comunidades alternativas, locales, regionales, nacionales; con qué producción de bienes y distribución de los mismos y con qué formas de vida en el *occidente* hoy capitalista, si tenemos como objetivo detener las máquinas de guerra y paliar la sed y el hambre de una buena parte de la población mundial? ¿Qué relaciones laborales y qué organización del trabajo alternativos, si tenemos como objetivo acabar con el parasitismo que endosa crisis ecológica y escasez al mismo tiempo a la mayoría de los pueblos de la tierra? ¿Qué concepto de la nación y de la patria cuando entran en juego a la vez el peligro de guerra nuclear y los conflictos parciales en las Malvinas o en Ceuta y Melilla? ¿Qué tipo de agricultura satisfactora de las necesidades alimentarias de los otros y ecológicamente orientada? ¿Qué tasa de consumo energético que permita mantener la buena utopía concreta en las distintas zonas geográficas de España y echar la mano que nos corresponda a aquella parte de la especie que está al borde de la inanición? Y así sucesivamente. La utopía es una buena idea. La conversión de las espadas en arados una excelente metáfora para la reconversión industrial alternativa. Y se hace, claro está, camino al andar. Pero no tanto. Harán falta también programas.

Las implicaciones económico-sociales y la exigencia de un cambio radical en la forma de vida americanista, unas y otra implícitas en el punto de vista *verde*, obligan a tomar en consideración a otros movimientos que pasan por dificultades, pero que han aportado conocimiento y práctica a la perspectiva emancipatoria. Sin el movimiento obrero organizado y sin el movimiento de las mujeres, la opción alternativa quedaría coja desde el principio.

Cordialmente,
Diciembre 1984 □

La Redacción



La reunión de suscriptores 1984

La última reunión de suscriptores estaba pensada como una celebración del quinto aniversario de la revista. *Mientras Tanto* nació prácticamente sin capital, pero el apoyo de unos amigos asiduos y una administración cautelosa han conseguido que sobreviviera sin pedir nunca subvenciones ni ayudas, ni del estado ni de ninguna otra institución.

Lo pensado como simple celebración desembocó en una discusión desenfocada porque algunas de las personas que intervinieron en ella creyeron ver en la *Carta de la redacción* (nº 22) una plataforma electoral o una plataforma de unidad de la izquierda: así la entiende, por ejemplo, un reciente artículo de *Servir al Pueblo*.

La Carta es un escrito político, de análisis y de opinión. Pero no es una plataforma política; es un intento breve de balance sociopolítico que se propone estimar los análisis y las predicciones que hacíamos hace cinco años, corrigiendo lo errado y ampliando lo acertado. En la redacción de la Carta se adoptó un tono distanciado que pretendía subrayar la intención analítica, pero que probablemente no fue suficiente eficaz para cumplir su intención.

Desde luego que no existe la objetividad absoluta; pero cuando se hace análisis -de lo que sea- es bueno aspirar a ella. La manera más natural de realizar en alguna medida esa aspiración consiste en no imaginarse que uno piensa en política (y no sólo en política) sin depender de valores, pero intentar explicitar éstos para que sea posible alguna separación entre ellos y el análisis. La Carta intentaba hacerlo: conseguir la mayor distancia descriptiva y analítica posible y declarar los valores que la guían.

Ya porque ella misma fuera insuficientemente clara, ya porque las preocupaciones con que algunos la leyeron prejuzgaran demasiadas cosas, el hecho es que su discusión fue casi exclusivamente un forcejeo con malentendidos.

El principal de esos malentendidos es, como queda dicho, la confusión de la Carta con una plataforma política, electoral o no. También hubo quien pensó que la Carta proponía la creación de un partido verde. La línea ideológica de *Mientras Tanto* incluye desde su fundación un elemento alternativo (ecologista y feminista sobre comunista) que da de sí naturalmente otros contenidos como, por ejemplo, el

antimilitarismo. Y la Carta registraba, en efecto, el hecho de que *la atracción por la opción alternativa que representan en la RFA Los Verdes no ha dejado de crecer*. Pero junto a esa constatación, la Carta presentaba consideraciones críticas, sentando la necesidad de cambiar la política; la Carta recordaba que en *mientras tanto* se había escrito que *lo verde está verde*, sostenía que sólo se puede hacer una política alternativa formulando programas que incluyan otros planos diferentes del ecologista, *principalmente económico-sociales*, y concluía este asunto con la siguiente declaración: *Sin el movimiento obrero organizado y sin el movimiento de las mujeres la opción alternativa quedaría coja desde el principio*. La cosa estaba clara, pero no todo el mundo lo vio así.

La tesis general de la Carta, que es una valoración programática asentada analíticamente en ciertas convicciones que se remontan a Karl Marx, no estaba menos clara. La formulación era ésta: *«La idea de restaurar la vieja alianza del movimiento obrero con la ciencia, en la forma en que se expresó en la 'Carta de la redacción' que abrió la primera entrega de mientras tanto hace cinco años, nos sigue pareciendo hoy la única perspectiva razonable que puede oponerse a la instrumentación granburguesa de la crisis y a la recomposición de la hegemonía ideológico-cultural que la acompaña»*.

De menos importancia, pero también merecedores de rectificación, son algunos otros malentendidos. Hubo, por ejemplo, quien pensó que las menciones de partidos de matriz stalinista y de CCOO expresaban nostalgia política, y que la Carta no los criticaba, sino que se limitaba a lamentar su fracaso. Una lectura sin prejuicios habría mostrado que la Carta lamentaba, en efecto, la pérdida de peso político de la clase trabajadora, manifiesta en la degradación ideológica o el hundimiento de los partidos y sindicatos socialdemócratas, comunistas de las internacionales III y IV, otros comunistas y anarquistas, pero, además, consideraba críticamente ese proceso. Por lo que hace al PCE y al PSUC, la redacción de *mientras tanto* se basaba en la crítica del eurocomunismo hecha y publicada tiempo atrás (en la época de *Materiales*) y, además, indicaba brevemente dos motivos críticos contra la política de ese partido: su tendencia a



convertirse en *un apéndice del PSOE* y su culto de *la tan vieja como utópica búsqueda de una alianza con la "burguesía dinámica"*.

Tal vez haya, en cambio, una discrepancia real entre el colectivo editor de *mientras tanto* y algunas personas que también intervinieron a propósito de la cuestión del nacionalismo. La Carta se limitaba en este punto a aludir a la artificialidad de las autonomías que no son naciones históricas. Estaba claro, dado el suelo ideológico común a todos los asistentes a la reunión, que todos somos partidarios de la autodeterminación de los pueblos, de su derecho a separarse de los estados a los que están sujetos y de su derecho a fundar estados y ejércitos propios (si quieren estado y ejército o si no pueden ahorrárselos). Pero, como en el colectivo de *mientras tanto* no abundan los nacionalistas (de ninguna de las naciones que pueblan la Península Ibérica), no se puede esperar de él que comparta unánimemente los estados afectivos o pasionales frecuentes en los nacionalistas de todas las naciones.

Entre las cartas que han llegado a la revista (de personas que no pudieron asistir a la reunión), hay una que trae el reproche de que, al escribir que *lo verde está verde* y siendo conocidos como partidarios de una política alternativa, hemos hecho daño al movimiento. Esperemos que no. En esto, como en lo demás, hemos intentado tener presente el lema de Lassalle que recogió Gramsci, según el cual la verdad es por sí misma revolucionaria.

Por último, será útil llamar la atención sobre el final de la Carta. Como no es ni una plataforma política ni una propuesta electoral, la Carta no

termina con tesis, sino con preguntas que no son retóricas. De la respuesta que se consiga dar a esas preguntas (y a otras emparentadas con ellas) depende, según creemos, la posibilidad de construir un pensamiento y un programa que recojan las aspiraciones de más de un siglo de luchas socialistas y los problemas mundiales recientemente percibidos. Las preguntas con éstas:

—¿Qué tipo de comunidades alternativas, locales, regionales; con qué producción de bienes y distribución de los mismos y con qué formas de vida en el *occidente* hoy capitalista, si tenemos como objetivo detener las máquinas de guerra y paliar la sed y el hambre de una buena parte de la población mundial?

—¿Qué relaciones laborales y qué organización del trabajo alternativo, si tenemos como objeto acabar con el parasitismo que endosa crisis ecológica y escasez al mismo tiempo a la mayoría de los pueblos de la tierra?

—¿Qué concepto de la nación y de la patria cuando entran en juego a la vez el peligro de guerra nuclear y los conflictos parciales en las Malvinas o en Ceuta y Melilla?

—¿Qué tipo de agricultura satisfactora de las necesidades alimentarias de los otros y ecológicamente orientada?

—¿Qué tasa de consumo energético que permita mantener la buena utopía concreta en las distintas zonas geográficas de España y echar la mano que nos corresponda a aquella parte de la especie que está al borde de la inanición?

**La Redacción
Abril de 1985**

Para iniciar una correspondencia con *Mientras Tanto*

Miguel Romero

En la *Carta de la Redacción* publicada en el nº 22 de *Mientras Tanto* (complementada con el informe sobre *La reunión de suscriptores 1984* publicada en el nº 23 de la revista) se plantea un análisis de la crisis del capitalismo y se proponen elementos para avanzar en una alternativa al sistema, que merecen una reflexión y un debate responsable. La injusta y superficial descalificación que la *Carta* aplica a las organizaciones comunistas revolucionarias no debe impedir el debate. Más bien, aumenta nuestro interés por establecer unas relaciones que permitan una discusión prolongada, una práctica común cuando y donde sea posible, y sobre todo una superación de los malentendidos y los *no entendidos* que existen actualmente entre nosotros.

Para que estas notas no superen una extensión razonable y sirvan al objetivo de *iniciar una correspondencia*, vamos a tratar tres temas: un resumen general de acuerdos y desacuerdos que podrían desarrollarse en textos posteriores si, como queremos, el debate continúa; una polémica más extensa sobre el punto 5 de la *Carta* es decir, sobre las *alternativas* en el Estado español; en fin, una idea general sobre lo que podemos hacer en común en el futuro inmediato.

No entra en este plan tratar de responder a las preguntas que aparecen al final de la *Carta* y del informe del nº 23; pese a la importancia que les da la redacción de *Mientras Tanto*. Hemos trabajado poco sobre la mayoría de las cuestiones que aparecen en esas preguntas, aunque no despreciamos en absoluto el interés de discutir en torno a ellas. Pero creemos que los problemas y dificultades más importantes que tenemos los comunistas en las sociedades capitalistas desarrolladas están *antes* de esas preguntas: en los caminos de la lucha por la revolución, más que en el programa de construcción de la sociedad revolucionaria. Si conseguimos una claridad suficiente en ese terreno, luego será más fácil discutir sobre las *preguntas*, e incluso ampliar el cuestionario.

1. Tenemos numerosos e importantes puntos de acuerdo con la *Carta*, tanto en cuestiones analíticas, como en algunas de las orientaciones prácticas, o *valores* como se les llama en *Mientras Tanto* nº 23. Vamos a resumirlos a continuación, señalando los desacuerdos más interesantes que

mantenemos en cada tema.

Tenemos acuerdos fundamentales con el análisis de la crisis internacional, particularmente en lo que se refiere a las causas y efectos de la política militarista del imperialismo USA. No valoramos de la misma manera la situación del movimiento obrero: es cierto que se mantienen en Europa occidental condiciones generales de *retroceso*, pero las movilizaciones que han tenido lugar desde 1983 demuestran una fuerte capacidad y voluntad de resistencia, que ha encontrado una muy considerable solidaridad popular. La ideología y la práctica del *pacto social*, y la desastrosa *cultura* que ha engendrado en el movimiento obrero, están en crisis. La influencia de las posiciones más combativas, lo que llamamos el *sindicalismo de resistencia*, avanza con lentitud y entre grandes dificultades, pero pensamos que se han abierto brechas importantes y duraderas en la situación anterior, dominada por la pasividad de la mayoría y el aislamiento de los revolucionarios. Es arriesgado analizar las situaciones por medio de símbolos, pero con las debidas precauciones, podemos decir que la situación de los años 79-82 tiene como *modelo* la derrota de los trabajadores de la FIAT italiana, en octubre de 1980; creemos que las valoraciones que se hacen en la *Carta* sobre el movimiento obrero europeo corresponden a este tipo de situación. Pero la *lucha modelo* de la situación actual puede ser la huelga minera en Gran Bretaña, cuyo final es también una derrota y serias dificultades para la propia dirección del movimiento huelguista, pero cuyas consecuencias y conclusiones políticas son totalmente diferentes.

Estamos de acuerdo con el análisis del proyecto político del PSOE y del balance y perspectivas de su gobierno.

Compartimos la voluntad de *restaurar la alianza* del movimiento obrero con la ciencia, que *Mientras Tanto* ha planteado desde su primer número. Para nosotros, este proyecto debe afectar también al terreno directamente político. El stalinismo supuso la ruptura de la mayoría de las organizaciones que se llaman *comunistas* con la concepción científica, marxista, del Estado, tanto en lo que se refiere a la naturaleza del Estado burgués y la necesidad de su destrucción, como en los objetivos y la práctica de la dictadura del proletariado. Restaurar la

alianza en este terreno ha sido y es una de las razones de ser de la izquierda comunista y, en todo caso, nos parece una tarea esencial actual de los revolucionarios.

Estamos de acuerdo en la necesidad de una elaboración programática para poder responder a los problemas que plantea la crisis del sistema. Estamos convencidos de que esta tarea avanzará más y mejor si las diferentes corrientes y organizaciones revolucionarias establecemos marcos de discusión adecuados, que incluyan la voluntad de cada cual de reflexionar sobre su propio patrimonio político, a la luz de las manifestaciones actuales de la crisis, la experiencia histórica, sobre todo desde 1968 y la propia práctica en los diversos movimientos.

Estamos de acuerdo en que el movimiento obrero, el movimiento feminista y el movimiento pacifista son los tres componentes esenciales de la lucha revolucionaria, o emancipatoria, en las sociedades capitalistas desarrolladas. Pero en el caso del Estado español hay que incorporar un cuarto componente: los movimientos de lucha contra la opresión nacional. El colectivo de redacción de *Mientras Tanto* mantiene una posición programática clara de defensa del derecho de autodeterminación, pero pese a ello no creemos que valore adecuadamente el difícil problema de las relaciones con estos movimientos. En la nota del nº 23 se hace una referencia al problema de una sorprendente frivolidad: el problema no está por supuesto en compartir o no *estados emocionales* de los nacionalistas. En nuestra opinión, los movimientos nacionalistas radicales, sobre todo en Euskadi, y las organizaciones que los dirigen, sobre todo ETA-militar, son un elemento fundamental de las fuerzas sociales y las organizaciones políticas que resisten y luchan hoy en el Estado español, y en todos los terrenos (es decir, incluyendo la lucha obrera, feminista, ecologista...). No creemos que pueda plantearse una política comunista sin contar con ellos, es decir, sin integrarse decididamente en las luchas concretas de emancipación nacional y sin plantearse una política unitaria, cuyas dificultades conocemos muy bien, hacia las organizaciones nacionalistas revolucionarias.

En fin, creemos compartir una voluntad de convergencia entre distintas corrientes revolucionarias. A decir verdad, nos basamos para ello más en conversaciones privadas con miembros de la redacción de *Mientras Tanto* que en el texto de la *Carta*, en la cual el único papel que se otorga a las organizaciones de izquierda comunista es el *hundimiento catastrófico*. Estas cuestiones merecen un desarrollo más amplio, que vamos a hacer en el punto posterior.

2. En el punto 5, sin duda el más discutible y el más importante, de la *Carta* se presentan dos ejemplos alternativos para la izquierda española:

Italia, es decir, el PCI, y la RFA, es decir, los verdes. Nuestros desacuerdos empiezan aquí: no sólo consideramos inadecuados los *ejemplos*, sino también nos parece equivocado el método de afrontar los problemas de la izquierda en el Estado español por vía de ejemplos.

El aspecto más rechazable de la cuestión es la referencia al PCI. Conocemos muy bien las críticas que se han hecho en *Mientras Tanto* al eurocomunismo en general y a la política del PCI en particular, por eso mismo nos resulta incomprensible que se atribuya el *desprestigio de la alternativa italiana* al trabajo de los dirigentes del PCE entre 1975 y 1977. Francamente, la teoría y la práctica del PCI especialmente desde 1973 (*compromiso histórico*, abandono de la oposición a la OTAN, criminalización de la *autonomía obrera*, defensa radical y encubrimiento del aparato de represión de la República italiana, propaganda sistemática en favor de la *austeridad*, política clara de colaboración en la reconversión industrial capitalista a partir de la derrota en FIAT en octubre de 1980, derrota en la que la fracción PCI en la CGIL y la propia dirección del partido asumió una responsabilidad fundamental, etc, etc.), son más que suficientes para descalificar por completo al PCI como *alternativa* para cualquier sector de la

izquierda española, si excluimos, quizás, a los llamados *gerardistas*. Desde un muy difícil enfoque objetivista, es decir, considerando que el PCI es un inmenso partido que no está en crisis, podría mantenerse en diciembre de 1984, fecha de la *Carta*, que el PCI es un *ejemplo*. Pero los debates provocados por el relativo fracaso en las últimas elecciones, debate claramente hegemonizado por las posiciones más derechistas del equipo dirigente (Napolitano, Perna, Bufalini, Lama,...), parecen indicar que la crisis está abierta y sigue la dinámica natural del *eurocomunismo*, hacia la derecha.

El *ejemplo* de los verdes alemanes sería, en principio, más fácil de aceptar, pero tampoco lo consideramos correcto. No nos parece que el problema esté en constatar que *lo verde está verde* en el Estado español. En esto estamos de acuerdo e incluso añadiríamos que en tiempo transcurrido desde la publicación de la *Carta* no se ven signos de maduración, sino más bien de todo lo contrario. El problema está en si existen condiciones de aclimatación en el Estado español de la apasionante experiencia del movimiento alternativo alemán. *Mientras Tanto* parece opinar que sí y dá para ello tres razones en el punto 5 de la *Carta*. No estamos de acuerdo con este análisis:



En primer lugar, el dato políticamente más significativo de la desilusión ante el gobierno del PSOE no se encuentra en la actitud de lo que *Mientras Tanto* llama la *izquierda vacilante* (o que votó útil en las elecciones de 1982). Probablemente habrá *vacilantes* desplazamientos electorales a la izquierda en 1986, pero no creemos que las elecciones sean, por el momento, un terreno apropiado para avanzar en una alternativa de izquierda que merezca el nombre. El dato más significativo de la desilusión es, en nuestra opinión, el desarrollo de un muy amplio movimiento de rebelión y resistencia social y política, que tiene tres manifestaciones fundamentales: las luchas obreras desde comienzos de 1983 (Sagunto) a la Huelga General de junio pasado; las movilizaciones anti-OTAN; las luchas nacionalistas en Euzkadi. Podríamos añadir otras movilizaciones significativas de mujeres, de solidaridad internacionalista, contra la tortura, etc. Francamente no vemos que esta compleja dinámica de luchas y movimientos, ni un sector significativo de ella, pueda expresarse en una alternativa de tipo *verde*, ni siquiera en la versión específica que se plantea en la *Carta*.

Es verdad que existe una exigencia de hacer política de *una forma radicalmente distinta de la de los partidos tradicionales*. La respuesta que da *Mientras Tanto* a esta exigencia es poner en cuestión el *tipo-partido* obrero y considerar positivamente «el respeto a la pluralidad organizativa por la base y la aspiración a comunidades reducidas, considerablemente integradas y laxamente unidas entre sí», es decir, el paradigma, o mejor, el sueño organizativo de ciertos sectores de los *verdes* alemanes. Tampoco en este punto estamos de acuerdo. No sabemos si *Mientras Tanto* considera a la LCR dentro de los *partidos tradicionales* o *terzointernacionalistas*: parece una simplificación abusiva meter en el saco de la *III Internacional* a corrientes políticas que tenemos posiciones opuestas por el vértice sobre su patrimonio político, incluyendo lo que se refiere a las formas de hacer política. Los compañeros de *Mientras Tanto* que nos conocen un poco y que nos ven trabajar en los movimientos, saben que los métodos de trabajo y el régimen interno de la LCR no tiene nada que ver con los de los *partidos tradicionales*. Es cierto que sectores significativos de la izquierda, sobre todo ex-militantes, ponen en cuestión el partido de tipo *leninista*, incluso cuando merece el nombre, es decir, es un partido revolucionario y democrático en su régimen interno. Nosotros pensamos que el partido de tipo *leninista* es la mejor forma organizativa que se ha creado para resolver un problema: arrebatar la dirección política de la mayoría del movimiento obrero a poderosas burocracias políticas y sindicales reformistas. Puesto que este sigue siendo un

problema esencial, aunque desde luego no el único, de la lucha revolucionaria en el Estado español, el tipo de partido *leninista* nos parece muy adecuado, aún contando con las dificultades que plantea llevarlo consecuentemente a la práctica y, por supuesto, incorporándole experiencias positivas que vengan de otros sistemas de organización. Por ejemplo, los verdes alemanes han destacado la importancia de la organización de base y su capacidad de iniciativa, la necesidad de romper la esquizofrenia entre militancia y vida cotidiana, y otros aspectos importantes y necesarios dentro de una organización revolucionaria, que puede integrarse sin contradicciones en una organización *leninista*. Pero el eje organizativo de los verdes es el control asambleario de una fracción parlamentaria, o en general de cargos públicos elegidos. Parece haber ya debates muy duros dentro de los *verdes* sobre este tipo de organización. En todo caso, no nos parece ni más democrática, ni más eficaz que el partido *leninista* para la acción política homogénea y la elaboración colectiva, para el aprendizaje de la política revolucionaria en condiciones de lucha permanente contra aparatos burocráticos.

En realidad, parece que *Mientras Tanto* más que considerar equivocada la forma de hacer política de los partidos comunistas revolucionarios simplemente no nos toma en consideración. Hablan de «hundimiento catastrófico de las formaciones políticas que en los años 60 y 70 actuaron como izquierda real del país». Este juicio sumario nos parece irrealista e injusto: entre esas formaciones políticas, algunas se han hundido y otras no (lo mismo ha ocurrido con las revistas marxistas, por poner un ejemplo, y a nadie se le ocurre confundir a *El Cábaro* o *En Teoría* con *Mientras Tanto*). Más que protestar por la injusticia lo que nos interesa destacar es su carácter irrealista: ni se ajusta, ni permite comprender la realidad. Vamos a referirnos solamente al MC y la LCR: el debate sobre el papel del BNPG y HB, que son organizaciones con influencia de masas en sus respectivas nacionalidades y que nadie puede negarles el calificativo de *izquierda real*, se sitúa a otro nivel.

No parece exagerado afirmar que el MC y la LCR están presentes en la inmensa mayoría de los movimientos de lucha que existen, grandes y pequeños en muchos de ellos con responsabilidades considerables. La influencia política que tenemos es limitada, pero muy superior a nuestras fuerzas militantes: esto no es el producto de ninguna clase de manipulación, sino es el fruto de muchos años de trabajo, que incluyen justamente no habernos hundido, sino habernos mantenido aún a contracorriente, en el peor período del *desencanto*. Es un hecho que no hemos conseguido una influencia de masas, pese a que en el pasado

hubo situaciones propicias para lograrlo, en los primeros años de la *transición*. Pero de aquí no se puede sacar ninguna conclusión seria para el futuro: la historia no juega al *doble* o *nada*. Y sobre todo, tampoco pueden sacarse conclusiones serias sobre el presente. Creemos compartir con *Mientras Tanto* la convicción de que la tarea más necesaria y más urgente es superar las debilidades políticas y organizativas de los movimientos de masas y que éste es el camino inevitable para avanzar en una verdadera alternativa revolucionaria al sistema. Si es así, ¿no es más correcto partir de las organizaciones políticas activas y eficaces en la lucha, criticar y autocriticar los errores que se cometan, buscar la acción común y la reflexión sobre la acción,..., en vez de partir de *modelos, ejemplos, esquemas de valores*,... que obligan a tomar en consideración a organizaciones insignificantes, como el grupo de Tamames, que caben en el molde y excluir todo lo que no entra en él? ¿No será más fecundo trabajar por un *paso adelante del movimiento real*?

3. Nosotros creemos que sí y que éste es el punto de encuentro hoy posible de las diferentes corrientes revolucionarias. Hace algún tiempo leímos en *Mientras Tanto* n° 16-17 una frase dentro de un artículo de Paco Fernández Buñey que recomendaba: «(...) *primero la investigación empírica sobre la filosofía de la historia*». Creemos que ésta es una buena norma de trabajo para los revolucionarios, para los comunistas en los años 80; no nos importa añadir que la norma es especialmente

adecuada para los *trotskistas*, los comunistas que se enfrentaron al stalinismo, que tenemos una carga tremenda de filosofía de la historia en nuestra tradición política. Pero hay que aplicar la norma también a la historia más inmediata, a la que se está haciendo ahora mismo.

Como producto de la crisis de la izquierda, vivimos una época de saturación de *alternativas*, de grandes proyectos generales, de espera de la *gran iluminación* que nos revelará la salida del laberinto. Hemos dejado de creer en estas cosas. Sólo con criterios pragmáticos podemos encontrar terreno de trabajo común entre las diferentes corrientes revolucionarias. Y sólo sobre la base de este trabajo común podrán sostenerse acuerdos programáticos sólidos, en los que no conviene ir más deprisa que la propia experiencia.

Si cada corriente revolucionaria delimita sus relaciones y alianzas con otras en función de las propias estrategias, programas o proyectos a medio plazo, poco va a poder hacerse. En cambio creemos que existe un campo para la colaboración amplio y útil, que incluye el debate regular sobre cualquiera de las cuestiones que tienen que ver con la política revolucionaria; la unidad de acción cuando se coincide en los movimientos; acuerdos para campañas o actividades concretas, que respeten las divergencias políticas que existan y busquen el terreno común, terreno que muchas veces, como creemos que nos ocurre con la redacción de *Mientras Tanto* es bien grande. Y no seremos nosotros los que le pongamos límites. □

Indochina: Por qué suenan "los gritos del silencio"

Entrevista a Pierre Rousset

La derrota americana en Indochina se consumó en 1975. Los medios militares más modernos, la intervención más masiva de la mayor potencia imperialista, no bastaron para ganar una guerra que estaba en contra de la voluntad de independencia de las poblaciones indochinas de Vietnam, Camboya y Laos. Lección profunda, magnífica, símbolo de esperanza.

En 1979 estallan nuevos conflictos militares importantes, esta vez entre antiguos aliados en la lucha revolucionaria. Se ponen de manifiesto contradicciones que ya maduraban antes de la victoria de 1975. La guerra de fronteras entre Vietnam y Camboya se convierte en guerra sin más: el régimen de los Khmer rojos es derrotado mediante una intervención vietnamita en Camboya. China moviliza importantes medios para penetrar profundamente en el norte de Vietnam. ¿Cómo una crisis tan brutal y violenta ha podido enfrentar así a regímenes salidos de una lucha revolucionaria común frente al imperialismo?. Es ésta una cuestión que ningún movimiento revolucionario puede esquivar.

INPRECOR quiere reflexionar sobre las lecciones de las guerras imperialistas, de las luchas de liberación y de la crisis chino-indochina actual. Queremos abordar de frente todas las cuestiones suscitadas en más de cuarenta años de guerras y revoluciones.

Hemos hecho una larga entrevista con nuestro camarada Pierre Rousset, que ha estado, y sigue estando hoy, comprometido con los movimientos de solidaridad con las revoluciones indochinas y de Asia Oriental. Pierre Rousset ha publicado numerosos artículos y estudios sobre Asia Oriental, así como dos libros sobre el comunismo vietnamita, *Le Parti Communiste vietnamien* (Ed. Maspero, París, 1975) y *Communisme et nationalisme vietnamien* (Ed. Galilée, París, 1978).

La entrevista está estructurada en torno a cuatro grandes temas. La primera parte trata de la naturaleza de la guerra imperialista y de las lecciones que podemos extraer en lo que respecta a la solidaridad. La segunda trata de Camboya, del análisis de los khmer rojos y de la evolución de la situación en este país. La tercera parte se refiere a la evolución de la situación en la región, y del impacto de la derrota americana primero y de la crisis actual después, a lo largo de las luchas revolucionarias. La cuarta se ciñe a analizar la evolución de la política del Partido Comunista vietnamita y de la situación en Vietnam. Publicamos ahora las dos primeras partes de la entrevista. El resto aparecerá en el próximo número de INPRECOR.

Han transcurrido diez años desde la victoria de las revoluciones indochinas. Las luchas de liberación de Vietnam, Camboya y Laos representaron un auténtico símbolo para generaciones de militantes, tanto en los países capitalistas desarrollados como en los países dominados. Sin embargo, la victoria de estas revoluciones ha desembocado rápidamente en la apertura de nuevas crisis marcadas por desgarramientos internos y por la explosión de conflictos militares entre China, Vietnam y Camboya.

Quisiéramos discutir las lecciones políticas de la experiencia de las revoluciones indochinas. ¿Cómo combinar las lecciones de una larga lucha revolucionaria —lecciones siempre enriquecedoras para quienes

luchan contra el capitalismo y por el socialismo— con las de la crisis actual?.

Creo que la experiencia de las revoluciones indochinas nos ofrece lecciones numerosas y complementarias. Pero para extraer esas lecciones, es preciso comprender de qué modo las dificultades que experimenta cada uno de los países en cuestión y la crisis indochina actual, se gestaron en la guerra pasada. Para mucha gente existen dos períodos separados de forma casi estanca: el de las luchas de liberación anteriores a 1975, llenas de esperanza, y el de las ilusiones perdidas, sobre todo a partir de 1978-79 y de la guerra chino-indochina. Cada período plantea evidentemente problemas propios que hay que analizar. Sin

embargo hay que tener en cuenta la política de los regímenes indochinos, así como el impacto sobre Indochina de los conflictos interburocráticos que enfrentan a la URSS y China. Pero el contexto general sigue siendo el de las guerras coloniales e imperialistas y, no lo olvidemos, de la continuación, hoy, de una política imperialista de revancha.

Ahora hace 10 años que "la guerra terminó" en Indochina, por lo menos la guerra imperialista. Es mucho tiempo. Los principales protagonistas de los conflictos militares actuales (Chinos, Vietnamitas, Khmer Rojos) no son simples marionetas manipulados por Washington. Evidentemente las potencias imperialistas sacan provecho de estos conflictos y echan leña al fuego. ¿Pero no es esquivar los verdaderos problemas el remitirse, hoy todavía, a la "herencia de las guerras coloniales e imperialistas"?

Yo no trato de esquivar los problemas. Intentaré abordarlos todos. Pero hay que empezar por insistir en la duración de los efectos de las guerras de ayer, porque realmente creo que si no, no puede entenderse nada de los problemas actuales. Además, las lecciones que hay que sacar de la crisis indochina de hoy no deben enmascarar las que se derivan de la victoria histórica contra el imperialismo americano. En el clima ideológico que, en cualquier caso en los países occidentales, prevalece hoy, esta cuestión adquiere mucha importancia.

Tomemos un ejemplo. Si la explicación de la política seguida por los Khmer rojos, una vez llegados al poder, se encuentra en lo esencial fuera del contexto de la guerra y de sus efectos, entonces, dirán muchos militantes, no había que haber apoyado tanto ("si lo hubieramos sabido"...) o no había que haber apoyado en absoluto. Si, por el contrario, se entiende que la evolución del Partido comunista camboyano, de las relaciones de fuerza entre las distintas fracciones, y probablemente la misma evolución de la fracción Khmer rojo, han estado condicionadas por el tipo de guerra impuesta por Washington, entonces la conclusión será diferente: cuanto más eficaz es la solidaridad anti-imperialista, más se limita el riesgo de ver repetirse un drama parecido. Hay que apoyar más, con más antelación y más eficazmente.

¿Había que apoyar a los Khmer rojos?

No, no necesariamente. El Partido comunista camboyano no estaba formado únicamente por Khmer rojos, y los Khmer rojos se reducían a la fracción Pol Pot. Y, en todo caso, la crisis indochina, a mi juicio, ha permitido clarificar el debate que enfrentaba a los marxistas revolucionarios con las corrientes maoístas durante los años 1960 y 1970 sobre la concepción de la solidaridad. Si se apoya la lucha, se apoya también la acción de las organizaciones que la llevan y la dirigen, si no el apoyo es demasiado abstracto.

Pero no se apoya necesariamente también la política y el programa de estos movimientos. La concepción maoísta de entonces consistía en que el apoyo se debía establecer necesariamente sobre la base del programa de las organizaciones combatientes. Pero se apoyaba igualmente los frentes vietnamitas y los camboyanos, mientras que estos frentes, o los partidos que los dirigían, tenían programas diferentes. Hoy, la solidaridad se afirma respecto a países en los que hay varias organizaciones comprometidas en la lucha, por ejemplo, en El Salvador. El movimiento de solidaridad no ha de decidir quién posee la "línea correcta". Su apoyo es unitario. Sin embargo, los movimientos de solidaridad pueden y deben reflexionar sobre los problemas suscitados por la lucha y su suerte.

En lo que respecta a la solidaridad, yo extraigo dos lecciones de la experiencia indochina. La primera es que el compromiso con la solidaridad no debe impedir el esfuerzo de reflexión política crítica e independiente. La solidaridad debe poder ir acompañada del diálogo, y la unidad de la libertad de opinión.

Pero la otra lección es que la solidaridad siempre es una necesidad urgente. Por ello sólo puede darse sin condiciones previas. Quienes luchan no tienen tiempo para esperar. Y si tienen que esperar, son ellos quienes van a pagar un alto precio por el retraso de la solidaridad. Muy en concreto, los terribles bombardeos americanos sobre Camboya, en 1973, fueron probablemente el "empujón" definitivo que permitió a la fracción Pol Pot tomar el control definitivo del movimiento de liberación. La llegada al poder de esta fracción del PC camboyano y la evolución de su política se explica evidentemente también por otros factores. Pero si la solidaridad internacional hubiera sabido atar las manos a Washington e impedir esa ola de bombardeos, el curso de la historia probablemente hubiera sido diferente.

¿No estás haciendo un poco política ficción?

Evidentemente. No se puede escribir la historia que no ha tenido lugar. Pero tampoco hay que creer que la única historia posible es la que ha ocurrido. Hay que reflexionar sobre el impacto de los acontecimientos en el curso de las luchas y en los movimientos sociales o políticos.

Para intentar poner los puntos sobre las íes, diré lo siguiente. Una vez me preguntaron cómo se podía explicar la crisis chino-indochina. Mi respuesta fue que un conjunto, una combinación de factores de órdenes diferentes: los efectos de la guerra, el impacto de los conflictos interburocráticos sobre Indochina, la tenaza imperialista dirigida a ahogar las jóvenes revoluciones, el peso de la cuestión nacional y del desarrollo desigual en el seno del conjunto indochino parcelado artificialmente por la colonización, el estado de la movili-

ción de las masas, la política llevada por las direcciones nacionales afectadas, etc... Mi interlocutor no quedó satisfecho. Quería una razón principal para comprender la esperanza frustrada. Imagino que pensaba en el stalinismo.

No creo que se pueda explicar una crisis como la chino-indochina a partir de un factor "principal". Para comprender su profundidad y su brutalidad, hay que poner en juego numerosos factores y ver cómo se han combinado. Pero si hay que encontrar necesariamente un factor históricamente determinante, respondería que es el relativo aislamiento de estas revoluciones. El stalinismo no es más que un aspecto de este problema.

Evidentemente los vietnamitas no habrían podido ganar sin la ayuda china y soviética, sin el movimiento antiguerra en Francia, y posteriormente en los Estados Unidos, sin el movimiento de solidaridad internacional. Pero fue necesario una dura lucha para lograr estos apoyos, tuvieron que hacer la experiencia de muchos abandonos y traiciones. En Vietnam, durante 35 años, se sucedieron guerras imperialistas casi sin interrupción. En varias ocasiones los vietnamitas estuvieron a punto de ganar definitivamente, gracias a una lucha realmente heroica, e incluyo aquí tanto al pueblo vietnamita como a las organizaciones que han dirigido su lucha, sobre todo al Partido comunista vietnamita.

En todas las ocasiones, hasta 1975, vieron frustrada su victoria, parcial o totalmente, a causa de los factores internacionales sobre los que no tenían ningún poder directo. En 1945 ganaron su independencia. El movimiento obrero francés empezando por el PCF y la SFIO (apelación del PS entonces) dejó que el gobierno enviara un poderoso cuerpo expedicionario de reconquista. En 1954 la potencia colonial francesa estaba paralizada, potencialmente vencida tras la gran victoria vietnamita de Dien Bien Phu. Occidente encontró en Moscú y Pekín aliados para imponer a los vietnamitas un compromiso, con los Acuerdos de Ginebra, que llevaban el germen de la segunda guerra de Indochina. En 1965, Vietnam del Sur estaba próximo a ser liberado. Pero el gobierno americano pudo enviar un nuevo cuerpo expedicionario que llegó a contar con 550.000 hombres. Pudo comenzar los bombardeos masivos del Norte. En 1968, de nuevo, la insurrección en el Sur -la ofensiva del Tet casi había vencido. Pero Washington pudo ordenar el bombardeo del mismo Saigón a partir de portaviones: que se encontraban fuera del alcance de las fuerzas de liberación.

También en esto la lección de Vietnam es doble. Es una lección

verdaderamente ejemplar sobre los recursos profundos de una lucha revolucionaria. Vietnam pudo vencer a pesar de los 35 años de guerras imperialistas, a pesar de la intervención de un poderoso cuerpo expedicionario colonial, a pesar de la intervención directa de la potencia americana, a pesar de la "guerra total" que fue la guerra americana "vietnamizada". Era la primera vez que los Estados Unidos eran vencidos en un enfrentamiento directo y sin cuartel, y por un pueblo de un país dominado, atrasado económicamente.

Pero Vietnam salió profundamente herido de la prueba. Porque al menos en cuatro o cinco momentos cruciales, no contó con la ayuda internacional decisiva a que tenía derecho. Los Vietnamitas no podían destruir el poder militar francés o americano en su origen, en las metrópolis imperialistas. Para paralizar ese poder militar, era preciso la intervención de las masas francesas, y americanas después, y el apoyo del movimiento de solidaridad internacional, incluido el del "bloque socialista". El apoyo internacional no estuvo a la altura de la calidad de la lucha en el escenario de la guerra. Son los pueblos indochinos, en primer lugar, quienes aún hoy pagan el precio de este desajuste.

Pero, ¿habría cambiado algo verdaderamente si la victoria hubiera sido posible en 1945, 1954, 1965 o 1968? No nos referimos al sufrimiento. Evidentemente el número de muertos, de inválidos, huérfanos, refugiados, hubiera sido menor. Pero, en términos de régimen político ¿habrían sido cualitativamente diferentes los regímenes vietnamita o camboyano?

— ¡Evidentemente! los khmer rojos, dicho sea de paso, no existían en 1945 o en 1954. La formación de esta corriente específica es sobre todo producto de la decepción provocada por los Acuerdos de Ginebra de 1954, que hacían desaparecer legalmente a los comunistas camboyanos del mapa político del país. En 1963, e incluso en 1968, los khmer rojos aún eran muy débiles, y probablemente no tenían aún el perfil político completo que les caracterizaría a partir de 1973. No sé como hubiera sido un régimen camboyano en el caso de una victoria total en Indochina en esas fechas, pero, en cualquier caso, hubiera sido algo muy diferente de lo que se produjo en 1975.

Y lo mismo ocurre con Vietnam, aunque el Partido comunista vietnamita (PCV) dé pruebas de mucha más continuidad histórica. En una revolución cuenta la población, las clases sociales, uno o varios partidos, un ejército. Todos estos elementos evolucionan en función de la lucha. Y las relaciones entre ellos

también evolucionan. Volveremos sobre esto en lo relativo a Camboya, donde se trata de una cuestión realmente esencial.

Todavía en 1968 la victoria de Vietnam hubiera sido la victoria de una insurrección de masas. Con una población organizada en estructuras nacidas por y para la insurrección. La línea del PCV combinaba efectivamente la guerrilla, la guerra de movimientos y la insurrección de masas. En 1975 se había terminado. No porque el PCV no quisiera recurrir a la insurrección de masas en los principales centros de población, sino porque la política americana había logrado romper esa posibilidad. Una parte importante de la población estaba constituida por refugiados, la represión había destruido numerosas estructuras clandestinas urbanas y rurales, la clase obrera había sido sistemáticamente desarticulada social y políticamente, se acusaba el agotamiento social de amplias capas de la población. En 1975 triunfó una verdadera revolución, pero Saigón no se liberó por sí misma. Asistió pasiva -aunque feliz- a su liberación por parte de las fuerzas armadas. Mientras tanto, decenas y decenas de miles de cuadros revolucionarios locales habían muerto. Tenían que ser reemplazados por cuadros sin experiencia y no representativos, ya que procedían de otras zonas. Todo esto afectó profundamente a la situación de Vietnam tras la victoria, y constituye uno de los elementos esenciales de las dificultades que se presentaron entonces. Un Vietnam victorioso en 1968 -o en 1965, 1954, 1945- hubiera sido un Vietnam diferente.

Repito, la línea del PCV consistía en ayudar a la insurrección con la guerrilla, no en sustituir la insurrección de masas por la conquista militar. Pero, después de 1968, los éxitos parciales de la política americana hicieron esta política inaplicable en gran medida en ciertas regiones del sur, y en primer lugar en Saigón.

Todo esto explica algunos problemas aparecidos tras la victoria. ¿Pero y 10 años después?

— Diez años después sigue constituyendo un elemento importante para comprender la situación. No se puede pensar que los efectos de una guerra así en este tipo de países sean tan pasajeros. Diez años, ¿es realmente mucho tiempo? Treinta y cinco años de guerra, concluidos con una guerra americana "vietnamizada", ¿qué significa ésto en concreto? Jamás hubo una guerra tan larga ni tan total. La segunda guerra Indochina fué una guerra sin precedentes. Concretó, en un pequeño teatro de operaciones, medios militares enormes, la densidad de los bombardeos fué aquí mucho más importante que en

Europa durante la Segunda Guerra Mundial, agredió a la naturaleza y a los seres humanos. El efecto de los defoliantes y otros productos químicos utilizados masivamente continúa notándose. Rompió muchos elementos del tejido social y creó millones de refugiados interiores, por los profundos cambios provocados por la guerra y por una economía de guerra artificial. Estos refugiados se han convertido en desarraigados sociales. La guerra ha afectado a los hombres y a su psicología. Ha marcado las organizaciones, sus formas de funcionamiento y la mentalidad de sus miembros. La guerra americana "vietnamizada" fué una guerra total porque utilizó todos los medios, militares y no militares, para actuar sobre todos los terrenos, militar, económico, social, cultural, psicológico, ecológico. Por eso ha sido la guerra más moderna y más terrible que la humanidad haya conocido nunca.

Por aquella época nosotros no nos habíamos dado bien cuenta de lo que esta guerra significaba. Y ahora las nuevas generaciones dicen, "¿La guerra del Vietnam? No la conozco" Pero si no se comprende lo que fué esta guerra, no se puede comprender el presente.

Sin embargo, otros países fueron destruidos por la guerra y se han recuperado rápidamente. Por ejemplo, Alemania tras las 2ª guerra mundial.

La guerra de Indochina ha sido más grave que la 2ª Guerra Mundial, para los países que la han sufrido. Países como Vietnam, Laos y Camboya son muy diferentes de Alemania. La potencia material de Alemania fué temporalmente destruida. La población fué igualmente duramente afectada, como en otros países de Europa. Pero el formidable potencial representado por la educación, la cualificación de la mano de obra, los conocimientos científicos y técnicos, la tradición industrial, permaneció. Sobre esta base, y con el apoyo de las potencias occidentales, que temían la revolución comunista, Alemania pudo reconstruirse.

Nada de todo esto vale para un país como Vietnam. El atraso económico y social se ve agravado por la desafección de sectores claves de élite, esas capas de intelectuales, de cuadros y de técnicos de los que el país tiene tanta necesidad. Los efectos de la destrucción física, social y psicológica de la guerra son mucho más profundos. Además, hay que reconstruir el país haciendo frente a una política abierta de estrangulamiento por parte de Estados Unidos

evidentemente, pero también de China, y contra una política de ayuda con cuentagotas por parte de algunos países de Europa occidental.

Creo que aquí tocamos dos temas de fondo. El primero se refiere a la guerra y la revolución. Nuestra corriente ha tenido —al menos es mi caso— una visión ingénuo de la relación entre ambas, lo que ha provocado errores de perspectiva sobre la dinámica de la victoria. Hemos subestimado, aunque esto pudiera calificarse como un error de juventud, los efectos negativos de la guerra, viendo sólo la profundidad de la lucha. Los más "izquierdistas infantiles" pensaban incluso que cuanto más durara la lucha, mejor sería, porque la conciencia de las masas se elevaría al calor del combate.

Esto no es cierto, o sólo lo es temporalmente. Cuando la guerra dura demasiado tiempo, los efectos se imponen sobre los positivos de la movilización revolucionaria. Al día siguiente de la victoria en Vietnam, se produjo un debilitamiento de la movilización, tanto de las masas como de los cuadros, una especie de caída de tensión tras un esfuerzo demasiado violento, demasiado prolongado. Esto jugó un papel importante, incluso en la extensión de los fenómenos burocráticos.

No hay que subestimar el impacto de una guerra larga y total como la del Vietnam, es decir, hay que comprender las consecuencias duraderas para el país. Volvemos a encontrarlos con el problema de la solidaridad: la movilización internacional debe ayudar a bloquear estas guerras contrarrevolucionarias, a interrumpirlas lo antes posible una vez han comenzado. Se trata de una cuestión de actualidad para América Latina, así como para Filipinas.

¿Y el segundo problema de fondo?

Es que las tareas de solidaridad no terminan con la victoria. Las tareas de reconstrucción económica y social, como las de defensa, resultan extremadamente difíciles en los países atrasados. Y también aquí la ayuda internacional constituye un factor muy importante, como demuestra el caso de Nicaragua hoy.

Ahora bien, en parte a causa del shock provocado por la emergencia de nuevos conflictos indochinos, en parte también porque las mismas direcciones en Indochina han subestimado la gravedad del problema, el movimiento de solidaridad se interrumpió prácticamente tras la victoria de 1975. Por su parte, la IV Internacional ha votado resoluciones —y continúa votándolas en sus Congresos mundiales— que subrayan la necesidad de proseguir la solidaridad con las revoluciones indochinas, pero, por múltiples razones, no hemos sido capaces de traducir estas resoluciones en acción.

Así pues, entre las numerosas lecciones de la experiencia de Vietnam e Indochina, tenemos las que se refieren a la solidaridad, a su carácter unitario respetando la diversidad, de



opiniones, y a su carácter urgente, lo que quiere decir sin condiciones previas, en definitiva la necesidad del internacionalismo. Sobre todo no hay que concluir, ante las desilusiones y los dramas de Indochina, que había que haber dado menos apoyo. Por el contrario, era preciso, y lo sigue siendo en el futuro, prestar el apoyo antes, mejor, más eficazmente.

CAMBOYA: ¿POR QUÉ "LOS GRITOS DEL SILENCIO"?

Hace diez años que los Khmer rojos llegaron al poder. La experiencia de su régimen, que duró de 1975 a 1978, ha sido traumatizante, sobre todo para la población que lo ha vivido, pero también para quienes se habían sentido solidarios de la lucha de liberación que había dirigido en Camboya los propios Khmer rojos. Nos gustaría abordar los problemas de fondo que plantea la experiencia camboyana, incluidos los problemas que esta terrible experiencia nos ha planteado como marxistas revolucionarios.

Has dicho que el aumento de poder de la fracción Pol Pot fué determinado por el tipo de guerra impuesto por Washington. ¿No es una explicación un poco fácil?

Yo he dicho que la evolución del movimiento comunista camboyano ha estado *condicionado* por el curso de la guerra americana, no que ha estado *determinado*. Es algo más que un matiz. La historia política no se construye sobre la fatalidad. Pero hay que entender de qué forma el ascenso al poder de una corriente como la de los Khmer rojos fué posible. Para ello hay que tener en cuenta lo que era el reino de Camboya, cual fué el impacto de las guerras y revoluciones a escala regional, qué fué la guerra americana. El drama camboyano comporta elementos excepcionales. Es un caso realmente único, y esto es lo que hace que el análisis sea tan difícil.

¿El caso de la Camboya de los Khmer rojos es realmente tan único? ¿No es sólo la expresión exacerbada de lo que hemos visto en otras partes, el stalinismo en la URSS, el Gran salto adelante y la Revolución cultural en China, los "boat people" en Vietnam, y la invasión de Camboya?

En esta enumeración ya hay una mezcla de cosas muy diferentes. Pero francamente, creo que el fenómeno Khmer rojo no se identifica con ningún caso precedente. Por eso tengo la esperanza de que no se volverá a repetir en otro lugar en el futuro.

Ha habido una lucha de liberación de masas y una revolución en Camboya. Esta lucha auténtica era un componente de un proceso revolucionario profundo, un proceso de revolución permanente que se desarrollaba a escala de toda Indochina. El movi-

miento Khmer rojo nació a la vez en el seno del movimiento de liberación nacional y del movimiento comunista camboyano, indochino e internacional. Esto es lo que diferencia de entrada a Camboya de otros casos que pudieran citarse como, por ejemplo, el del régimen de Idi Amin Dada en África negra. Por eso también esta experiencia tan desastrosa nos inquieta tan profundamente. En efecto se trataba de un producto de una lucha con la que había que identificarse.

Pero lo que ha ocurrido en Camboya no tiene precedentes en una revolución contemporánea. Esto se manifiesta en todos los terrenos. Es como si los Khmer rojos hubieran querido volver a empezar en todas partes prácticamente de cero. En el plano económico y material se destruyó gran número de bienes voluntariamente, desde centros de tratamiento de caucho, hasta coches y mobiliario de las casas de Phonm Penh. Quedó la agricultura —pero también con un empobrecimiento de las posibilidades de producción, en beneficio especialmente del arroz— y las producciones más vitales (electricidad, talleres de reparación, etc...). En el terreno social, las ciudades fueron vaciadas íntegramente de su población, deportada a campos de trabajo rurales. Los primeros elementos de una nueva clase obrera se establecieron a partir del ejército Khmer rojo campesino. Incluso en el campo, los pueblos fueron progresivamente desestructurados, la vida familiar y religiosa rota, en nombre del colectivismo y de los *ejércitos de trabajo* a menudo constituidos por grupos de edad. El sistema educativo entero se vino abajo y comenzó a reconstruirse sobre la base más elemental posible. En el terreno ideológico, no podía citarse siquiera a los clásicos del marxismo o del leninismo. La producción ideológica era infinitamente pobre, y sobre todo radiofónica. En lo que respecta al terreno estrictamente político, si ha habido alguna vez un Estado que se identifique con una *banda de hombres en armas* (definición clásica de Engels), un esqueleto de Estado, ha sido el Estado Khmer rojo.

No todo se hizo instantáneamente, aunque algunas de las medidas más graves se tomaron inmediatamente después de la victoria, y por tanto mal preparadas, como la deportación de la población que entonces estaba agrupada en los centros urbanos. Se produjo una sangüinaria lucha de fracciones en el mismo seno del movimiento Khmer rojo, porque había, en el marco de referencias ideológicas comunes, verdaderas diferencias políticas. Pero todo se hizo rápidamente, en unos dos años.

Evidentemente, se puede encontrar a posteriori el origen de numerosos elementos de la *ideología* o del *modelo* Khmer rojo, por ejemplo en la existencia de corrientes nacionalistas-racistas Khmer, o en la intransigencia nacional de Yugoslavia frente a la

URSS en 1950, cuando el futuro Pol Pot visitaba este país. El núcleo en torno a Pol Pot había conocido la experiencia de un PC muy stalinista —el PCF en los años 1950—, donde se elogiaba el éxito de la colectivización forzosa y de la industrialización stajanovista, y donde se destruía a los opositores. El ejemplo del Gran salto azeite de final de los años 1950 en China, más tarde la revolución cultural y su izquierdismo catastrófico en términos de objetivos económicos y de formas de movilización de masas, también tuvieron influencia. Pero el sistema Khmer rojo era nuevo, aunque a menudo se haya alimentado de lo que había de peor y más caricaturesco en las fuentes históricas citadas anteriormente. Y sobre todo, la práctica de conjunto del nuevo poder, no tenía verdaderamente precedentes.

Insisto en la práctica de este régimen, porque creo que la clave de las orientaciones puestas en pie tras la victoria de la fracción Pol Pot no reside en un *modelo* teórico de desarrollo de *abajo a arriba*, aplicado sin tener en cuenta la realidad por un equipo de intelectuales aprendices de brujo. Esta clave se encuentra en las luchas por el poder. Si se decidió deportar inmediatamente a la población agrupada en las ciudades —y que incluían numerosos refugiados de zonas rurales—, no fué para hacer campesinos. Tampoco para prevenir bombardeos americanos, si no las deportaciones hubieran sido pasajeras. Era para desintegrar un medio incontrolable para la fracción dominante de los Khmer rojos. Si se decidió dislocar la vida familiar y religiosa y comunidades rurales tradicionales, no era para realizar un ideal colectivista. Era para romper los resortes de una oposición social potencial. Si se decidió depurar en purgas sangrientas a generaciones sucesivas de cuadros del Partido comunista de Kampuchea (PCK), no fué para resolver un conflicto ideológico, ni para erradicar a los agentes extranjeros. Fué para consolidar la posición dominante de una fracción que, en 1975, sólo controlaba, además de la cumbre de la organización, algunas regiones del país.

Y nosotros hemos llamado a eso un Estado obrero, una dictadura del proletariado.

Sí.

¿Lo crees realmente? ¿Estás seguro de ese análisis?

No.

Sin embargo, ¿no es ésto una cuestión determinante para definir las orientaciones de una Internacional revolucionaria? Por ejemplo, cuando hay un conflicto militar con otro país, como Vietnam.

Creo que es una cuestión importante, pero no determinante para decidir nuestra política. Sé que ésto puede parecer un poco raro, pero voy a intentar explicarme.

¿Por qué la mayoría de nuestro movimiento ha caracterizado así el período Khmer rojo en Camboya? En

primer lugar, por una razón negativa. Contrariamente a lo que pensaba una minoría de nuestro movimiento, nos parecía difícil calificar de *Estado burgués* a un aparato de Estado que había empezado por liquidar, muchas veces físicamente, a la burguesía de todos los sectores con que se había aliado. Este Estado había desorganizado, como ningún otro había hecho antes, la economía capitalista y la economía monetaria misma, procediendo a la supresión del cambio monetario en beneficio de la distribución administrativa y del trueque, lo que llevaba, evidentemente, a la aparición de una economía paralela de *mercado negro*.

Hicimos también este análisis por algunas razones positivas, derivadas del hecho de que los orígenes de este Estado se encontraban en una revolución de liberación nacional bajo dirección comunista, así como por el contexto regional, que era el de un verdadero proceso de revolución permanente. Pero hay que reconocer que este tipo de lógica resulta peligrosa. Define por exclusión: no es un Estado burgués, por tanto... Y por analogía: este Estado nace de una revolución análoga a la de Laos y Camboya.

Es preciso analizar más la realidad específica de la revolución camboyana. Sin embargo, aún no lo hemos hecho más que parcialmente. Por mi parte, he podido trabajar sobre investigaciones realizadas, entre refugiados, sobre documentos históricos, por personas como Steve Heder y Ben Kiernan, especialistas reconocidos en estas cuestiones. Pero aún no he podido asimilar el trabajo más reciente de gente como Michael Vickety. Incluso estudiando mucho más la realidad de la revolución camboyana, se corre el riesgo de no poder nunca ir más allá de hipótesis fundadas, porque nos enfrentamos a un proceso breve y muy inestable.

El régimen Khmer rojo apenas vivió tres años, un segundo a escala histórica. En tres años la base social que sostenía este régimen no dejó de reducirse, y el movimiento en el poder no cesó de agotarse en purgas cada vez más voraces. Trás el decorado de cartón piedra erigido por los Khmer rojos a golpe de reformas autoritarias, la sociedad se encontraba en vías de desintegración. Por eso el sistema levantado por este régimen —campos de trabajo, etc.— se vino abajo en cuanto la intervención de las tropas vietnamitas, en diciembre de 1978, saltó el cerrojo que representaba el poder de Phnom Penh. La población en masa se puso espontáneamente en movimiento ante el anuncio de la caída de Pol Pot, unos para volver a su pueblo, otros para encontrar a su familia, otros para volver a la ciudad.

Creo que es útil y necesario estudiar lo que ha ocurrido realmente. Tal vez será necesario corregir o matizar lo que digo aquí. Hay que hacerlo porque ello nos ayuda a reflexionar sobre cuestiones importantes que afectan al

curso que pueden tomar las revoluciones en países o regiones particularmente poco preparados, en el terreno socio-económico, para un proceso de revolución permanente. Esto cuestiona también los conceptos teóricos que utilizamos, obligándonos a precisarlos. Pero se trata de un caso *limite*, aparecido en circunstancias realmente muy particulares. Es un fenómeno inestable y que, probablemente, no podía estabilizarse. No hay que construir una teoría sobre esto. Si hay que encontrar una fórmula para describir esta realidad, diría, a título de hipótesis de trabajo, que el Estado Khmer rojo fué un Estado obrero muerto al nacer.

Imagino que nuestra discusión sobre el carácter de clase del Estado Khmer rojo aparece como totalmente lunática para mucha gente. Lo será si se le diera una importancia central que no puede tener, por las razones indicadas. Sin embargo, hay cuestiones importantes tras este debate, por ejemplo sobre la naturaleza y la evolución del ejército Khmer rojo. Este ejército no constituía únicamente la base del nuevo Estado surgido de la revolución, sino que se convirtió, a lo largo de los años, en lo esencial de su base estable. Los privilegiados de régimen, además de los cuadros no purgados del PCK, eran soldados, que vivían generalmente separados de la población, controlando, por ejemplo, varios pueblos desde un campo establecido en la jungla.

¿Cuál ha sido la evolución de este ejército?

Tocamos aquí probablemente una de las especificidades más importantes de la revolución camboyana. No creo que nos encontremos ante un ejército campesino *clásico*, análogo por ejemplo al de China o Vietnam. La fracción dominante de este ejército, ligado a la fracción Pol Pot, parece ser que provenía de regiones ya tocadas antes de 1970 por el impacto de la economía de mercado, pero donde las diferenciaciones sociales internas de la sociedad tradicional habían permanecido particularmente poco desarrolladas. En cuanto a la guardia pretoriana de Pol Pot, fué reclutada en el seno de tribus de montaña extremadamente atrasadas, cuyo apoyo supo ganarse Pol Pot muy pronto.

Además, este ejército parece haber estado muy marcado por el impacto de la guerra aérea desencadenada por Washington, sobre todo por los bombardeos masivos de 1973, que apuntaban sobre todo a los centros de población rural que constituían zonas de población relativamente densas. Estaban dirigidos a desintegrar la retaguardia social de la resistencia militar, del movimiento de liberación, en el marco de la retirada de las tropas USA en Vietnam. Y, en efecto, parece que, al menos en este terreno, la política militar americana tuvo mucho más éxito en Camboya que en Vietnam y Laos.

¿Por qué? Seguramente porque la

población Khmer estaba organizada muy débilmente, tanto a nivel político como social, aunque sin embargo no estaba compuesta por tribus itinerantes como la de las altiplanicies de Laos, zonas de bombardeos feroces. La implantación social de los Khmer rojos era mucho menos sólida que la de las fuerzas vietnamitas. Y lo que es más importante, la organización social del pueblo —estructura de vivienda, grupos sociales, grupos culturales— era mucho más relajada, mucho más individualista que en Vietnam. La pagoda era, parece ser, casi el único lugar de vida colectiva, mientras que en Vietnam, la cohesión socio-cultural del pueblo era considerable. Este es probablemente uno de los elementos que explica el efecto particularmente devastador de los bombardeos americanos: bombardeos masivos, sobre zonas de gran densidad de población, que desintegraron un tejido social incapaz de encajar el golpe.

Parece que los bombardeos de 1973 y sus consecuencias constituyeron de alguna manera un giro que marcó profundamente al ejército Khmer rojo. Otra hipótesis de trabajo es considerar que este ejército se convirtió, de un modo cualitativamente superior a su situación anterior, en un ejército de *desarraigados* sociales. Estos desarraigados se encuentran en numerosos ejércitos revolucionarios, pero su peso específico en las fuerzas armadas de los Khmer rojos parece haber sido decisiva. Estos desarraigados ya no tenían pueblo, ni familia, por los cambios producidos por la guerra. El ejército expresaba cada vez menos el enraizamiento real en los pueblos, agrupaba cada vez más a desclasados, generalmente de origen campesino. Así pues, este ejército se convertirá en 1975 en el punto de apoyo del nuevo régimen. Es una de las razones que hace específico y complicado el análisis de esta revolución.

¿Por qué fueron tan masivos los bombardeos de 1973?

Porque Washington concentró durante seis meses toda su flota aérea sobre Camboya. Acababa de firmar los acuerdos de París sobre Vietnam y tenía que dejar de bombardear este país. Sabía que también tendría que abandonar su empresa en Camboya. El Pentágono quiso entonces disfrutar del plazo que le quedaba para destruir al máximo una sociedad a la que no podía someter. Camboya de 1973 es uno de los numerosos casos dramáticos que ilustran, a lo largo de la guerra de Indochina, el carácter monstruosamente criminal de la intervención imperialista.

La guerra americana fué, en Camboya, mucho más breve que en Vietnam, e incluso que en Laos. Pero fué mortífera. La guerra americana en Camboya (1970-1975) habrá costado alrededor de un millón de vidas humanas, sobre una población de alrededor de 7 millones de habitantes en 1970. Las estimaciones sobre el costo

humano de la política seguida por el régimen de Pol Pot varían —hay que tener en cuenta los muertos *retardados* de la guerra, sobre todo durante los primeros meses— entre 400.000 y 1.500.000 víctimas; las cifras oscilan a menudo entre 700.000 y 800.000 durante el período que va de abril de 1975 a enero de 1979.

¿Puedes resumir los factores que, según tú, han condicionado la evolución del movimiento comunista camboyano y favorecido la victoria temporal de Pol Pot?

Insisto en que sólo se trata de elementos de análisis y de hipótesis de trabajo. En mi opinión, hay que tener en cuenta, en primer lugar, qué era la formación social camboyana, su estado de desarrollo antes de 1970. Ciudades separadas del campo, habitadas por la élite y los emigrantes, frecuentemente chinos o vietnamitas. Un proletariado agrícola en las plantaciones de caucho, aislado del campesinado ya que estaba formado por emigrantes vietnamitas. Un campesinado que se rebelaba, en algunas regiones, contra el impacto de la nueva economía de mercado y contra las exacciones de los funcionarios y los militares. Pero era un país que sólo conocía el comienzo de la crisis agraria propiamente dicha, que azota a muchos países dominados y que implica una crisis social, el desequilibrio estructural del mundo rural, y no solamente la pobreza o la opresión. En fin, un país de fuertes tradiciones individualistas.

En el plano político, la forma en que actuaron los franceses para ceder la independencia en 1953, facilitó el mantenimiento de la influencia semi-religiosa de la familia real, de lo que Sihanouk, autócrata surgido de esta familia y que dirigió el país hasta 1970, supo sacar provecho. En cuanto al movimiento comunista, su implantación propiamente Khmer aún era limitada.

En cuanto a las fuerzas sociales y por tanto políticas, las condiciones de una lucha revolucionaria a escala nacional sólo empezaban a madurar. Pero el país se vió precipitado en el torbellino de la revolución y la contrarrevolución a causa del desbordamiento casi inevitable de la guerra imperialista en Vietnam. Esto ya había ocurrido anteriormente durante la guerra francesa, antes de 1954. Los propios americanos precipitaron los acontecimientos en 1970, cuando consiguieron el derrocamiento de Sihanouk por Lon Nol, antes de invadir el país. Así que la revolución tenía que progresar, pero a ritmo forzado y con una base social y política propia muy frágil. Como ya he explicado, en este contexto, la guerra de 1970-1975 tuvo efectos desintegradores dramáticos sobre la sociedad camboyana.

El conjunto se agravó por la emergencia de profundas divisiones entre los movimientos comunistas de Vietnam y Camboya, divisiones expresadas por el ascenso de la fracción Pol Pot. Tal vez sea ésta la diferencia

más significativa con Laos, país todavía más trasado en el terreno socio-económico.

Estas divergencias tienen diferentes orígenes. Algunas divergencias temporales salieron a la luz, lo que era claramente inevitable. Por ejemplo, durante los años 1960, cuando los vietnamitas, confrontados a la guerra americana, contemporizaban con el príncipe Sihanuk, que mantenía una posición más o menos neutralista. Al mismo tiempo, los Khmer rojos emprendían la lucha armada contra el régimen de Sihanuk en varias zonas del territorio. Los americanos aún estaban lejos de estas zonas. El enemigo principal e inmediato no era el mismo en ambos casos.

Se podían superar estas diferencias de intereses temporales. De hecho se hizo en el terreno militar. Tras la intervención americana de Camboya en 1970, se reconstruyó el frente militar indochino. Pero no así en el terreno político donde la unidad no se rehizo, al contrario.

¿Por qué?

A causa de la propia evolución de las corrientes afectadas, sobre todo del movimiento comunista camboyano. Pero también a causa del impacto de los conflictos chino-soviético y chino-camboyano. Los Acuerdos de Ginebra ya habían constituido una ruda prueba para los revolucionarios en Indochina. En efecto, Moscú y Pekín habían impuesto un compromiso muy costoso en los tres países. La conclusión que extrajeron, lo que constituiría la corriente Khmer rojo, que aún no se hallaba constituida por entonces, es que los comunistas camboyanos habían sido abandonados por todo el mundo y que a partir de entonces había que ir en solitario. Además, la mayoría de los cuadros camboyanos comprometidos en la lucha antes de 1954 se habían refugiado en Vietnam del Norte, y muchos de los que quedaron habían muerto. De alguna manera lo que se reconstruyó fue un nuevo partido en torno al grupo de los que *regresaron de Francia*, entre los que se encontraba Saloth Sar, alias Pol Pot.

URSS y China hicieron el juego a estas tensiones. La URSS ha mantenido hasta el final lazos con el régimen fantoché pro-americano de Lon Nol. China ha halagado la *independencia* de los Khmer rojos frente a los vietnamitas. Cuando los viejos cuadros del movimiento camboyano regresaron de Hanoi, tras la invasión americana de Camboya, en 1970, estaban aislados, y después fueron progresivamente liquidados por la fracción Pol Pot. Estas purgas se ampliaron a partir de 1973. Una fosa de sangre separaba cada vez más a los comunistas vietnamitas de los comunistas camboyanos, que temían el poder de sus vecinos.

Cuando la ruptura se hizo definitiva, en 1975, una vez derrotados los americanos y sus regímenes locales, China

concedió un apoyo decisivo a los khmer rojos y a su línea anti-vietnamita. Las contradicciones khmer-vietnamitas se inscribirían en adelante directamente en el marco de los conflictos chino-soviéticos y chino-vietnamitas, y se harían cada vez más insolubles.

El impacto de los conflictos interburocráticos, iniciados en Asia bajo Stalin y consumados con la ruptura chino-soviética a principios de los años 1960, se había convertido en una amenaza mortal para la unidad y la dinámica revolucionaria de las luchas de la región. El peligro mortal que representaba este tipo de conflictos para las luchas de liberación constituye pues también una de las lecciones que el movimiento revolucionario puede sacar de la experiencia indochina.

Pero, el peligro de ver a Camboya dominado por Vietnam tras la victoria, ¿no era real?

Tal vez, aunque los vietnamitas hayan sido durante mucho tiempo muy prudentes en este aspecto. Conocían la liquidación que asolaba a quienes, en el PCK, les eran próximos. Hubieran podido, en medio de la confusión de 1975, intentar asegurar un control directo sobre el nuevo régimen camboyano. No lo hicieron. ¿Por qué?



Pueden invocarse muchas razones, desde la convicción de que hubiera sido un error actuar así, hasta el temor de abrir, al hacerlo, un conflicto directo con China.

De todas formas, hay que tener en cuenta el problema nacional y la desigualdad de desarrollo en el seno del conjunto indochino, artificialmente parcelado por la colonización. Pero la *solución Pol Pot* era en cualquier caso la peor, incluso para la independencia del país. Esta solución pasaba por la ruptura inmediata, una vez conseguida la victoria militar, de los lazos existentes entre la revolución vietnamita y la revolución camboyana. Esto debilitó enormemente la dinámica revolucionaria en el mismo Camboya, precisamente a causa de la relativa inmadurez de las condiciones sociales de la revolución en este país. El Camboya revolucionario tenía necesidad de adosarse a la revolución vietnamita.

La política Khmer rojo, aunque en general opuesta a la política de Deng Xiaoping en China, hizo de Camboya un peón en el conflicto chino-vietnamita. La voluntad de liquidar cualquier oposición potencial, política o social, en el interior, llevó también a Phnom Penh a denunciar en Vietnam el *peligro exterior*, justificando así todas las medidas de rigor. Así es como se desencadenó una dinámica infernal.

En cuanto a los Estados Unidos, des cubrieron progresivamente la amplitud del cisma vietnamita-Khmer. Encantados con este inesperado regalo, empezaron también a atizar el fuego. El conflicto militar en las fronteras de Vietnam y Camboya, que comenzó enseguida tras la victoria de 1975, acabó por degenerar en guerra abierta en 1978-79.

Decías hace un momento que no era indispensable tener un análisis definitivo de la naturaleza del Estado camboyano para determinar una política frente al conflicto chino-vietnamita. Pero, ¿es cierto eso? ¿No cambian muchas cosas según el análisis que se haga de esta cuestión?

Lo que digo es que es imposible tener un *análisis definitivo* de esta cuestión, y que lo era todavía más en 1979. Así que hay que arreglarse sin ese análisis. No se puede deducir toda una orientación política de hipótesis de trabajo, aunque sean fundadas, sobre un problema así.

Pero, ¿no se determina una política revolucionaria frente a las guerras a partir de una posición de principio que, precisamente, tiene en cuenta, en primer lugar, el carácter de clase de los Estados implicados?

Si, por lo menos en tres casos. En primer lugar, en una guerra inter-imperialista, donde adoptamos una posición de derrotismo revolucionario. En segundo lugar, en un conflicto que oponga una potencia imperialista a un país dominado, amenazando, por ejemplo, transformar a este último en colonia directa; en este caso

defendemos al país dominado. Y por último, en un conflicto que oponga una potencia imperialista y un Estado obrero, en cuyo caso se defiende al Estado obrero.

Pero desgraciadamente existen otros tipos de conflicto que nos impiden partir de una tal *posición de principio*. Por ejemplo, cuando hay guerra entre dos países dominados, especialmente Iran e Irak. O entre dos Estados obreros, como China y Vietnam. O incluso en el caso de la intervención soviética en Afganistán.

Pero este análisis concreto debe tener en cuenta la naturaleza de los Estados, de la política imperialista, etc...

Claro. Pero en el caso que nos interesa aquí, bastaba con reconocer que la revolución camboyana existía, y que el régimen Khmer rojo no era un instrumento dócil en manos de los imperialistas. Ni siquiera entonces era un instrumento dócil en manos de la burocracia china. No era preciso decir, como si fuera evidente, que era un Estado obrero. O al revés, afirmar como si fuera evidente, que era un Estado burgués porque en un determinado momento Washington, dándose cuenta de lo que ocurría, empezó a jugar con Pol Pot contra Vietnam, enemigo principal para el imperialismo americano en la región.

Como ya he dicho, pienso, a título de hipótesis de trabajo, que el régimen Khmer rojo era un Estado obrero muerto al nacer. Lo que no impide estar de acuerdo con la posición de nuestro movimiento internacional, que no hace de la retirada inmediata de las tropas vietnamitas de Camboya una posición de principio. Si partiéramos de una posición de principio, sin tomarnos la molestia de mirar la realidad de la situación, habría que pedir la retirada inmediata de las fuerzas vietnamitas del Estado obrero camboyano, y... no pedir la retirada inmediata de las fuerzas soviéticas de Afganistán.

Sin embargo el análisis concreto hace que aparezca inmediatamente una diferencia mayor en lo que respecta a estos dos casos. En Afganistán, la gran mayoría de la población se oponía a la intervención soviética. En Camboya, acogió con alivio la intervención vietnamita y la caída de Pol Pot. Evidentemente se trata de una diferencia capital.

Sin embargo, al principio, nosotros pedíamos la retirada inmediata de las tropas vietnamitas de Camboya, pero no la de las tropas soviéticas de Afganistán...

Precisamente porque en un caso el análisis fué erróneo (Afganistán), y porque en el otro el análisis estaba ampliamente por hacer (Camboya).

Tu dices que el grueso de la población camboyana ha acogido con alivio la intervención vietnamita. ¿No teme que se queden los vietnamitas?.

Sí. Pero ante todo desea la caída de Pol Pot. La resistencia interna estaba agotada. Es difícil saber cual fué exac-

tamente la amplitud de los levantamientos locales o regionales contra el régimen de Pol Pot, antes de 1979. Pero de todas formas no fueron suficientes. El régimen había conseguido dislocar, durante la guerra americana, la capacidad de resistencia local activa. Y las purgas habían decapitado a generaciones sucesivas de cuadros locales. Tras los *khmer vietminh*, formados en la época de la guerra francesa, gran número de cuadros khmer rojos habían sido liquidados. La mayoría de los 12.000 torturados y ejecutados de la tristemente célebre prisión de Tuol Sleng pertenecían al movimiento de liberación nacional. En un país como Camboya, esto representaba una sangría tremenda. A los ojos de la población, los vietnamitas seguían siendo la única alternativa concreta. Aún hoy la mayoría tolera, parece ser, la presencia vietnamita, porque sobre todo teme el regreso de los khmer rojos.

Sin embargo, los khmer rojos conservan una fuerza notable. A menudo se cita la cifra de 40.000 combatientes, y parece que pueden operar en profundidad en Camboya.

Es exacto. ¿Pero qué hay de sorprenderte en eso?. Han sido un régimen en el poder, un ejército en el poder. Es normal que quede algo. Han sido acogidos y cuidados por Tailandia, donde siempre pueden recuperar fuerzas fuera del alcance de sus enemigos. Reciben una considerable ayuda militar de China y un apoyo constante de Bangkok.

Además, resulta fácil penetrar en profundidad en Camboya. Es un país de vastos bosques e importantes macizos montañosos, favorable para el desplazamiento de guerrillas. Han debido conservar fieles en diversos lugares y también deben de contar con una red de apoyo. Y, a pesar del terror que inspira su anterior reinado, debe de obtener en ocasiones la ayuda de los aldeanos. Porque éstos están asustados, porque tienen una cuenta pendiente con los vietnamitas, porque lo consideran oportuno o esperan una recompensa, o bien porque ayudarán alternativamente a todas las bandas armadas que se presenten.

Diría que, en cierta medida, pueden operar tanto más cómodamente, cuanto que no representan un peligro inmediato, no están cerca de recuperar el poder. La población no tiene demasiado que temer de ellos, aunque hayan perpetrado masacres de pasajeros en los trenes que han atacado.

¿No es una visión muy cínica de las cosas?.

Trabajo sobre informaciones parciales. Pero creo que hay que tener muy en cuenta la profundidad de la crisis de sociedad que atraviesa el antiguo reino. Hubo el principio de la crisis del sihanukismo, antes de 1970, luego la guerra americana, después el reino de los khmer rojos, la intervención vietnamita, la actual guerra larvada. Con los desplazamientos de la población,

las familias, los traumatismos, en una sociedad completamente desarticulada.

La Camboya de hoy no es un *goulag*. Existe, imagino, una represión arbitraria, ya que carece de reglas y de control público. Probablemente es un problema. Pero la represión política debe afectar a medios relativamente restringidos. En otros aspectos, Camboya es un país extrañamente libre. La actividad económica está muy poco controlada, el tráfico y el contrabando son generalmente tolerados por las autoridades. También es un problema, ya que las fortunas que se consiguen así deben de constituir un poderoso instrumento de corrupción.

Donde los combates militares son más amenazantes, la población corre el riesgo de ser víctima de medidas de guerra. Pero, en el conjunto del país, las fuerzas vietnamitas parecen discretas y la administración de Phnom Penh débil. La libertad de comercio es ciertamente mayor en Camboya que en Vietnam.

Realmente no creo que haya habido en Camboya un *movimiento nacional* de masas contra Vietnam. Tampoco hay una lucha social contra la administración de Phnom Penh. Hay, desde este punto de vista, un apoyo pasivo de gran parte de la población al régimen existente. Pero el apoyo activo parece corresponder únicamente a una pequeña minoría. El apoyo pasivo se expresa en la medida en que hay que evitar por encima de todo la vuelta al poder de los khmer rojos, y en la medida en que las fuerzas vietnamitas piden poco a la población (impuestos muy leves, esfuerzo de defensa).

La visión cínica de la política y de la acción colectiva, el individualismo y las actividades económicas familiares parecen ser la característica de la mayoría de la población. La sociedad parece menos susceptible que nunca a movilizaciones colectivas.

¿No hay ahí un problema muy grave? ¿Cómo resolver la crisis sin una amplia movilización social de las masas camboyanas?

Seguramente es, junto a las consecuencias de correlación de fuerzas internacional, uno de los problemas que hace realmente muy difícil una solución real a la crisis de la sociedad camboyanas. Tomemos por ejemplo la orientación que nosotros hemos definido, a escala internacional. No pedimos la retirada inmediata de las tropas camboyanas. ¿Por qué?. Por una parte, porque la población no lo pide. Es importante. A continuación, porque la retirada sin preparar de las tropas vietnamitas podría marcar la vuelta brutal de la guerra civil; el regreso masivo de los khmer rojos; una posible intervención de tropas imperialistas, sobre todo thailandesas, con la excusa del restablecimiento del orden, y tal vez bajo bandera sihanukista; un nuevo éxodo masivo hacia Tailandia y Vietnam; un nuevo desplazamiento



Piezas de artillería capturadas por las tropas vietnamitas en Camboya.

explosivo de las relaciones de fuerza regionales. Todo ello no conduciría ni a la paz, ni a la solución de la crisis de la sociedad camboyanas.

Pero la presencia vietnamita no puede institucionalizarse. La población camboyanas sólo aceptará una ocupación prolongada si se siente incapaz de protegerse a sí misma. Y, mientras que los vietnamitas estén allí a la fuerza, cualquier crisis interna tomará forma de una crisis nacional, incluso si el punto de partida de esta crisis es, por ejemplo, un conflicto social abierto por el reforzamiento de una burguesía comercial y traficante poderosa.

Por eso siempre hemos insistido en que debían tomarse todas las medidas que permitan la retirada más rápida posible de las tropas vietnamitas. Pero eso no sólo supone reforzar una administración camboyanas independiente y un ejército camboyanos. Ambos se han reforzado relativamente, aún sin pretender una verdadera capacidad de acción independiente. Esto significa más profundamente un despertar de la actividad —de la autoactividad— de masas de su capacidad de acción colectiva. Parece que aún se está lejos de ello.

Volveremos más adelante sobre la política vietnamita misma. Pero, ¿qué

piensas del alcance de la crisis camboyanas?

Pienso que expresa, de forma dramática, el conjunto de contradicciones a las que debe hacer frente el movimiento revolucionario y a las que debe encontrar una respuesta. Es un verdadero nudo de contradicciones, consecuencia de las dificultades encontradas por una revolución acelerada por el impacto de la guerra sobre un país en el que la crisis social no empezaba más que a madurar. También se observa el peso de la cuestión nacional en los conjuntos regionales nacidos de la colonización. Esto muestra, además, las consecuencias nefastas de una política imperialista que apuntaba conscientemente, en caso de derrota, a debilitar por adelantado lo más posible al pueblo vencedor, y luego a encerrarlo en una tenaza militar, diplomática y económica. La dinámica de la guerra contenida en los conflictos interburocráticos, y sobre todo el conflicto chino-soviético en Asia, han hecho que esta crisis sea todavía más difícil de resolver.

Por todas estas razones, no creo que haya una solución rápida a la crisis camboyanas, más aún porque hay que situarla en el marco de las relaciones de fuerza regionales. □